

ESCRITO EN EL

Aqua



PILAR LEPE

ESCRITO EN EL
Aqua



PILAR LEPE

 ROMANCE & LETRAS



Escrito en el Agua

Pilar Lepe

Copyright © Pilar Lepe 2018

All Rights Reserved

Safe Creative No. 1804196622065

Logo de Autor y Portada

Pamela Díaz Rivera

pdiazrivera@gmail.com

Producción Multimedia y Audiovisual

Queda prohibida, sin la autorización escrita de parte de la autora, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y/o cualquier tipo de distribución ilegal.

Pilar Lepe

Escrito en el
Agua

“Ni aun permaneciendo sentado junto al fuego de su hogar puede el hombre escapar a la sentencia de su destino.”

Esquilo de Eleusis

I

Brenda iba apoyada a la baranda del ferry, contemplando extasiada el paisaje: los saltos de agua, los acantilados, los pequeños grupos de casas casi perdidos en esa inmensidad.

—¿No lo encuentras hermoso, Jack?

—Desde luego, pero todavía no comprendo por qué tanto empeño en venir aquí y no a una isla tropical.

—Llámalo capricho si quieres.

—Pudimos haber ido a cualquier otra parte —insistió él, pues acostumbraba a ser quien tuviera siempre la última palabra en las decisiones.

—Creo que te expliqué innumerables veces que mi amiga Anna me ofreció su casa. Pensé que era una buena ocasión para conocer un lugar al que difícilmente visitaríamos por voluntad propia.

Brenda, a duras penas soportaba el mal genio de Jack. A cada milla que avanzaba el ferry, se convencía más que había sido una pésima idea invitarlo a ese viaje. Se suponía que se estaban alejando de todo para intentar salvar su matrimonio, pero ¿había algo que salvar aún? Aunque la pregunta adecuada, era ¿tenía algún interés Jack por salvar su vida en común? Una lágrima solitaria corrió por su mejilla, pero no dejó que él la viera, se había propuesto que serían las mejores vacaciones de su vida y de algún modo contagiaría a Jack con su actitud positiva.

—No me digas que estos acantilados y esos saltos de agua no son impresionantes.

—Pues claro que lo son.

—¿Entonces, por qué no estás tomando fotografías?

—Ya habrá tiempo para eso —respondió él mientras sacaba el sexto cigarrillo desde que se subieron a la barcaza.

—¿Por qué no te llenas los pulmones de este aire en vez de aspirar humo?

—No digas tonterías, ¿quieres?

—¿Me prestas la cámara?

Con desgano, Jack se descolgó la cámara profesional del hombro y se

la pasó a Brenda. Ella inmediatamente la sacó de su estuche y descubrió el lente. El obturador comenzó a sonar como si hubiera enloquecido, por suerte había comprado una memoria bastante grande.

Cuando ella se alejó para buscar las mejores capturas, Jack se le quedó viendo. Brenda era una mujer casi en sus cuarenta, y tenía una bella figura. Su cabello era largo y algo ondulado. Su rostro armonioso estaba coronado con unos labios carnosos que invitaban a besarlos, pero ni aun así lograba sentir lo mismo que antes cuando estaba junto a ella. Ya no había sorpresas en su relación. Todo estaba proyectado. Sabían lo que estarían haciendo en los próximos veinte años si continuaban juntos. En cambio, con Jess todo era tan diferente. Su juventud lo hacía sentir joven también a él...

A veces deseaba dejar a Jess, porque quería de verdad a Brenda, pero no sabía si sería capaz de hacerlo: estaba enamorado de la chica que servía los cafés en la oficina, aunque no supiera que El Vaticano no era la capital de Italia. Por Brenda sentía un cariño infinito, pero nada más.

Cuando Brenda se cansó de fotografiar, regresó con Jack y en un arranque lo abrazó por la cintura, él, incómodo se zafó de su abrazo pretextando que le dolía la cabeza.

—Ya se te pasará. En cuanto veas el lugar en el que vamos a estar, te olvidarás de todos los achaques... No entiendo que así cómo eres, ella...

—¿Qué?

—Nada. Olvídalo.

Brenda había estado a punto de mencionar a Jess, aunque habían acordado no hacerlo. Sin embargo, la tentación de decirle que no entendía como Jess lo soportaba, era demasiado grande. O quizás, solo con ella se comportaba así. Una vez más los celos estrujaron su estómago por dentro. Su dolor era más que un malestar físico: era la misma sensación que tenía cuando estaba en un sitio alto, una crisis de pánico inexplicable por el amor perdido.

Jack y Brenda se habían casado en cuanto terminaron la universidad. Juntos tomaron la decisión de establecerse en York, para escapar del ajetreo de Londres. Juntos formaron la empresa de proyectos H & H, Arquitectos. Juntos, le pusieron cara a los malos tiempos y disfrutaron los buenos. Juntos, decidieron no poner fin al matrimonio cuando se enteraron de que Jack era estéril. Habían pasado por tantas cosas en poco más de quince años, y Brenda tenía la esperanza que pasarían todo lo que les faltara de vida, también juntos. Sin embargo, bastó que la señora Peppers se le ocurriera renunciar para que

tuvieran que contratar a otra auxiliar. Y para no darle tantas vueltas al asunto, pidieron a la buena señora que recomendara a alguien, y ella envió a su querida nieta Jess con rostro de corazón.

—¿Faltará mucho para llegar? —preguntó, él, de pronto—. Ya estoy cansado.

¿*De estar conmigo?* Se cuestionó inmediatamente, Brenda. Luego sacudió la cabeza, se había prometido no dejar que ninguna sombra se interpusiera entre ellos.

—Creo que son las casas que se ven allá. Tengo entendido que Forsand es más pequeño que Lysebotn, y solo se puede llegar por cruzando el fiordo. Así que no corres riesgo de tener que viajar por una sinuosa carretera. Mira hacia allá, creo que es ahí —concluyó ella, indicando unas casas blancas a lo lejos.

—Estás divertida, hoy. Hace tiempo que no te veía de tan buen humor.

—Será la belleza del lugar.

Antes de que pasaran cinco minutos estaban por fin desembarcando en Forsand. A Brenda, le sorprendió la larga fila de vehículos que esperaba el transbordador, que justamente venía detrás de ellos.

—¿Siempre es así? —preguntó ella al capitán que esperaba de pie, junto a la baranda.

—Sí, en verano se llena de turistas.

—Lo comprendo es un lugar muy bello.

—No se olvide de agregar a *Preikestolen*^[1] en su ruta de sitios de interés.

—¿La roca del púlpito? ¡Por supuesto que no! Es una de las primeras cosas por ver en mi lista.

—Y tampoco olvide el museo.

—Tampoco lo haré. Gracias, capitán, ha sido un magnífico viaje. En quince días quizás nos veamos nuevamente.

—Está bien, que disfruten su estadía en la región.

—Estoy seguro que lo haremos —replicó, Jack, con una sonrisa sarcástica.

Brenda le dirigió una mirada de reproche, pero guardó silencio, total él entendería perfectamente que estaba molesta.

Buscaron un taxi, y con ayuda del conductor, subieron las maletas al portaequipaje. Luego el automóvil emprendió la marcha por el camino que

conducía a la ribera del fiordo: la casa de Anna estaba junto a una playa, según las imágenes que su amiga le había mostrado.

Aunque la mayoría de las casas eran blancas o grises, había unas salpicaduras de rojo y amarillo entre ellas, lo que daba un bonito contraste. Otra cosa que llamó mucho su atención era que la mayoría se componían de una sola nave, altas o alargadas. Brenda imaginó que sería un estilo heredado de sus antepasados. Esperaba tener la oportunidad de conocer alguna otra vivienda aparte de la de Anna.

La casa de Anna, era la penúltima de la ribera, apartada a unos cuantos metros de las otras: cerca y lejos a la vez, cosa que le agradó mucho, porque no tendrían vecinos pared por medio que escuchara si ella y Jack discutían o hacían el amor. Cuando pensó en esto último un cosquilleo excitante recorrió su bajo vientre, hacía tanto tiempo...

—Aquí es señora —dijo de pronto el taxista.

—Gracias, ya lo sabía. Desde lejos supe que esta es la casa de Anna.

—El taxista la miró interrogante—. Tengo fotografías de la casa y los alrededores —aclaró, finalmente.

—¿Qué te parece? ¿No es bella, la vista?

—Más que bella, impresionante —admitió Jack.

Ambos estaban de pie ante la gran ventana de la sala, con un café en la mano. Ya habían desempacado y se estaban tomando un descanso antes de salir de compras para surtir la despensa: Jack no era muy partidario de gastar el dinero en restaurantes si podían cocinar en la casa, y aunque Brenda pensaba que las vacaciones eran para descansar, al final aceptaba solo para llevar la fiesta en paz. Jack, no lo hacía por necesidad sino porque era demasiado ahorrativo, rayando en lo tacaño. Ella lo había conocido así, y así lo había aceptado, ahora no podía quejarse.

II

—Tenemos que rentar unas motos de agua —recordó, Brenda.

—No pensé que fuera en serio eso de recorrer el fiordo en moto.

—¿Por qué no? Antes solíamos hacerlo con frecuencia. Bueno, no recorrer fiordos, pero cuando íbamos a algún lago...

—Pero de eso hace mucho ya, éramos mucho más jóvenes.

—Jack, ¿te estás volviendo viejo o aburrido?

—Creo que las dos cosas.

—Estoy segura que solo conmigo.

—¿Vas a empezar?

—Perdón, lo olvidé. Es que me sacas de mis casillas a veces, ningún plan te gusta. Me pregunto por qué viniste si no tienes deseos de hacer nada conmigo. Se nota que no quieres estar aquí. Creo que es mejor regresar a casa.

—Aún no hemos comprado, Brenda.

—Me refería a York. Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Regresar, y perder el dinero del viaje?

—¿Es lo único que te importa?

—Salió bastante caro. Mejor compremos, y busquemos unas motos. Aún es tiempo de dar un par de vueltas hoy. Aprovechemos que los días son tan largos acá.

Brenda, enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla. Sabía que a veces se portaba como una mujer inmadura, pero no lo podía evitar: no sabía cómo luchar contra el poder que Jess ejercía sobre su esposo, y ella quería recuperarlo a toda costa.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, no te lo estaría diciendo de no ser así. Vinimos a relajarnos y a pasarlo bien y eso haremos.

Brenda, iba a decir que se estaba olvidando de lo más importante, pero prefirió guardar silencio. Confiaba que con el correr de los días lograría acercarlo nuevamente a ella.

Luego de recorrer el pueblo, y preguntar dónde podrían arrendar motos de agua, regresaron a casa, pero no sin antes de pasar al lugar que les habían

recomendado. Al llegar prepararon algo rápido para comer y buscaron sus trajes de neopreno para cambiarse en cuanto les fueran a dejar los vehículos. Después de una hora, llegó por fin la camioneta con las motos. Brenda, estaba feliz, aunque Jack no tanto, pero intentó disimular por el bien de su esposa que estaba tan entusiasmada.

Al verlas, Brenda, sintió algo de desilusión porque, aunque eran *jet ski*, solo una era deportiva, la otra era de recreo y seguro que esa sería la que ella tendría que conducir sobre el agua.

Ambos tenían licencia para conducir aparatos de gran cilindrada, por eso ella imaginaba que al montar una de estas se sentiría como si estuviera arriba de un *scooter*.

—¿Por qué no enviaron los dos iguales? Me siento discriminada —se quejó ella con Jack.

—Lo sé, linda, pero el hombre ya se fue. Usa esta hoy y mañana pedimos que la cambien por una de las otras.

Brenda, entornó los ojos, ya sabía que él no la dejaría conducir la más veloz.

—Está bien, Jack. Salgamos entonces. Quiero ver si recuerdas como montar una de estas.

Sintiéndose más que provocado por Brenda, Jack montó en su *jet*, y arrancó. Ganó velocidad con rapidez y se alejó de la playa.

—¡No es justo! —gritó, Brenda, a la estela de agua que Jack dejó tras de sí, y resignada, hizo lo mismo, pero a menos velocidad.

Luego de unos minutos, por fin Brenda alcanzó a Jack, o más bien él aminoró la velocidad para que ella lo alcanzara.

—¡Tenías razón! —gritó él—. ¡No recordaba lo bien que se siente!

—¡Te lo dije!

—¡Solo por eso, voy a dar otra vuelta! ¡Nos vemos!

Jack, arrancó nuevamente, y se alejó de Brenda para ir a dar círculos sobre el agua. Ella en cambio, condujo cerca de la ribera para admirar el paisaje. No sacaba nada con intentar alejarse mucho de la orilla, pues hasta dudaba que su moto tuviera el combustible suficiente como para llevarla muy lejos.

Continuó su paseo, tranquila, y de pronto una silueta le llamó la atención: era un hombre que estaba de pie, mirando hacia el fiordo, ¿o mirándola a ella? En sus manos portaba un hacha y junto a él había una pila de leños recién cortados, ¿pero por qué había interrumpido su labor? Brenda,

miró en la misma dirección que el hombre, y no vio nada. Solo ella rompía la monotonía del paisaje en ese momento. La mirada insistente del hombre, la molestó. Dio media vuelta en la *jet ski*, y se alejó en dirección contraria.

Rolf, había estado toda la tarde esperando a ver a la mujer que había llegado a la casa de Anna. La había avistado de lejos por la mañana, y con la ayuda de los binoculares la había inspeccionado cuando ella estaba en la ventana bebiendo café junto al hombre que la acompañaba. Después de eso, había intentado ocuparse en otras cosas, pero no se la había podido quitar de la mente: se parecía tanto a Hela, casi como si fueran dos gotas de agua del mismo manantial. Ahora, la había ahuyentado.

Lo mejor, era preparar el bote y salir a pescar, aunque ya fuera tarde. Cualquier cosa era mejor que quedarse elucubrando acerca de la mujer.

Cuando regresaron a la casa, Brenda, notó diferente a Jack. Él, después de darse una ducha, manifestó el deseo de recostarse un rato. Ella, hizo lo mismo, pero después de ducharse se probó un camisón muy sensual que había comprado especialmente para la ocasión. Afuera, aún no oscurecía, pero eso le daba lo mismo, quería seducir al que aún consideraba *su* hombre.

Al percibir Jack la presencia de Brenda junto a él, continuó fingiendo que dormía. Brenda, ignorante de que su esposo la estaba evitando, comenzó a acariciarlo. Primero sus inquietas manos, se estiraron tímidas y delicadas sobre el torso de Jack, pero al no tener respuesta, se volvió más agresiva. Hacía demasiado tiempo que no estaba con él, y necesitaba tanto que la viera y la tocara como mujer, que era casi imposible permanecer quieta a su lado. De pronto, ella se acercó al oído de él para murmurar palabras de amor:

—Amor, yo te amo... ¿Tú no sientes lo mismo? Hace tanto tiempo que no estamos juntos, y yo...

Sin previo aviso, él se puso encima de ella, y con un movimiento brusco, la penetró. Un, dos, tres embates, y todo terminó. Brenda, estaba muda, no sabía si reírse o llorar.

—¿No era esto lo que querías? ¿Estás tranquila, ahora?

La duda de lo que debía sentir, se disipó: grandes lágrimas de amargura cegaron los ojos de Brenda.

En ese momento, Jack, comprendió su error, pero ya estaba hecho, las palabras no se podían recoger.

—¡Eres un maldito infeliz! —escupió ella en la cara de Jack, y

saltando de la cama, salió corriendo de la casa.

—¡Brenda! ¡Espera! ¡Brenda!

Ella no lo escuchó. No le importó estar descalza y apenas cubierta con el camisón de satén blanco. Así mismo saltó sobre la moto deportiva, y arrancó a toda velocidad, mientras Jack observaba desde la ventana de la sala.

—Ya se le pasará —sentenció él en voz alta, antes de regresar a la cama.

Brenda, corría como poseída, mientras la humedad incesante de la tristeza rodaba por su rostro. ¿En qué había estado pensando cuando le propuso a Jack, hacer el viaje? Él no había venido porque en realidad quisiera recuperar el matrimonio, ¡él estaba ahí solo por la maldita insistencia de ella!

El caudal de lágrimas, apenas la dejaba ver lo que aparecía delante de ella, pero poco le importaba pues el fiordo no era como la autopista a la hora punta. Lo único que sucedería era que sus lágrimas solo aumentarían los centímetros cúbicos de Lysefjord. Casi río de su propia ocurrencia, al parecer, ni en los peores momentos su ingenio la abandonaba.

Poco a poco, Brenda, se fue sintiendo más calmada pero no disminuyó la velocidad.

De repente se le ocurrió que Jack quizás habría ido detrás de ella, y volteó la cabeza para mirar hacia atrás. El movimiento repentino hizo que no viera a Rolf a tiempo. Solo tuvo una fracción de segundo para esquivarlo, y gracias a sus buenos reflejos lo logró, pero para Brenda la maniobra fue fatal: cayó al agua y la moto sin control comenzó a dar giros sobre el agua. Ella intentó sumergirse para no ser alcanzada, pero de pronto la *jet* cambió de rumbo y pasó por encima golpeando su cabeza.

Brenda, flotó un instante antes de sumergirse a las profundidades de Lysefjord.

III

Entretanto el cuerpo de Brenda, descendía a las profundidades, su alma, espíritu, subconsciente, o lo que sea que nos gobierna por dentro, abandonaba su exterior físico.

Unas manos invisibles la conducían hacia un lugar en el que sabía no habría más sufrimiento. Brenda, estaba sintiendo una paz jamás experimentada antes. Observó por última vez su antiguo cuerpo para despedirse de la que había sido en vida, pero justo en ese instante vio a un hombre cerca del cuerpo. Al principio pensó que era Jack. *Demasiado tarde* quiso decirle, pero no podía. Sin embargo, no era Jack, era otro hombre que sujetaba el cuerpo con fuerza para remolcarlo a la superficie. Ella lo observó por última vez. Que se lo llevara si quería, total ella ya no lo necesitaba.

Rolf, nadó con Brenda hasta la playa, y comenzó inmediatamente con las maniobras de resucitación.

—¡Reacciona, por favor! —le gritaba, Rolf, al cuerpo inanimado de Brenda. Estaba desesperado. No podía estar ocurriendo otra vez—. ¡Vamos, despierta!

Breves minutos habían transcurrido desde que Brenda, cayó al agua, pero para Rolf era un tiempo eterno. Brenda, no tenía pulso, pero él no se daba por vencido. Continuó dándole respiración de boca a boca y golpeando con ferocidad el pecho, pero nada surtía efecto: la mujer cuyo nombre no conocía, estaba muerta.

Rolf, miró la hora: 19:14. Luego se sentó, y se mesó el pelo con ambas manos. Luego, se quitó la camisa para cubrir el pálido rostro de Brenda, y a continuación llamó a la clínica de la hidroeléctrica, que era la más cercana. Mientras tanto, se dedicó a observar a la mujer, vestida apenas con un camisón blanco transparente. Sin duda era una mujer muy bella, y él no había tenido la oportunidad de conocerla. Como a los diez minutos llegó la lancha de rescate con los paramédicos a bordo. En cuanto encallaron al borde de la playa, saltaron de ella, dos hombres y una mujer.

—¿Qué nos tiene, doctor, Solberg? —preguntó la doctora Nikelssen.

—Esta mujer, conducía una *jet ski* a toda velocidad y casi choca conmigo. Yo estaba a bordo del bote y ella no me había visto, y cuando lo hizo alcanzó a esquivarme apenas, pero cayó al agua. La moto dio giros sin control y creo que le pasó por la cabeza. La saqué del agua, pensando que se había ahogado, pero puede ser que haya muerto por el golpe.

—En efecto, está muerta, doctora —dijo uno de los paramédicos.

—A las 19:14 —confirmó, Rolf.

—¿Por qué está vestida así?

—No tengo idea. Solo le puedo decir que es turista y está quedándose con un hombre en la casa de Anna.

—¿Y cómo sabe eso?

—Somos vecinos, desde mi casa se ve todo. Llegaron esta mañana. Usted parece policía, doctora.

—La policía me preguntará a mí.

—Haré las declaraciones que hagan falta.

—¿Quién le avisará a su esposo? —preguntó, otra vez la doctora, alzando una ceja.

—Yo ya hice lo que me correspondía según la situación. El resto es competencia de ustedes. Hasta pronto, doctora Nikelssen.

Rolf se metió las manos en los bolsillos, y subió con rapidez la leve pendiente que conducía a su cabaña.

Jack, pensando en que Brenda regresaría pronto, porque no iba a estar dando muchas vueltas en la moto vestida en camisón, se dispuso a preparar una ensalada para comerla con los filetes que cocinaría enseguida. Concentró toda su energía en lavar las hojas de lechuga bajo el chorro del grifo, por eso se sobresaltó al escuchar golpes en la puerta, dados con demasiada energía. A continuación, intrigado, se secó las manos con una toalla y fue a la puerta.

—Buenas noches —saludó un hombre vestido de uniforme, en un inglés con marcado acento noruego.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Vive aquí una mujer que quizás salió a dar vueltas por el fiordo en una *jet ski*? Iba vestida con un camisón blanco.

—¿Iba? Es mi esposa, Brenda Harrington. ¿Qué sucede con ella?

—Tiene que acompañarnos al centro de salud de la Forsand Sankompani.

—¿No me van a decir qué sucede?!

—En la clínica se lo explicarán. Por favor, no perdamos más tiempo.

Jack, tomó las llaves de la casa y sus documentos, y se subió sin chistar al todo terreno de la policía. En menos de diez minutos ya estaban en la clínica de la hidroeléctrica.

Brenda, había sentido cómo el hombre había golpeado su pecho e intentado insuflar aire a sus pulmones. Es decir, ella había abandonado ese cuerpo, pero aún era capaz de percibir cosas a través de él. Ahora estaba segura que había muerto, y que sintiera lo que sintiera no regresaría. Tres veces, el cuerpo, la había retenido a pesar de que ella ya se encontraba fuera de él, pero finalmente el ser invisible que habitaba dentro de ella había ganado, y se marchaba para siempre.

Ahora, se alejaba definitivamente, hacia ese nuevo camino que se habría delante de ella. Manos amorosas la conducían. Voces suaves la llamaban, quizás eran sus padres quienes la esperaban, un instante más y pasaría a formar parte de esa gran constelación de almas que estaban gozando de una vida sin penas. Brenda avanzó feliz, hasta que una voz diferente la detuvo.

—*Debes regresar. Aún no es tu tiempo.* —La voz era femenina, pero no se oía dulce como las otras.

—No quiero regresar. Ya no tengo más qué hacer allá.

—*Debes regresar. Él te necesita.*

—No. Él tiene a otra. No me quiere.

—*Él te necesita* —repitió la voz a la vez que la empujaba con manos atrevidas para que regresara por donde había venido—. *Debes regresar con él, solo así podré descansar en paz.*

—No entiendo, ¿quién eres?

—*Debes regresar con él* —repitió la voz antes de desaparecer en las profundidades del fiordo.

Brenda quiso continuar avanzando en pos de las voces que la llamaban, pero sintió que retrocedía y que todo a su alrededor se desvanecía lentamente.

El cuerpo de Brenda se sacudió sobre el acero frío de la sala de tanatología de la clínica.

Con un gemido Brenda estiró una mano para quitarse la sábana que la cubría.

El conserje que en ese momento se encontraba limpiando el piso,

quedó petrificado al verla, y a lo único que acertó fue a persignarse: se había obrado un milagro de Dios.

Jack, entró corriendo a la clínica. Estaba en *shock* y no sabía a quién preguntar por su esposa. Los policías se acercaron al mesón de recepción, y preguntaron por la doctora Nikelssen. En pocos minutos, apareció, y su rostro estaba visiblemente preocupado. Assa Nikelssen, se dirigió primero a los policías, pero durante la charla tanto ella como los dos hombres miraron continuamente hacia Jack, quien no cesaba de pasearse impaciente preguntándose cuándo demonios le darían noticias de Brenda.

De pronto los policías se marcharon y Assa, se aproximó a Jack, buscando las palabras para explicarle la situación.

—Señor Harrington.

—¿Eh?

—Soy la doctora Assa Nikelssen. Yo atendí a su esposa.

—¿Qué le sucedió? ¿Por qué nadie quiere decirme nada?

—Acompáñeme, por favor. Vamos a un lugar más tranquilo para charlar.

Assa, lo llevó a su oficina. Ella era la directora de la clínica de la Forsand Sankompani, y era su obligación atender a los parientes de los deudos.

—¿Le gradaría tomar un café, o té?

—Sí, un café estaría bien. Gracias.

Assa, apretó el intercomunicador para pedirle dos cafés a la secretaria, entre tanto Jack se preguntaba a qué se debía tanta dilación.

—Doctora, ¿por qué no va al grano? ¿Me va a decir de una vez por todas qué ocurre con Brenda?

—Bueno, Brenda decidió dar un paseo en moto por el fiordo, y en camión, ¿no es verdad?

—Discutimos, bueno, en realidad no discutimos. Brenda, hizo lo que hace siempre cuando se siente sobrepasada: conducir hasta calmarse. Pero como acá no tenemos coche, cogió la moto.

—Ella, tuvo un accidente, señor Harrington. Brenda no vio un bote con un hombre a bordo, que estaba en ese momento por el rumbo y casi lo choca.

—¿Dios santo! ¿Está bien el pescador?

—Eso no es importante, señor Harrington... Su esposa alcanzó a esquivar el bote, pero cayó al agua. El aparato sin control, comenzó a dar

giros, y pasó sobre ella golpeándola fatalmente.

—¿Qué quiere decir? ¿Brenda, está muerta? ¿Y se ha tardado todo este tiempo en decírmelo? ¡¿Por qué?!

—Espere, aún no he terminado de hablar.

—¿Es que aún, hay más?

—Efectivamente, su esposa falleció con el golpe. Se confirmó su muerte a las 19:14, después de practicarle sin resultado las maniobras de resucitación correspondientes. Pasaron veinte minutos desde que ella fue rescatada del fondo del fiordo, hasta que fue traída hasta aquí, pero...

—¡Hable de una vez, por el amor de Dios!

—Brenda, resucitó en la mesa del forense.

IV

Jack, se sentó nuevamente. Estaba aturdido. No entendía nada, ¿cómo podía haber muerto y ahora estar viva? Esos sucesos no existían. Eran inventos de charlatanes.

—Entonces nunca estuvo muerta.

—Lo estaba, señor Harrington. Lo certificó el doctor Solberg, luego los paramédicos y yo lo confirmamos.

—¿Quién es el doctor Solberg?

—Él fue quien sacó a Brenda del agua. Rolf Solberg era quien estaba en el bote en ese momento... Estaba pescando.

—¿Es un médico calificado?

—Él ya no ejerce la profesión.

—Entonces no es confiable. Si ya se retiró o lo echaron del colegio médico debe ser por algo.

—¡No le permito que descalifique a mi colega! Yo corroboré la muerte de su esposa. Fueron veinte minutos, señor Harrington.

—Sigo sin creerlo. No puede ser. Nadie tiene el poder de resucitar.

—Tengo que ir a ver a mis pacientes, señor Harrington, cuando se tranquilice podemos continuar hablando.

—Quiero verla.

—Le repito: cuando se tranquilice.

Assa, salió de la oficina, dejando solo a Jack. Ella como mujer de ciencia, no encontraba fácil creer en este tipo de cosas, pero tantos años casada con Erik, le había enseñado que sí ocurrían sucesos que muchas veces no tenían explicación científica. Tendría que hablar con él al respecto. Brenda necesitaría mucho apoyo psiquiátrico cuando despertara, por si llegaba a tener conciencia de lo que le había ocurrido. Pensando en eso, sacó el teléfono del bolsillo y le marcó a Erik.

—¿Hola? ¿Cómo está todo en casa?

—Hola, amor. ¿Llegarás pronto? Las gemelas ya están en la cama y yo tengo una botella de vino enfriando.

—Creo que me la perderé, aún falta para que pueda marcharme. Te

llamo a propósito de eso, tenemos un caso de esos que te gustan: una mujer resucitó después de haber estado muerta veinte minutos...

—¿Estás segura?

— ¡Por supuesto que estoy segura! El doctor Solberg la rescató del agua, y mi equipo y yo constatamos su muerte. Fueron veinte largos minutos, Erik.

—¿Está consciente?

—No, la tenemos en coma inducido hasta estar seguros de que no tiene algún daño cerebral.

—La veré mañana.

—Está bien, cariño, hasta más tarde.

—¿Con quién hablaba? —preguntó de pronto, Jack, sorprendiéndola.

—Con mi esposo, Erik Nikelssen. Él es psiquiatra, experto en fenómenos paranormales.

—Qué casualidad, ¿no?

—Sí, es mera casualidad.

—Quiero ver a Brenda.

Assa, miró por unos instantes a Jack y luego, con un gesto le indicó que la siguiera.

Brenda, yacía en la cama de cuidados intensivos, conectada a un sin fin de aparatos, y Jack se conmocionó al verla.

—La tenemos en un coma inducido, explicó la doctora. La despertaremos cuando se normalicen sus funciones vitales. Aún hemos de revisar también sus funciones cerebrales y no sabemos si estará consciente de lo que ocurrió.

—¿Podría tener amnesia?

—Es una posibilidad.

—¿Puedo quedarme con ella?

—Por supuesto, aunque nada cambiará, hasta que la despertemos.

—¿Y eso cuándo será?

—Dos o tres días, depende de su evolución. Yo me voy a retirar por unas cuantas horas, pero el médico del turno de la noche quedará a cargo. El doctor Porter.

Jack, no repuso cosa alguna, ¿qué más podía decir o preguntar?

Assa Nikelssen, tocó con suavidad a la puerta de Rolf, pero este al parecer no escuchaba o ya estaba durmiendo. Justamente en el momento en que

se volvía para marcharse, la puerta se abrió.

—Pase —fue todo lo que él dijo.

Assa, se sintió extraña dentro de la cabaña del doctor Solberg. En realidad, apenas lo conocía, ella había llegado a reemplazarlo a la clínica, así que nunca tuvo oportunidad de ser presentada formalmente sino hasta varios meses después. El trato de él hacia ella había sido cordial, y a pesar de lo breve de la charla que sostuvieron en esa oportunidad, no le quedó duda de que era un médico brillante, pero algo perturbado.

—Brenda, está viva —soltó así, sin más.

—¿Brenda?

—La mujer del fiordo.

—¿Qué? No puede ser. Yo intenté reanimarla, pero no tenía signos vitales.

—Lo sé. Ella estaba muerta, lo estuvo por veinte minutos. Comenzó a respirar nuevamente cuando estaba en la mesa de patología, cuando la preparaban para la autopsia.

—¿Así que se llama Brenda?

—Brenda Harrington, el hombre que la acompaña es su esposo.

—Entiendo.

—Solo quería informarle. Ha sido un largo día. Buenas noches, doctor.

—No me llame así. Ya no lo soy más.

—Lo será siempre, aunque no quiera.

Rolf, abrió la puerta y Assa salió a la incipiente noche.

Cuando Rolf se quedó solo, fue hasta el cuarto y sacó la manoseada caja de cartón que guardaba con mucho celo en la parte de arriba del armario. La destapó como si tocara una reliquia. Luego se sentó al borde de la cama y comenzó a inspeccionar su contenido: fotos de Hela.

Ordenó las imágenes en forma cronológica sobre la cama. Era tan joven cuando murió. Aún le quedaba mucha vida por delante a una mujer de veintiocho años. Toda una existencia por vivir junto a él y a esa nueva vida que se había comenzado a gestar dentro suyo.

Hela, tenía apenas seis semanas de embarazo y no quería que nadie lo supiera aún, ni siquiera los padres de ella, y menos sus amistades. Rolf, había respetado sus deseos, y después que ella murió no le encontró sentido comentarlo con los parientes y amigos, solo hubiera servido para agrandar la pena de quienes la conocían.

Él había tenido la esperanza de que su estado la libraría de esa infelicidad que la acompañaba siempre, pero no había sido así.

Cuando no la pudo salvar, algo murió también dentro de él, y no volvió a ejercer la medicina. Ahora, el destino lo ponía nuevamente en la misma situación, y no sabía qué significaba. Él no era cristiano y no iba a comenzar a buscarle una explicación religiosa a lo sucedido, sin embargo, que Brenda fuera tan parecida a Hela, tenía que significar algo. Cansado de elucubrar y buscar explicaciones a algo que de plano era inexplicable, lo agotó. Rolf, se tendió sobre el lecho con las fotos de Hela en la mano, y Brenda en sus pensamientos. Al poco rato estaba dormido.

Jack, observaba a Brenda. Parecía un ser angelical, allí dormida: tan quieta, tan pálida, tan hermosa. ¿Lo perdonaría? No, estaría loca si lo hacía. Él había sido el causante del accidente. ¿Cómo se le había ocurrido hacerle el amor, como quién hace un trámite engorroso? Él merecía morir. Le dolía admitir que no lo había disfrutado, pues todo el tiempo había estado pensando en Jess, mientras estaba sobre el cuerpo de su esposa. Brenda, no se merecía tal trato, ¿cómo no iba a sentirse humillada y enfadada con él?

Jack, se removió incómodo en la silla. Había algo que aún no hacía: llamar a Inglaterra, Brenda no tenía padres, pero sí un hermano y debía enterarse de lo sucedido. Miró la hora en el móvil: eran las once de la noche. No sabía qué iba a decirle a Peter, pero tenía que llamarle, luego hablaría a sus padres. Buscó en la lista de contactos a Peter Brown, y oprimió levemente la pantalla. Sonó varias veces, antes de que contestaran al otro lado de la línea.

—*¿Jack?* —saludó, Peter.

—Hola, Peter.

—*¿Cómo están? ¿llegaron bien? ¿Ya están instalados?*

Jack, tomó aire antes de responder la avalancha de preguntas de Peter.

—Llegamos bien, y la casa es muy acogedora.

—*¿Y por qué me estás llamando tú, en lugar de Brenda?* —Peter, era menor que Brenda, pero era un hermano muy celoso.

—Ella, no puede hablar, Peter. Brenda, sufrió un accidente.

V

Peter saltó de la cama.

—*¿Qué dices, Jack?! ¿Cómo puede ser?!*

Su esposa, Linda, dormía junto a él, pero los gritos angustiados de su marido la despertaron. Se sentó con rapidez en la cama, para alcanzar a escuchar.

—Tranquilízate por favor, ella estará bien —mintió, Jack, al otro extremo de la línea.

—*No lo creeré hasta que no la vea.*

—*¿Estás pensando en venir?*

—*Sí. Linda y yo viajaremos en cuanto consigamos un vuelo directo.*

Al escucharlo, linda, inmediatamente se fue al computador para buscar vuelos a Noruega.

—Está bien —respondió Jack, con voz apenas audible, y colgó.

—Estoy seguro de que él le habrá hecho algo. Nunca. Nunca, me ha gustado ese tipo.

—*¿Peter! Cálmate por favor. Mira, mañana en la tarde hay un vuelo directo.*

—*Compra enseguida los pasajes.*

—*Ya está hecho, amor.*

Linda, se levantó de la silla y abrazó a su esposo. Lo único que podía hacer en ese momento era tratar de contenerlo.

Después de hablar con Peter, Jack llamó a sus padres. Por supuesto, ellos sintieron lo ocurrido, pero se lo tomaron con más calma, después de todo solo hablaban de su nuera. Distinto habría sido su reacción si el accidentado hubiese sido su hijo. Al escucharlos, Jack, comprendió que esa frialdad de carácter que lo caracterizaba, era herencia de sus padres.

No supo en qué momento, se quedó dormido, y solo sintió cuando Assa, lo despertó tocando su hombro.

—*¿Qué hora es?*

—Las ocho, señor Harrington. Le aconsejo que vaya a descansar, si sucede algo, le aviso enseguida.

—Solo me iré porque necesito darme un baño, pero regresaré pronto.

—Vaya tranquilo.

Después que el hombre hiciera abandono de la habitación, Assa, se dedicó a examinar a Brenda. Sus signos vitales no habían cambiado. En seguida, le examinó las pupilas: permanecían inalterables igual que la noche anterior. Luego revisó la tablilla. La enfermera del turno de la noche, había dejado escrito que la paciente no había presentado ningún cambio durante la noche.

Assa, iba a llamar, pero justo en ese momento, entró el enfermero del turno de día.

—Que la preparen para practicarle un encefalograma y una tomografía.

—Enseguida, doctora.

—Qué te habrá sucedido mientras estuviste allá abajo —le dijo a Brenda, al tiempo que acariciaba su frente.

—Espero que lo sepamos cuando recupere la conciencia —repuso una voz detrás de ella.

—¡Erik! No me dijiste que vendrías enseguida.

—No podía esperar más para ver a tu paciente.

—Se llama Brenda Harrington.

—¿Cómo está?

—Si las imágenes y la actividad cerebral no presentan alteraciones, creo que la despertaré mañana. Esperemos a ver qué nos dice el neurólogo.

La clínica de la hidroeléctrica, a pesar de ser pequeña, estaba equipada con todos los avances para dar una atención integral a sus pacientes, quienes eran los trabajadores y sus familias. La gente del pueblo podía atenderse allí también si lo deseaban, pero en caso de emergencia era al primer lugar donde llevaban a un paciente, pues el hospital grande más cercano se encontraba en Sauda,

Assa, ya se iba a retirar de la habitación, pero se detuvo al ver a Erik con actitud pensativa, observando atentamente a Brenda.

—¿Qué sucede?

Él, estaba de pie junto a la cabecera de la cama y mientras tenía un brazo cruzado contra su pecho, con la mano libre se acariciaba la barbilla. Era la postura típica que adoptaba cuando intentaba descifrar un enigma.

—Es increíble. ¿No te diste cuenta de algo? ¡Ah, pero es imposible si

en esa época no vivías en Forsand!

—No entiendo de qué hablas. Si no me explicas...

—Brenda Harrington es casi idéntica a Hela Solberg. Es decir, creo que Brenda, quince años atrás debió parecer gemela de Hela. O si Hela, aún viviera, parecería gemela de Brenda.

—¿Hablas de la esposa del doctor, la que se suicidó?

—Exactamente, mi amor. El parecido va más allá de una simple semejanza, al menos en el aspecto físico.

—Con razón el doctor parecía tan conmocionado. La pobre mujer tendrá morados en el pecho por un buen tiempo, porque al parecer él la golpeó casi con salvajismo intentando revivirla. ¿No serán parientes lejanas o algo así?

—No lo creo, Assa. ¿Nunca has escuchado eso que dicen que en alguna parte del mundo tenemos un doble?

—Sí.

—Bueno, quizás Brenda es la doble de Assa, o viceversa. Sin embargo, la casualidad es demasiado grande.

—Y los enigmas también al parecer —repuso Assa, pensativa.

No pudieron continuar la charla, porque justo en ese momento entraron dos enfermeros, acompañados del neurólogo para llevarse a Brenda.

—Vaya, si ha venido el doctor Sorensen en persona —bromeó, Erik—. ¿Cómo es que saliste de tu cueva?

—Es que todo el mundo habla de *la resucitada*. Tenía que venir para asegurarme de que estos caballeros la transportaran con el mayor cuidado posible.

Los jóvenes lo miraron con una sonrisa torcida, ya sabían cómo era su jefe.

El doctor, Sorensen, era el médico más viejo de la clínica, su cabello alguna vez rubio estaba completamente blanco y tenía la fama de cascarrabias. No salía casi nunca de su consulta y solo alternaba con el radiólogo, su secretaria y el personal que trabajaba habitualmente en el área, porque tampoco le gustaba que cambiaran a los enfermeros que tenía a su cargo.

—¿Puedo ir con usted, doctor? —preguntó, Assa.

—¿Por qué? ¿No tienes más pacientes? ¿Sabes algo de encefalogramas?

—Usted me puede explicar, ¿no?

—No creo que sea el momento de aprender. Sí más adelante quieres, te

enseño, pero por ahora solo el radiólogo y yo.

—¿Eso va para mí también, Sorensen? —preguntó, Erik, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sobre todo para ti, curandero de pacotilla —espetó el neurólogo molesto. No soportaba al sicólogo y menos las teorías que predicaba a quién lo quisiera escuchar—. Seguramente en otra vida fuiste una *Völva*^[2] —escupió finalmente casi con desprecio.

—Pero para ser un hombre de ciencias, estás bien enterado de las viejas costumbres.

—También leo —replicó el anciano doctor antes de salir de la habitación.

—¿Por qué lo molestas? —le reprochó, Assa a su esposo—. Te encanta mortificarlo.

—Solo pretendo que alguna vez acepte que el tema le interesa.

—¡Eres insufrible!

Se despidieron con un beso fugaz, y cada uno se fue a su respectiva consulta.

A Assa, se le hicieron eternas las tres horas que estuvo en consulta. Lo único que deseaba era regresar junto a Brenda y despertarla por fin. Quería escucharla, saber qué tenía que decir respecto a su muerte.

Eran casi las once cuando logró por fin, regresar a la habitación de su paciente. Se sorprendió mucho al encontrar reunidos a Jack Harrington, Erik y el doctor Sorensen.

—Te esperábamos —dijo Erik.

—¿Para qué? ¿Le ha sucedido algo a Brenda?

—Quiero que la despierte —dijo, Jack, tajante.

—Espere, Jack. Aún no leo el informe del doctor Sorensen.

—El examen no arrojó ningún resultado anómalo —informó el aludido—. Pienso que ya no debería continuar sedada, no hay razón justificable para que permanezca por más tiempo en el estado actual.

—Está bien doctor, suspenderé de inmediato los sedantes. Usted, Jack, puede quedarse con ella mientras tanto, pero deberá abandonar la habitación en cuanto Brenda de signos de querer despertar. Hay que evitar cualquier choque emocional.

—¿Está diciendo que le haría mal verme?

—Mire, yo no sé qué pudo haber sucedido para que ella saliera a navegar tal como fue encontrada, pero lo mejor es tomar ciertos resguardos.

Jack, asintió en silencio. No le quedaba más que aceptar lo que decía la doctora, después de todos, aunque ella no lo supiera tenía razón: él había sido el culpable de lo ocurrido y no sabía si algún día podría perdonarse a sí mismo.

VI

Rolf, había estado luchando toda la mañana contra el deseo de acercarse a la clínica para saber cómo estaba Brenda. Pero ¿bajo qué pretexto iría a verla? ¿Se presentaría allí, fingiendo tener un interés médico en la mujer? ¿O solo diría que estaba interesado en saber cómo seguía la mujer que había rescatado? Cómo fuera, había perdido la batalla contra su conciencia. Se había afeitado, duchado y cambiado de ropa, antes de subirse al bote. Ahora, conducía sin prisas a la clínica para ver a Brenda

A las doce en punto, la doctora Assa Nikelssen y su equipo, entraron a la habitación de Brenda para examinarla. Bastó solo un gesto de ella para que Jack se pusiera de pie y se marchara. Erik, también había recibido la orden de no entrar hasta que se le requiriera, por lo que seguramente esperaría fuera con Jack.

Brenda, fue desconectada de todos los aparatos que la mantenían en estado de sedación, dejándole solo el que vigilaba su presión arterial.

—Ahora está por su cuenta —dijo Assa—, solo debemos esperar.

—¿Cuánto tardará en despertar? —preguntó ansioso, Jack, en cuanto vio salir a Assa de la habitación.

—Cuando esté lista, ni antes ni después.

—No entiendo.

—Brenda, ahora solo duerme. No tiene de qué, su esposa está bien atendida.

A Assa, Jack, no le inspiraba confianza, pero aun así puso una mano en su hombro para confortarlo.

—Si desea orar, hay una capilla.

—Gracias, pero no somos católicos.

—Cuando hay fe, cualquier templo sirve, Jack.

—Cuando hay fe, cualquier lugar sirve, incluso esta sala —repuso, Jack, obstinado.

—Está bien, como prefiera. Nos vemos más tarde.

Assa, se fue por el corredor, con dirección a la cafetería.

Esa mañana, con la prisa y los nervios, apenas había desayunado y su estómago no aguantaría hasta las dos de la tarde, que era la hora en la que acostumbraba a comer con Erik.

Pidió un café con sabor a vainilla y un pastelillo. Algo dulce le sentaría muy bien para calmar su ansiedad, pensó. Sin embargo, apenas tuvo el gusto de sentarse en una mesa delante del ventanal que daba al fiordo, cuando sonó la voz de Aurora por los altoparlantes:

—*Doctora Assa, se le solicita en la unidad de cuidados intensivos....*

—*Doctora Assa, se le solicita en la unidad de cuidados intensivos.*

Resignada, dejó a un lado el café y el pastelillo, y se levantó con rapidez para acudir al llamado.

Al instante pensó que quizás Brenda, ya habría despertado, pero desechó enseguida la idea pues era demasiado pronto.

Assa, corrió hacia el área de cuidados intensivos, pensando en que se encontraría con algún enfermo que se había agravado o algún herido, pero resultó ser que efectivamente el llamado había sido desde la habitación de Brenda.

Al verla, Jack se puso de pie de inmediato y salió a su encuentro.

—No me quieren decir qué sucede, doctora.

—Yo tampoco puedo hasta ver qué sucede. Espere aquí, por favor.

Abrió la puerta despacio, y de inmediato la enfermera se aproximó para ponerla al tanto.

—Doctora, la paciente despertó hace unos cinco minutos, pero está desorientada, inquieta. No quisimos sedarla nuevamente hasta que usted la vea.

—Está bien, prepara algo por si hace falta, pero muy suave.

—Sí doctora.

Assa, se acercó con la linterna en la mano y examinó las pupilas de Brenda, luego observó la máquina que medía los signos vitales, y los anotó en la tablilla que pendía a los pies de la cama. Brenda estaba despierta, pero mantenía los ojos cerrados.

—Brenda, ¿puede abrir los ojos?

—¿Dónde estoy?

—En la clínica.

—¿Aún continúo en Noruega?

—Así es.

Brenda, abrió lentamente los ojos.

—Yo no debería estar aquí. Yo morí, y me sentía bien al estar muerta.

—Pero está aquí y debe agradecer esta segunda oportunidad que le da el destino.

—¿El destino? ¿Usted cree en eso? Imagino que sí, siendo escandinava.

—Desde hace mil años que no somos paganos, Brenda. El destino también puede venir de la mano de Dios. ¿Cómo se siente?

—Cansada.

—Jack, está afuera, ¿quiere verlo?

—No. Quizás después, pero no todavía... Tengo hambre, doctora.

—Puede llamarme Assa, Brenda. Voy a ordenar que le traigan algo ligero. Una enfermera permanecerá cerca, si tiene cualquier necesidad solo debe tocar este botón rojo.

—Gracias...Assa.

Lo siento, pero no quiere verlo aún, Jack. Creo que por ahora es mejor respetar sus deseos.

—¿Pero ella, está bien?

—Solo en apariencia, pues recuerda haber muerto. Mañana veremos que la evalúe el doctor Nikelssen.

—¿Cuando la dará de alta?

—Cuando me sienta segura de que no intentará nuevamente, salir en una *jet ski*, en camión —dijo Assa, con una sonrisa, ante la expresión atónita de Jack—. Relájese, se pondrá bien.

—Regresaré con el hermano de Brenda, que llegará en unas cuantas horas. ¿Estará usted aquí, todavía?

—Hoy, no me marcharé hasta estar segura que ella está bien. No se preocupe.

—Gracias, doctora.

—No tiene de qué.

Rolf, había estado cerca, a la vuelta del corredor para ser más exactos. Esperaba con paciencia el momento en que pudiera entrar a la habitación de Brenda. A pesar de no saber a ciencia cierta cómo actuaría, había tomado la precaución de llevar la pequeña linterna para examinar las pupilas de la mujer.

Cuando estuvo seguro de que el esposo de Brenda no regresaría, y que

Assa se había alejado por el corredor, se aproximó a la puerta. Rolf, adoptó la misma postura erguida con la que acostumbraba a dirigirse al personal.

—Enfermera, ¿cómo sigue la paciente?

—Señor, usted no puede estar aquí.

—Por supuesto que puedo, soy el doctor Solberg y da la casualidad que fui yo quien rescató a esta mujer del fiordo.

—Disculpe, doctor. La señora Harrington, recuperó la conciencia, pero ha estado algo inquieta. Hace poco comió algo liviano porque tenía hambre, y luego se durmió.

Rolf, no respondió y se acercó a Brenda. Se quedó de pie a un lado de la cama, observándola. Era tan bella. Así se hubiera visto Hela, si estuviera viva. Observó también su largo cabello castaño, que caía en ondas sobre la almohada, qué deseos de tocarlo. Casi se lo iban las manos hacia la cabeza de ella: quería acariciar su frente, para relajar su ceño fruncido. Luego miró lo que se alcanzaba a ver de su cuerpo: ya no tenía el sensual camisón blanco que dejaba al descubierto sus curvas. La habían envuelto con la fea camisa de la clínica que le quedaba casi como si fuera una mortaja.

Él había soñado toda la noche con ella envuelta en el largo camisón, y cuando había despertado por la mañana, tenía el pantalón corto con el que dormía, mojado. No le ocurría algo así desde que era un adolescente. Y cómo no reaccionar de esa forma, si en sus sueños le había hecho el amor hasta la saciedad. Más, todo había sido delirio de su afiebrada mente, que quería evocar a Hela a toda costa.

De pronto, Brenda, se removió en la cama. Rolf, se maldijo porque no alcanzó a retirarse antes de que ella despertara de su siesta.

—¿Quién es usted? ¿Lo conozco?

—Soy Rolf Solberg. Yo fui quien la rescató del fiordo. Solo quería saber cómo está.

—¿Está seguro de que no nos conocemos de algún lugar?

—No. Es la primera vez que nos vemos, porque usted estaba inconsciente.

—No estaba inconsciente, estaba muerta. No debió rescatarme, debí permanecer muerta, pero la voz no me dejó. —De pronto, Brenda se alteró y comenzó a sollozar, mientras gritaba la misma frase una y otra vez—: ¡La voz no me dejó! ¡La voz no me dejó! ¡La voz no me dejó!

VII

Assa, apareció agitada por la puerta de la habitación. Estaba comiendo con Erik, cuando escuchó el llamado, y los dos se apresuraron hacia cuidados intensivos, Erik había entrado detrás de Assa y esperaba a una distancia prudente.

—¿Qué sucede? —preguntó de inmediato, Assa, sin reparar en la presencia de Rolf.

—Después de comer, Brenda, tomó una siesta, pero al despertar encontró al doctor aquí. Estuvieron charlando y ella estaba tranquila, pero de pronto se alteró mucho y comenzó a gritar.

—¿Le dieron la cantidad recomendada de sedante?

—Sí, doctora.

—Usted, dice que vino a verla un médico. ¿Cuál médico?

—Él, doctora —dijo la enfermera, apuntando hacia Rolf.

—¿Qué hace aquí doctor Solberg?

—Yo solo quería saber cómo se encontraba la señora Harrington.

—Vamos afuera, por favor.

En el corredor, Assa, se puso las manos en la cintura y encaró a Rolf.

—¿Qué pretendía visitando a Brenda sin autorización?

—Creame que jamás pensé que se alteraría tanto, aunque no estoy seguro de que haya sido a causa de mi presencia.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando abrió los ojos, estaba tranquila. Luego me miro y preguntó si acaso no nos conocíamos de antes, le respondí que yo la había rescatado del fiordo. Entonces fue cuando dijo que ella estaba muerta y que no debí salvarla. Luego comenzó a sollozar y a gritar, que las manos no la habían dejado permanecer donde se encontraba, o al menos eso es lo que entendí.

—¿Estás seguro de que eso era lo decía? —lo interrumpió de pronto, Erik, quien había escuchado atento la discusión.

—Bueno, no sé. Eso es lo que yo entendí.

—Interesante.

—¿Que estás pensando? —le pregunto, Assa.

—Solo conjeturas, tendré que hablar con ella para conseguir más claridad en el asunto.

—Está bien, pero no será hoy. Fueron suficientes emociones para un día. Su actividad cerebral es normal, pero no sabemos nada de su psiquis aún... Doctor Solberg, le ruego que no vuelva a verla sin hablar conmigo primero.

—Está bien, doctora, no se preocupe... Adiós, Erik.

—Nos vemos, Rolf.

Después de que Rolf se hubo marchado, Assa, regreso junto a Brenda, y Erik se fue derecho a casa a estudiar sus libros.

En casa, Erik, puso la cafetera y enseguida comenzó a buscar los libros que hacía tiempo no consultaba.

A Erik, el tema de la posible existencia de algún tipo de vida espiritual después de morir, lo apasionaba. Solo una vez en toda su vida había tenido un caso similar, pero solo fueron tres minutos en que el individuo después narro haber estado a punto de traspasar un túnel de luz. En cambio, si lo que Rolf había comentado era verdad, tendría la oportunidad de escuchar de la boca de la misma Brenda Harrington si existía otra vida más allá de la vida.

Erik, se sumergió en la lectura, y no se dio cuenta del paso del tiempo hasta que el olor a café quemado llego hasta su nariz. Después de tirar la cafetera inservible a la basura, miro el reloj: eran las seis de la tarde y las gemelas llegarían pronto de la escuela. Así que, de muy malas ganas, agarro el mandil que colgaba detrás de la puerta de la cocina y se puso a preparar la cena.

Tal como había previsto, al rato llegaron las gemelas, pero no venían solas, una compañera las acompañaba.

—¡Hola, papa! —saludaron Erika y Kristina, a dúo.

—¿Cómo están, niñas?

—¡Hola, señor Nikelssen!

—¡Hola, Dagmar!

—Papá, tenemos mucha tarea, así que...

—Por favor llévanos algo a la habitación.

—Como ordenen, jefas.

Siempre, o la mayoría de las veces era así. Las mentes de ambas gemelas estaban conectadas, y una terminaba la oración que comenzaba la

otra.

—Mejor para mí —dijo en voz alta cuando se quedó solo—, más tiempo para mis libros.

Luego de observar por unos cuantos minutos las verduras que tenía sobre la mesada, las regreso al refrigerador, y tomó el teléfono para pedir pizza.

Jack se encontraba en el muelle, esperando el ferry donde venían Peter y su esposa, preparándose mentalmente para el enfrentamiento con su cuñado. De antemano sabía que Peter lo culparía a él. Siempre le había tenido mala voluntad, y si supiera lo que pasaba entre él y Brenda, tendría más motivos para odiarlo.

El murmullo de la gente que esperaba al igual que él, le avisó que el ferry se aproximaba.

—¿Qué le hiciste a mi hermana?! —fue lo primero que Jack, escuchó de la boca de su cuñado, quién lo tomó fuertemente del cuello de la camisa.

—Hola, Peter —repuso Jack, cansado.

—¿Es que no piensas responderme?! —

—Hola, Linda.

—Hola, Jack. ¿Cómo estás?

—Vamos, Peter. En la clínica nos espera la doctora. Ella te puede explicar todo.

Eran más de las nueve, cuando Assa, decidió que podía marcharse a su casa. Estaba realmente agotada, pues no solo había tenido que lidiar con los ataques de histeria de Brenda, sino que unos turistas descuidados se habían caído de un risco intentando llegar a un salto de agua. Ahora, ya se encontraban estabilizados, y fuera de peligro. Brenda, también se había tranquilizado y estaba en manos de su colega. El día siguiente y el posterior eran sus días libres, y trataría de descansar lo que más pudiera. Sin embargo, Assa, no logró llegar a su oficina para sacar sus cosas, porque a mitad del corredor se encontró con Jack, junto a dos desconocidos.

—Buenas noches, doctora Nikelssen. Le presento a Peter Brown, el hermano de Brenda, y su esposa.

—Buenas noches —saludó, Assa—. Estaba a punto de marcharme, pero los atenderé unos minutos en mi oficina.

—Gracias —repuso, Peter, con tirantez.

Assa, los hizo pasar a los tres y les ofreció un café, pero ellos

declinaron la oferta.

—Disculpe, doctora, pero no hemos venido a tomar café. Lo único que nos interesa es saber cómo está mi hermana.

—Brenda, se encuentra consciente pero algo conmocionada.

—¿Qué le pasó exactamente?

—Ella, estaba navegando en una *jet ski*, por el fiordo, pero perdió el control del aparato y cayó al agua. El vehículo comenzó a dar vueltas en círculos y la golpeó en la cabeza...

—Continúe por favor.

—Ella se hundió. No sabemos si perdió el conocimiento o el golpe la mató.

—¿Cómo que la mató? —preguntó Linda, horrorizada—. Usted acaba de decir que Brenda está viva.

—Señora, Brenda fue rescatada por el doctor Solberg, quien fue la persona a la que casi ella choca. Él hizo uso de todos sus conocimientos para revivirla, pero fue inútil... Brenda, estuvo muerta veinte minutos... Ella, despertó cuando la tenían sobre la mesa del forense.

—No puedo creerlo, Dios. ¿Cómo es eso posible? —Peter, estaba confundido entre la incredulidad y la sorpresa—. Pero ella está bien ahora, ¿no?

—Sí, pero sabe que estuvo muerta, lo recuerda. Eso la tiene alterada.

—Doctora, mi hermana es una mujer entrenada en ese tipo de máquinas, ella es una deportista. No entiendo que no haya podido reaccionar a tiempo.

—Quizás, si hubiese estado con la indumentaria adecuada...

—Ella tiene sus trajes especiales.

—Brenda, llevaba puesto un camisón.

Cuando escuchó esto, a Peter no le quedó duda de quién era el culpable: sin importarle dónde se encontraba, se lanzó encima de Jack para golpearlo.

VIII

Los dos hombres, cayeron al suelo, trenzados en un agresivo abrazo: uno para atacar y el otro para repeler el ataque, pero en cosa de segundos, aparecieron dos fornidos hombres de seguridad y los apartaron.

—¡Es una vergüenza que dos hombres adultos se comporten de esta forma!

—Él tiene que haberle hecho algo a mi hermana —se quejó, Peter, mientras Linda intentaba calmarlo.

—No sé si tiene razón, señor Brown, pero ahora lo que importa es su hermana. ¿La quiere ver o no?

—Sí, perdón. No se volverá a repetir, al menos no dentro del hospital. También quisiera conocer al señor que la rescató.

—Eso podría ser mañana, hoy ya es tarde. Ahora, acompáñenme, por favor. Brenda, ya se encuentra en otra habitación.

Assa, dejó sus cosas, y salió en silencio.

—Van a entrar los tres juntos, pero les advierto que, si alteran a Brenda deberán retirarse enseguida.

Los tres asintieron, y se quedaron esperando a que Assa les avisara cuándo entrar.

Brenda, estaba en un cuarto iluminado por el sol con una preciosa vista al fiordo. Ella, estaba despierta y tenía los ojos fijos en la distancia. Parecía ausente, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí, o quizás no tan lejos sino adentro del agua.

—¿Brenda?

La aludida, desvió la vista hacia Assa.

—¡Assa! Intentaba descubrir por qué no me dejaron morir en paz.

El semblante de Brenda, estaba muy pálido y sus ojos rodeados por profundas ojeras, lucían demasiado tristes.

—No te puedo asegurar que exista una respuesta para esa interrogante, pero quizás lo que vengo a decirte, logre subirte el ánimo: tienes visitas.

—¿Quién?

—Espera.

Assa, se aproximó a la puerta y la abrió. El primero que entró fue Jack, pero Brenda desvió la vista, nuevamente hacia el fiordo.

—¿Brenda?

Al escuchar esa voz tan querida, Brenda, se enderezó y sus lágrimas comenzaron a caer.

—¡Peter!

Los hermanos se fundieron en un apretado abrazo. Peter, soltó primero a Brenda, y la miraba una y otra vez mientras tocaba su rostro como para asegurarse de que no estaba en presencia de una visión. Luego se volvieron a abrazar. Más atrás, Linda los observaba con lágrimas en los ojos. Jack, observaba el fiordo, pensando en que estaba de más allí.

—¡Peter, yo estaba muerta, yo morí y me obligaron a regresar!

Linda y Peter, se miraron sin saber qué decir.

—¿Es que pensabas dejarnos solos? —Peter. intentaba sonreír.

—Mamá y papá me estaban esperando.

—No pienses más en eso, por favor, Brenda. Ya estamos contigo y todo estará bien.

—¡Oh, Peter!

Luego, Brenda, pareció calmarse lo suficiente como para tener un diálogo coherente con su hermano y su cuñada, excluyendo a Jack. Cuando habían pasado quince minutos exactos, Assa, entró a decir que la vista había terminado.

—Pueden regresar mañana.

—¿Me puede conceder unos minutos, doctora?

—Regresemos a mi oficina. Brenda, tengo dos días libres, pero vendrá un especialista mañana a charlar contigo y dependiendo de tu evaluación, mi colega te dará el alta.

—¿No te veré más, Assa?

—Forsand, es pequeño, cariño.

Peter y Linda, se despidieron de Brenda y se fueron junto con Assa. Jack se quedó con la intención de hablar con su esposa.

—Puedes irte —le dijo ella—, yo estoy bien.

—¿Por qué no quieres mirarme?

—Vete por favor. Cuando me den el alta, podrás por fin librarte de mí. Tu amada Jess, ha ganado.

—No. Yo creo que será al revés: tú te desharás de mí.

—Vete. Estoy cansada.

—Buenas noches.
Brenda, no respondió.

—Doctora, yo no veo bien a mi hermana. Creo que está mal de la cabeza. Todo eso que habla de que estaba muerta...

—Es lo que ocurrió, señor Brown. Fueron muchos minutos. Yo soy científica y no debería creer en sucesos paranormales, pero puedo dar fe de que hay casos excepcionales.

—¿Está hablando de fantasmas, reencarnaciones, y todas esas supercherías?

—No, estoy hablando de gente que ha muerto y ha vuelto a la vida. Hay muchos casos documentados. Pero, no es mi materia y será el siquiatra quien la evalúe y ustedes también podrán charlar con él.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Cómo se llama?

—Erik Nikelssen.

—¿Él es...?

—Mi esposo... No me mire así, no estamos chiflados, él ya trabajaba aquí cuando llegué —explicó, ella, al ver la expresión en el rostro de Peter.

—Me gustaría conocer al hombre que la salvó.

—Él también es médico, pero está retirado. Su casa es la siguiente después de la que están rentando los Harrington. Pero le recomiendo visitarlo mañana, odia que lo molesten por la noche.

—¿Cómo se llama?

—Rolf Solberg.

—Lo tendré en cuenta, gracias doctora.

Assa, respiró aliviada. Al parecer podría irse a casa tranquila.

—*¡Roooooolf! ¡Roooooolf! ¡Roooooolf!*

Rolf, era consciente de que estaba soñando, no podía tratarse de otra cosa. Pero era un sueño extraño: él estaba durmiendo cuando escuchó la voz de Hela, llamándolo. Se había levantado de la cama, y había salido a la noche estrellada. Se había quedado al borde de la pendiente, esperando, pero ella no venía.

De pronto, Hela, había emergido del agua y había flotado sobre la superficie.

—*Rolf, ahora que ella ha llegado, nunca más estarás solo.*

—Tú me abandonaste.

—*Tenía que hacerlo. No me odies, por favor. Tu odio no me ha dejado descansar en paz. Yo debo seguir mi camino.*

—¿Por qué ahora?

—*Porque es el momento justo.*

Rolf no quiso continuar escuchando a Hela, se dio la media vuelta y regresó a casa. Esos sentimientos de frustración, y resentimiento que sentía ¿era odio? Se movió en la cama, no quería continuar con el sueño, pero Hela, lo siguió hasta la casa, hasta la habitación que había sido de los dos.

—*Ella, vendrá a ti, espérala —dijo, Hela, y desapareció.*

Cuando despertó por la mañana, estaba envuelto en una maraña de sábanas, lo que era raro en él.

Se sentó al borde de la cama, y se tomó la cabeza con ambas manos: tenía jaqueca. Qué estupidez despertar con jaqueca. Se puso de pie para ir al cuarto de baño, pero al rodear el lecho sus pies se mojaron.

—¿Qué demonios?!

Por un momento pensó que se le había quedado el grifo abierto la noche anterior, y quizás se habría rebalsado la bañera, pero la entrada del cuarto de baño estaba seca. Volvió a examinar el piso, y lo que vio lo dejó helado: desde los pies de la cama, había un sendero mojado hasta la puerta de la habitación. Al seguirlo, continuaba por el pasillo y las escaleras que conducían a la planta baja. Sobre la humedad, aún quedaban algunas algas, propias del fondo del fiordo.

IX

Rolf estaba secando el piso cuando golpearon a su puerta. Molesto por la interrupción, dejó el trapeador a un lado y fue a abrir la puerta.

—Buenos días —saludó Peter.

—No necesito nada, gracias.

Rolf hizo amago de cerrar la puerta en la cara de Peter.

—Disculpe, pero no soy vendedor, soy el hermano de Brenda Harrington.

Rolf lo miró por un minuto largo.

—¿Qué desea?

—¿Puedo pasar?

Otra mirada de un minuto.

—Entre, prepararé café.

Rolf condujo a Peter hasta la cocina y le indicó que se sentara en una pequeña mesa que estaba adosada junto a una ventana.

Peter esperó paciente a que Rolf preparara el café, cuando este terminó, sirvió dos tazas grandes y se sentó en frente de él. Luego alzó una ceja, instándolo a que hablara.

—Vine a darle las gracias por rescatar a mi hermana.

—No tiene por qué darlas, yo rescaté un cadáver. El mérito de resucitar es de ella.

—Pero si usted no la hubiera rescatado del fiordo, hubiera sido imposible que ello sucediera.

—¿Eso era todo?

—¿A qué se refiere?

—Si no tiene nada más que decir.

—Solo eso, y que cuente conmigo para cualquier cosa que necesite —añadió Peter, echando una mirada a todo lo que le rodeaba.

—No me hace falta nada, gracias.

—De todas formas, le dejo mi tarjeta.

Peter le extendió una tarjeta de color blanco, pero Rolf no la recibió, entonces el joven la dejó sobre la mesa y se marchó.

—Buenos días, señora Harrington, soy el doctor Nikelssen.

—¿Nikelssen, como Assa?

—Es mi esposa.

—¡Ah!

—Señora, Harrington, soy siquiatra y debo evaluarla para saber si puede ir a casa.

—¿Qué quiere que le diga?

—Lo que usted quiera, lo que recuerde, cómo se siente...

—Creo que estoy mejor que ayer. Mis recuerdos se hacen más difusos a cada hora que pasa. Es igual que cuando sueñas y lo recuerdas a primera hora de la mañana, pero al mediodía ya se te ha olvidado.

—¿Está segura que ya no recuerda?

—No dije eso. Recuerdo sentirme muy tranquila, en paz. Vi al hombre intentando reanimarme, pero yo me alejaba cada vez más... Lo último que recuerdo, es despertar con una sábana cubriéndome encima.

—¿Y cómo se siente al respecto?

—Ayer me sentía histérica por el asunto. No comprendía lo que había sucedido, o por qué, pero hoy lo veo como otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad?

—Para ser feliz, quizás... Ni siquiera alcancé a discutir con Jack esa noche. Me sentía demasiado mal y conduje la moto a toda velocidad por el fiordo. No vi al hombre hasta que fue demasiado tarde.

Erik quería saber mucho más, pero sabía que no podía presionarla, o Brenda se retraería y no querría hablar nada más, aunque recordara. Sin embargo, si la experiencia no lo engañaba, más temprano que tarde ella lo buscaría.

—Señora Harrington, daré mi autorización para que se marche a casa, pero le recomiendo que no abandone Forsand sin antes hablar conmigo. Si me necesita, puede buscarme aquí o en casa. También le daré mis números telefónicos, el del móvil y el de mi casa.

Erik arrancó una hoja de su libreta y escribió los datos que le había mencionado a Brenda, luego se puso de pie y se aproximó más a la cama.

—Le avisaremos a su esposo para que venga por usted. Estará bien.

—No. Prefiero que venga mi hermano y su esposa.

—Claro. No hay problema.

Erik salió de la habitación preguntándose si Brenda decía la verdad o

mentía. No podía creer que en una noche había olvidado lo sucedido. No le quedaba otra que armarse de paciencia y esperar.

Casi dos horas después, Peter y Linda llegaron a la clínica por Brenda, Jack no venía con ellos.

Rolf había estado dando vueltas toda la mañana cerca de la ventana. No sabía cómo, pero estaba seguro de que la vería por fin. Y no se equivocó, porque cerca del mediodía un taxi se detuvo frente a la casa de Anna, y de él bajaron tres personas: el hombre que había estado allí esa mañana, otra mujer joven... y Brenda.

La vio caminar en cámara lenta por el sendero que conducía hasta la casa. La brisa del fiordo hacía flotar su cabello detrás de su espalda. Era tan hermosa que su belleza le cortaba la respiración. Una y otra vez, la veía dentro de su cabeza con el camión blanco transparente, adherido al cuerpo. Su propio cuerpo reaccionaba ante tales visiones, y aunque se esforzaba, no podía evitarlo.

—Estás mal, compañero —le dijo a su reflejo en la ventana.

Quizás la soledad le estaba pasando la cuenta. Ya eran muchos años de no sentir el calor de otro cuerpo junto al suyo, ni siquiera tenía un perro que le hiciera compañía. Nunca había sido partidario del sexo fácil, y había bajado el *switch* que conectaba sus órganos genitales con su cerebro, sin embargo, el cerebro había decidido que ya era tiempo de volver a poner el interruptor en *ON*.

Harto de divagar, sacó una cerveza del refrigerador, y se fue a su sitio favorito: el borde de la pendiente frente al fiordo.

Bebió sin prisa la cerveza, disfrutando de cada sorbo. Lo único que le quedaba eran los pequeños placeres de la vida, y la cerveza era uno de ellos.

——Buenas tardes ——dijo una voz a su espalda—. Estuve golpeando la puerta y como nadie abrió, me atreví a dar la vuelta para ver si estaba atrás.

Todo fue uno: voltear, tirar la cerveza y experimentar dolor de mandíbula por abrir la boca de repente.

No había escuchado los pasos a pesar de que el sendero era de gravilla, pero ahí estaba. La miró de pies a cabeza para memorizar para siempre cómo se veía por si fuera la última vez que la tenía enfrente de él: pantalones de color beige, una blusa ligera del mismo tono y un sweater liviano de color chocolate colgaba anudado de su cuello. Unos pequeños pendientes de perla adornaban sus orejas, pero lo más llamativo era su cabello

con esos destellos rojizos que tanto había amado en Hela.

—Señora Harrington —logró balbucear sin atragantarse.

X

—¿Interrumpo? Puedo regresar más tarde.

Rolf la miró, embobado.

Brenda se colocó un mechón de cabello de la oreja.

—Disculpe, parezco un tonto, es que me sorprendió.

—Espero que no sea una sorpresa desagradable.

—De ningún modo. Me alegra ver que ya está bien.

—Le ruego que me disculpe por lo de anoche.

—No era necesario que viniera hasta aquí solo por eso, no hay nada que disculpar.

—¡Oh, no! Vine a darle las gracias por haberme sacado del fiordo. Gracias a usted tengo una segunda oportunidad.

—Me alegro de que lo vea así, no todo el mundo tiene una segunda oportunidad, espero que la aproveche.

—Lo haré, no le quepa duda de eso.

—Le deseo éxito.

—Gracias.

—¿Se marchará pronto?

—Aún no sé lo que haré, solo tengo certeza de una cosa.

—¿De qué?

—De algo que tengo que resolver definitivamente.

—También le deseo éxito en eso.

Brenda lo miró con sus grandes ojos castaños, luego sonrió y se marchó sin decir más.

Rolf se volteó hacia el fiordo otra vez. Sentía como si el corazón se le fuera a salir del pecho. Qué ganas había sentido de estirar una mano, y ser él quien colocara el rebelde cabello detrás de su oreja. Se metió de nuevo a la casa y espió por la ventana: Brenda estaba regresando a su casa, con su marido.

Brenda no supo explicarse a sí misma la extraña emoción que había sentido mientras charlaba con Rolf, era como si lo conociera de antes, como si

alguna vez hubiera acariciado las arrugas que se hacían en sus ojos al sonreír. Le parecía que esos ojos que casi eran como el color de las aguas del fiordo, ni verdes ni azules, ya la hubieran contemplado con anterioridad. Era algo tan extraño, que la piel se le erizaba de solo pensarlo.

Esa noche se quedaría pensando en ello en su cama hasta quedarse dormida. Pero a pesar de que el manto del sueño la envolvió con delicadeza, no logró descansar con tranquilidad: voces e imágenes borrosas vinieron a alterar su buen dormir. Cuando despertó por la mañana se sentía muy alterada y con la convicción de que alguien había entrado a su cuarto, pero ¿quién? Jack se había marchado a Inglaterra la tarde anterior, y su hermano había vuelto al hotel con Linda.

Al bajarse de la cama y sentir la humedad en el piso flotante de la habitación, su desconcierto fue aún mayor, y su sorpresa fue mayúscula al observar restos de algas que acompañaban dicha humedad.

Más tarde mientras desayunaba, intentó meditar en lo que sería su vida de ahora en adelante. No sabía qué haría. Si bien tenía dinero suficiente como para vivir bien si trabajar si lo quería, gracias a la herencia que sus padres le habían dejado a ella y a su hermano, y que él había sabido invertir, sabía que no podía quedarse con los brazos cruzados como una mujer ociosa. Sin embargo, no sabía si quería regresar a York, y odiaba a Jack por eso, porque era una ciudad que amaba. Ella había sido la de la idea de instalarse en York, pues allí tenían lo mejor de dos mundos: la tranquilidad del campo, y las comodidades de la ciudad.

Juntos habían comprado la casa de Chantry Lane, y la había decorado con tanta dedicación... En fin, resultaba absurdo pensar en eso, porque si continuaba, lo siguiente en preguntarse sería si acaso Jack llevaría a su princesa Jess a vivir con él, dormir en el mismo lecho que lo hacía con ella, comer en la misma mesa, compartir el mismo auto... Sacudió la cabeza casi con violencia, por sí de esa forma los malos pensamientos caían al suelo y ella pudiera pisotearlos después.

Aún recordaba palabra por palabra la discusión que habían sostenido antes que Jack abandonara la casa, el día anterior:

—*Pensé que ya no te encontraría aquí* —le había dicho ella, en cuanto se quedaron solos.

—*No pretendo marcharme. Las vacaciones aún no terminan, y no hemos decidido nada.*

—¿Decidido? ¿Hablamos de un negocio acaso? —había espetado ella con amargura.

—No quise decir eso... No podemos echar por la borda, tantos años.

—Debiste haber pensado en eso antes, ¿no?

—Eso se terminó... Hace tiempo.

—Seguro que sí. Es por eso que recibí por error un mensaje dirigido a ella el día anterior a nuestro viaje: "Mi amor, pon el vino en la nevera, llegaré pronto". Dijiste que habías pasado a una taberna con Mike.

—¿Por qué viniste a este viaje, Brenda?

—Porque pensé que podía recuperarte, ¡maldita sea! Pero lo que pasó hace tres noches me demostró que estabas equivocada: Estás enamorado de esas curvas y ese rostro de corazón... Vete por favor, ya no quiero hablar más. Le pediré a Peter que se encargue del tema del divorcio.

—¿Quieres que me vaya, ahora? Ni siquiera he reservado vuelo.

—¡No me importa, puedes esperar en un hotel, o a la orilla del fiordo! ¡Solo vete, o no me va a importar hacer un escándalo por primera vez en mi vida!

Después de verlo subir al taxi, había llorado por horas. Luego se había levantado, tomado un baño de tina y se había vuelto a meter a la cama.

—¿Linda? ¿Por qué no le dices al flojo de mi hermano que se levante para que vamos a conocer Preikestolen?

—Ya se despertó, Brenda —Linda rio al otro lado del teléfono—, ahora se está dando un baño. Justamente estábamos hablando hace rato de aprovechar de ver los sitios de interés. También pensó en que podríamos ir al museo de Oslo. Todo eso antes de intentar convencerte de regresar con nosotros.

—Estoy de acuerdo con cualquier expedición que inventen, pero en cuanto a marcharme, no me convencerán si no quiero.

—Eso mismo le dije yo —risas de Linda otra vez.

—Me conoces bien.

—Y te quiero bien, también.

—Lo sé, Linda... Bueno, los espero. Voy a preparar algo para comer mientras tanto. Dense prisa.

—Nos vemos.

Un poco más animada, Brenda se puso manos a la obra: prepararía

unos emparedados, y además llevaría fruta y zumo de naranja. La cerveza la dejaría para el regreso, pues no era buena idea beber y subir pendientes.

Mientras lavaba la verdura en el grifo del lavaplatos, se puso a observar el fiordo. De pronto algo llamó su atención y su vista se quedó clavada en aquella visión:

Rolf se estaba subiendo a un bote, pero eso no era lo llamativo, sino su torso desnudo. Era el cuerpo de un hombre acostumbrado al trabajo físico. Un tatuaje cubría parte de su hombro derecho, y brillaba bajo la luz del sol. Brenda, sintió un cosquilleo cerca de la vagina, y apretó sus piernas para que desapareciera.

La visión de su vecino era muy perturbadora. Decidió bajar la vista hacia las verduras y terminar lo que estaba haciendo.

XI

Era prácticamente el mediodía cuando Peter y Linda llegaron a buscar a Brenda.

—¿No creen que es un poco tarde?

—Brenda, no trajimos ropa ni zapatos adecuados para practicar *trekking*, puesto que no veníamos a eso —explicó Linda.

—Es verdad, venían a ver a una casi muerta.

—¡Brenda! Además, Peter insistió en rentar una camioneta.

—¿Y rentan vehículos aquí?

—Con algo de dinero, todo se puede —respondió Peter, guiñando un ojo—. ¿Sabes? Se me acaba de ocurrir que invitemos al doctor Solberg para que sea nuestro guía.

—¿Y los folletos que sacaste del hotel? —le preguntó Linda a su esposo.

—Sería más entretenido si vamos con alguien de acá, ¿no les parece?

—No sé si será buena idea molestarlo, parece un poco retraído —repuso Brenda, a quien le gustaba la idea, pero al mismo tiempo la inquietaba—, y quizás a su esposa no le parezca bien.

—Con preguntarle no perdemos nada. Suban a la camioneta, y vamos por él.

—Sí jefe —respondió Linda, y le sacó la lengua.

—¡Linda, te he dicho que no hagas eso en público!

Linda se sonrojó, y Brenda volvió la mirada para que no la vieran reírse.

El vehículo avanzó hasta la casa de Rolf, y Peter se bajó inmediatamente. Tocó la puerta, y como si el hombre hubiera estado esperando, esta se abrió inmediatamente. Después de una breve conversación, Peter regresó a la camioneta.

—Te lo dije —sentenció Brenda—. No debiste haber venido a molestar, Peter.

Apenas Brenda había terminado de hablar, Rolf apareció con una mochila en la mano, y sin pedir permiso abrió la puerta y se sentó junto a ella.

Ambos sonrieron, pero estaba bastante nerviosos.

A Brenda no se le ocurrió algún tema de conversación que pudiera interesar a Rolf, así que guardó silencio y se dedicó a mirar por la ventanilla, mientras que Rolf aprovechaba esa oportunidad para observarla. Toda la situación no le pasó desapercibida a Peter, que los observaba por el espejo retrovisor. En determinado momento, tocó la pierna de Linda para que ella se percatara de lo que ocurría en el asiento de atrás, pero ella solo lo miró interrogante ya que no entendía. Peter entornó los ojos y no volvió a intentar comunicarse con su esposa, ella no entendía nada de señales.

Siguiendo las indicaciones de Rolf se subieron al ferry, con la camioneta. Tenían que transportarse hasta Stavanger, y de ahí continuar hasta un lugar llamado Preikestolhytta para iniciar el verdadero ascenso hasta la mítica roca.

—Está la alternativa del bus, o un paseo en helicóptero —sugirió Rolf.

—¿Y perdernos toda la diversión?

—Está bien. Les advierto que deben estar preparados para un ascenso que dura alrededor de dos horas.

—No se preocupe doctor Solberg —dijo Linda—. Capaz que a mí me cueste, pero a Brenda y Peter, les encanta el *trekking*, y el deporte de riesgo en general.

—Si te cansas, amor, te cargaré en mi espalda.

—Gracias, cariño.

Esta vez Brenda no tenía máquina fotográfica, pero eso no le impidió disfrutar del paisaje y poner atención a todo lo que Rolf le mostraba. No sabía si estaba más fascinada del hombre y del paisaje.

—¿A su mujer no le molesta que haya salido con nosotros, doctor? —Brenda se sintió muy tonta, había sido muy obvia su forma de indagar acerca de la vida privada de él.

—Vivo solo. Soy viudo... Mi esposa se ahogó hace muchos años en el mismo lugar que usted tuvo el accidente.

—¿Cuánto lo siento! Quizás lo que me sucedió le recordó todo aquello, ¿no?

—Solo en parte, ella se suicidó.

—No me cuente más, por favor. No quiero que recuerde ese hecho tan doloroso. Al menos no hoy. —Sabía que estaba siendo egoísta pero no lo podía evitar.

—¿Y qué me cuenta de usted, Brenda? ¿Por qué no está el señor

Harrington con nosotros?

Un inmenso placer la invadió cuando él la llamó por su nombre, así sin más.

—Él se marchó ayer. Tuvo que regresar por trabajo.

No supo por qué, pero no fue capaz de decir que se iba a divorciar.

—Comprendo.

Después de aproximadamente cuarenta minutos, se encontraban en el punto de partida hacia la roca, y comenzaron a pasar lista de lo que subirían con ellos.

—Lleven lo mínimo —les advirtió Rolf—. No parece complicada la subida, pero cansa porque no es directa. En muchas ocasiones deberemos descender para poder avanzar. No es como subir una montaña.

—Está bien, Rolf —aceptó Peter—. Puedo llamarte, Rolf, ¿verdad? Si vamos a hacer esto junto sería más agradable si lo hacemos en plan de amigos. Tú no hablas mucho, pero me caes muy bien.

—Por supuesto, Peter. Puedes llamarme como quieras.

—De acuerdo entonces, se acabaron las formalidades.

Rolf rio con ganas por primera vez en la tarde, y los demás lo imitaron.

—Bueno, solo llevaremos los *sandwiches* de Brenda y las bebidas isotónicas que compró Linda.

—Yo aportaré con unos *Kvikk Lunsj*^[3]. Tenía muchos en casa.

—¿Qué son esos? —preguntó Brenda.

—Son unas barras de chocolate que traen mapas de montaña.

—Nos vendrán bien cuando lleguemos arriba. Gracias, Rolf.

—¡Ah, lo último! No pierdan de vista esas marcas en forma de *T* de color rojo, indican el camino que hay que seguir.

—Cómo diga, comandante —repuso Peter, jocoso.

—Quizás no alcancemos —dudó de pronto Brenda—. Son casi las dos. He leído que son alrededor de cinco horas en total.

—Mira, si nos quedamos pensando perderemos tiempo. Ya estamos aquí, así que a subir se ha dicho.

—Peter, tu entusiasmo es contagioso. Espero que no tengamos que arrepentirnos.

El pequeño grupo se unió a los cientos de turistas que comenzaban el ascenso en ese momento. Al final Brenda se olvidó de los reparos que tenía y comenzó a disfrutar de la subida. Hacía mucho tiempo que no practicaba *trekking* y en ese momento se dio cuenta de que estaba fuera de forma. Rolf se

dio cuenta de la situación y sin decir nada, se fue quedando rezagado para no dejarla sola, puesto que el entusiasmo de Peter lo hacía subir con demasiada rapidez y solo se detenía cuando Linda se lo pedía.

Así fue, como el grupo de cuatro se dividió en dos de dos, y Brenda no se dio cuenta como terminó subiendo de la mano de Rolf. Cuando se percató de ello, ya era tarde, Rolf había tomado el mando en lo que a su grupo de dos se refería y no la soltaría más.

XII

Por fin después de casi dos horas extenuantes, llegaron al final del camino. Había mucha gente sobre la roca plana, pero pocos osaban ir hasta la orilla.

—Afortunadamente no sufro de vértigo —comentó Brenda—, la altura es impresionante.

—Estamos a más de seiscientos metros sobre el nivel del fiordo.

—*¡Wow!* Es más atemorizante que una montaña.

—Lo es.

En eso aparecieron Peter y Linda que se habían perdido de vista desde el comienzo de la caminata.

—No podremos estar mucho tiempo acá, Linda no se siente bien. Si quieren ustedes se pueden quedar, pero yo tendré que bajar enseguida.

—¿Qué te pasa, Linda? —preguntó Brenda.

—Me siento mareada. Nunca me había ocurrido antes. No sufro de vértigo. Quizás sea la presión.

—Bajaremos los cuatro, entonces —anunció Brenda—. ¿Tienes algún problema con eso, Rolf?

—No. He venido un par de veces, pero siempre es el mismo espectáculo, así que no me importa.

—¡No! Ustedes deben quedarse otro rato —dijo Peter, rechazando la idea de que bajaran los cuatro—. Esperaremos abajo, ese lugar que pasamos antes de subir. Creo que es un área de descanso.

—Preikestolhytta —confirmó Rolf.

—¿Y si Linda debe ir a la clínica?

—Podemos tomar el bus —sugirió Rolf, quien sí deseaba quedarse solo con Brenda.

Brenda lo miró unos instantes, y a pesar de que su buen juicio le ordenaba que bajara con su hermano, ella no le hizo caso.

—Está bien, Peter. Si tardamos se pueden marchar. Solo recuerda que no podremos hablar por teléfono en caso de cualquier eventualidad.

—No te preocupes, Peter, la cuidaré bien.

—Lo sé, amigo.

Los cuatro se despidieron, y aunque Brenda quedó preocupada por Linda, esta pasó pronto pues cuando regresó la vista al horizonte se olvidó de todo.

Rolf observó a Brenda de soslayo y sintió un enorme deseo de abrazarla. Qué bien se sentía estar allí con ella, aunque hubieran más de doscientas personas sobre la roca. Para él solo existía Brenda. El mundo se podía detener en ese instante y quedarse así por siempre: contemplándola a ella, mientras ella contemplaba el horizonte.

—¿Ha disminuido su tamaño con el tiempo? —preguntó ella de pronto, sin mirarlo.

—No. La miden periódicamente y continúa igual.

—¿Se caerá alguna vez?

—Dice la leyenda que eso sucederá cuando cinco hermanos se casen con cinco hermanas.

—¿Eres cristiano, Rolf?

—No sé. Creo que existe alguna divinidad, pero no sé si es Dios u Odín. No voy a la iglesia si es eso lo que te interesa saber.

—Yo solía ir, pero ya no.

—¿Perdiste la fe?

—No, pero no estoy de acuerdo con quienes gobiernan la iglesia. Tengo la impresión de que hay mucha basura acumulada bajo la alfombra.

—Nuestro destino ya está trazado desde antes de nacer, solo que no lo sabemos.

—¿Crees en el destino?

—El destino lo es todo.

—No lo creo así. Muchas de las cosas que nos suceden es por las buenas o malas decisiones que tomamos en la vida. No creo que esté trazado de antemano que uno va a tener mala suerte en un negocio. O que a alguien le van a arrollar porque cruzó la calle en un lugar indebido.

—Tienes razón, es complicado. Puede ser que el destino exista, pero se le puede torcer la mano.

—Yo creo que cada uno se arma su propio destino.

Él no contestó. Se quedó pensando. Brenda era muy lista y rebatía con facilidad sus argumentos. Le agradó comprobar que en eso no se parecía a Hela. Hela era siempre muy insegura con respecto a sus opiniones. Siempre necesitaba que alguien reafirmara lo que ella decía. Sin embargo, la amó tal

como era.

De pronto, sus pensamientos se vieron interrumpidos por una inesperada lluvia.

—Debemos bajar, la roca se pondrá resbaladiza.

—¿Es que durará mucho?

—Nunca se sabe.

—¡Qué lástima!

—Podemos regresar cualquier día de estos, pero más temprano. Por lo menos pudiste admirar el paisaje. En ocasiones cuando llegas a la cima, está cubierta por una densa neblina.

—¡Oh!

Rolf tomó a Brenda de la mano y comenzaron a descender. Al principio la bajada la hicieron con rapidez, pero a medida que la lluvia aumentó en intensidad, el sendero se volvió más dificultoso y Brenda no pudo evitar caer un par de veces a pesar de que Rolf la tenía tomada con firmeza de la mano.

—Ahora no se ven tan hermosos los glaciares —se quejó ella—. Llevamos casi una hora de camino y parece que no fuéramos a llegar nunca a *Preysteko*, o cómo se llame.

Rolf rio y ella lo miró furiosa.

—Falta menos de lo que piensas.

—Si al menos hubiera una cueva por aquí.

—Claro, de lobos. No sé si querrían compartirla.

—¿Lobos?

Rolf rio nuevamente.

—¿Era broma, cierto?

—No —respondió él con seriedad, pero sus ojos lo delataban, aunque ella estaba demasiado asustada como para percibirlo.

Luego de casi otra hora de caminar por charcos de agua, glaciares resbaladizos y rocas mojadas, por fin llegaron a la hostería. Tal y como Brenda esperaba, su hermano ya no estaba allí, y tampoco había buses ya que el último había salido hacía diez minutos.

—Todo es culpa mía —se recriminó ella—. Si no me hubiera detenido tantas veces, habríamos llegado junto a los demás turistas. ¿Qué haremos ahora? Estamos empapados y sin cambio. ¿Traes alguna cosa seca en tu mochila?

—No.

—¡Maldición!

Rolf, condujo a Brenda hasta la cafetería del lugar, y la dejó junto al fuego.

—Espera, voy a averiguar algo.

Rolf, salió nuevamente al exterior, y Brenda lo vio correr bajo la lluvia hasta otro edificio. Regresó como a los cinco minutos con un paraguas.

—Brenda, tengo una buena y mala noticia a la vez.

—¿Cómo?

—Les queda una cabaña para que podamos pasar la noche, pero es sencilla.

—Eso no importa. Me adapto a todo.

Ella no había comprendido.

—No es eso. Una sola cama.

Ella se sonrojó. Era muy boba.

—¡Oh, no había entendido! Lo siento. Bueno, tendremos que adaptarnos, ¿no? Ni modo que pasemos la noche sentados en la cafetería.

—No podríamos, pues la cierran de noche.

—¿Podemos comprar algo para llevarlo a la habitación? Muero por quitarme esta ropa mojada.

—Lo bueno es que tienen servicio de lavandería y en un rato estará seca.

—¡Fantástico! Entonces compremos algo y vamos a la cabaña.

Mientras Brenda iba hasta la vitrina de la cafetería para ver que le apetecía comer, Rolf meditaba en lo larga que sería la noche.

XIII

Brenda estaba sorprendida de sí misma. En cualquier otra circunstancia habría estado cohibida por encontrarse junto a un hombre que apenas conocía, en una situación bastante íntima, pero no fue así: estaba muy a gusto envuelta en la bata de baño de franela, charlando y bebiendo una cerveza que Rolf había comprado, junto al fuego. Él también estaba recién duchado y envuelto en una bata verde que hacía resaltar sus ojos.

—¿Por qué dejaste de ejercer? —preguntó ella de pronto.

—Perdí el deseo cuando no pude salvar a Hela

—¿Tú la encontraste, igual que a mí?

—Supuestamente fue a dar un paseo, y cuando vi que tardaba demasiado fui a buscarla.

—¿Por qué salió en esas condiciones?

—En Noruega salimos igual, aunque llueva o haya nieve. La gente practica deportes de invierno... El mundo no se paraliza porque el clima se pone feo.

—Lo entiendo, pero es peligroso caminar sobre agua congelada.

—Lo hizo a propósito.

—¿Quieres decir que...?

—Sufría de depresión... Perdona, no quiero hablar más del tema.

—Sí. Disculpa.

—Días antes supimos que esperaba a nuestro primer hijo. Creí que eso la ayudaría a salir de ese estado, pero me equivoqué. —Rolf no supo por qué continuó hablando a pesar de no querer hacerlo.

Brenda guardó silencio, pero no pudo evitar pensar que ese hombre que aparentaba rectitud podría haber sido el responsable de la muerte de su esposa, tal como Jack había sido el culpable de que ella saliera como loca en la *jet ski*. Ufff, ¿por qué tenía que recordarlo en ese momento? ¿Es que acaso cualquier cosa que le contaran la compararía con su historia? Observó nuevamente a Rolf. Él parecía ser una clase diferente de hombre, de esos que se enamoran una sola vez en la vida. ¿Estaría solo desde que Hela murió? ¿Y

eso qué le importaba a ella?

—¿A qué te dedicas? —Ahora era el turno de él de indagar acerca de la vida de Brenda.

—Soy arquitecta.

—Y tu esposo, ¿qué hace?

—Él también es arquitecto. Trabajábamos juntos, en York.

—¿Trabajaban?

—Ya no lo haremos más. Vamos a divorciarnos.

Estaba dicho, ¿para qué continuar guardando el secreto?

—Esa noche discutimos. Vinimos a este viaje en un intento por restaurar nuestra relación, pero no resultó... Él tiene a otra. Más joven.

—Ese hombre está mal de la cabeza. A pesar de que te conozco poco, creo que eres una mujer fantástica.

—Pero hay cosas contra las que no se puede luchar.

—Es que él no forma parte de tu destino.

Brenda lo miró con seriedad al principio, pero comprendió que Rolf se estaba burlando. En cosa de segundos ambos reían, a ella hasta se le saltaron las lágrimas.

—No sé por qué me da risa, pero es buena idea echarle la culpa al destino de todo.

—Así es más sencillo aceptar las derrotas.

El silencio cayó nuevamente entre los dos, pero ambos estaban cómodos tanto si hablaban como si no. De repente Rolf ahogó un bostezo y Brenda se puso inmediato de pie.

—Qué tonta que soy. Debes estar muy cansado y yo aquí de parlanchina.

—No es eso. Es que me acostumbré a dormirme con las gallinas.

—Claro, y ya son como las diez. Mira, tú duermes en la cama y yo en el sofá.

—Yo dormiré en el sofá, Brenda. Así estaré cerca del fuego.

—Es que el sofá es algo pequeño para ti.

—Yo dormiré en el sofá.

—Está bien, pero si cambias de idea me avisas, odiaría que sigas pasando incomodidades por mi culpa.

Como la habitación era de un solo ambiente, Brenda podía ver los esfuerzos de Rolf para acomodarse en un sofá en el que no le cabían los pies. Ella se quiso levantar un par de veces para que cambiaran de lugar, pero él

estiraba una mano para detenerla. Al final, incómodo o no, él se durmió a los pocos minutos. Brenda apagó la luz y luego de un par de vueltas en la cama también se durmió.

Brenda podía sentir cómo la envolvía la humedad. No sabía dónde se encontraba. Intentó mirar a su alrededor, pero todo era oscuridad. Quiso caminar y tampoco pudo pues estaba flotando. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué estaba en el agua? Quería salir a la superficie más no podía, era como si un ancla invisible la tuviera sujeta al fondo. A lo lejos se escuchaban voces y no supo identificarlas. De pronto una de ellas se hizo más fuerte y nítida.

—*Dile que me perdone. Hazlo feliz.*

Brenda intentó identificar a la dueña de la voz, pero las sombras lo cubrían todo.

—*Tenía que hacerlo, no podía hacerlo sufrir. Dile que me perdone.*

—¿A quién?

—*Hazlo feliz.*

—¿A quién? —preguntó nuevamente Brenda, pero la voz no respondió—. ¿A quién tengo que hacer feliz, a quién?

—¡Brenda!

Rolf, la remeció para que despertara. Brenda tenía una pesadilla y gritaba. Sin embargo, notó algo extraño: las sabanas y las mantas estaban húmedas.

—¡Brenda!

Ella reaccionó, pero tardó en reconocer a Rolf y el lugar donde estaban.

—Fue una pesadilla horrible, Rolf —sollozó ella—. Estaba dentro del agua, algo me afirmaba al fondo y no podía salir a la superficie.

—Ya pasó —la consoló él, abrazándola—. Tienes que salir de la cama porque está mojada.

—No me digas que yo... Qué vergüenza.

—Está demasiado mojada para que solo sea eso.

Rolf se levantó a encender las luces y entre ambos descubrieron el lecho. Brenda se paralizó al ver trozos de algas entre las sábanas.

—¿De qué se trata esto? ¿Es alguna broma? ¿Fuiste tú?

—Yo desperté con tus gritos. —No quiso comentar que ya había visto antes esas algas.

—Rolf, tengo miedo. —Sin pensarlo dos veces, corrió hasta él y lo

abrazó—. No quiero estar sola. Me quedaré contigo junto al fuego.

Él no quería abrazarla, sin embargo, no pudo evitarlo. Ella estaba pegada a él como si quisiera fundirse en su cuerpo. El temor la tenía temblando como una hoja.

Buscaron mantas secas en el armario y se sentaron frente al fuego con las espaldas recostadas en el sofá.

—¡Abrazame por favor, no me dejes sola!

—No te dejaré, te lo prometo.

Él hubiera querido decirle que nunca más la dejaría, pero no podía, era muy pronto aún.

Brenda no quería dormir nuevamente, pero entre la calidez del fuego y el abrazo de Rolf, se sintió tan reconfortada que ni cuenta se dio cuando cerró los ojos.

Para Rolf era una tortura tener ese cuerpo tan cerca del suyo. La única separación entre ambos eran las batas de felpa, y sería tan fácil... No podía aprovecharse de la vulnerabilidad de Brenda, se dijo, llamándose la atención a sí mismo e intentando conciliar el sueño. Pero al igual que Brenda, tampoco supo cómo se durmió abrazado a ella.

XIV

Brenda abrió los ojos y se desperezó. Por un momento creyó que estaba en su cama de York, por lo relajada que se sentía. Un ronquido como un murmullo la puso alerta, no estaba en York y el que roncaba no era Jack, pues sus ronquidos asemejaban al rugido de un león.

Sin querer averiguar quién dormía a su lado intentó levantarse, pero un brazo fuerte la sostenía por la cintura. Miró hacia su costado, ¡Rolf! ¡Qué hacía ahí con Rolf! ¿Acaso habría sucedido algo entre ellos? Quitó el brazo que la tenía atrapada contra el suelo, como si le quemara, obligando a Rolf a despertar de pronto.

—¿Qué ha sucedido?! —Chilló ella—. ¿Es que acaso nosotros...?

Rolf se levantó de un salto, y ella pudo comprobar, agradecida y desilusionada a la vez, que él estaba completamente vestido con la ropa del día anterior.

—Estás vestido —dijo ella reafirmando lo obvio.

—Hace un rato trajeron nuestra ropa y decidí vestirme.

—¿Y por qué te acostaste de nuevo?

—El fuego se consumió y tú parecía tener frío envuelta solo en esa bata.

—Pudiste despertarme —le reprochó—. ¿Qué hora es?

—Casi las diez. Dormías tan a gusto que no tuve el valor de hacerlo.

—No podía decirle que se había tenido que conformar con abrazar su cuerpo dormido, puesto que no quiso aprovecharse de la situación.

—¿Ya dio señales de vida mi hermano? ¿No ha sonado mi teléfono?

—No y no.

Brenda lo observó un momento y se sonrojó. Sintió que se ponía en evidencia. En silencio cogió su ropa limpia que descansaba sobre una silla y se fue al baño.

Cuando salió duchada y vestida Rolf la esperaba listo para salir.

—¿Qué te parece si desayunamos en la cafetería y luego vemos la forma de marcharnos? Imagino que estarás preocupada por Peter y Linda.

—Es cierto, ellos no me dejarían sola si no ocurriera algo realmente

grave.

—Me siento ofendido, Brenda.

—¡Oh, no quise decir lo que dije! Disculpa, ya ni sé lo que quise decir. Estaban sentados en la cafetería delante de humeantes tazas de café y bollos de cardamomo, pero Brenda no comía, tenía la vista fija en el vacío.

—No pude averiguar quién era ella.

—¿Ella?

—La mujer de mis pesadillas, la que me habla.

—¿Qué te dice?

—Qué le diga a un hombre que la perdone, que no fue su intención hacerle daño, pero tenía que hacer lo que hizo. Además, me pide que lo haga feliz.

Rolf palideció.

—¿Estás... Estás segura de que no te dijo de quién se trata?

—Sí.

—¿No la llegaste a ver?

—No.

—Quizás deberías charlar con Erik al respecto.

—¿Crees que estoy loca?

—Por supuesto que no. Pero él tiene experiencia en estas cosas.

—¿Lo dices en serio?

—Piénsalo.

Luego se dedicaron a desayunar en silencio.

Rolf no deseaba continuar charlando. Se sentía confundido: por instantes había llegado a pensar que Brenda también sentía la misma atracción que él, pero le había molestado la sola idea de que algo hubiera pasado entre ellos aquella noche.

Por otro lado, le inquietaba demasiado la pesadilla de Brenda, ¿quién era la mujer que le hablaba? Y lo más importante, ¿a qué hombre se refería? Se podría tratar solo de un mal sueño, si no fuera por el agua y los restos de algas, igual como había sucedido en su casa. Se le erizaba la piel al intentar descubrir de qué se trataría, o si lo pensaba mejor: de quién.

—¿Crees que podremos regresar en alguno de esos buses que están llegando? —preguntó Brenda, indicando hacia el exterior.

—Se quedan todo el día. Pero quizás alguien que esté de paso nos pueda acercar a Oanes que es el pueblo más cercano. De ahí a Stavanger, y el resto del recorrido ya lo sabes. ¿Intentaste comunicarte con Peter? Aquí sí hay

señal.

—Varias veces, pero está apagado. Estoy cada vez más preocupada. Eso me extraña de él, sobre todo con lo aprehensivo que es.

Ambos pidieron otra taza de café, y luego cayó el silencio, era como si no tuvieran más que decirse. Quizás era así, o quizás lo que deseaban expresar no podía ser dicho con palabras.

Por más que lo intentara, Brenda no podía negarse a sí misma los sentimientos que le inspiraba ese hombre al que apenas conocía. Podría ser que los años que había permanecido sin ser tocada por Jack, estuvieran haciendo estragos en su cuerpo, pero cada vez que tenía a Rolf cerca, su piel se encendía y su vagina palpitaba. Ella sabía que no le era indiferente, ¿pero se atrevería a dar el primer paso si él no lo hacía?

Brenda estaba tan sumergida en sus pensamientos que apenas se había dado cuenta de que Rolf se había levantado de la mesa.

—¡Todo arreglado!

—¿Cómo, de qué hablas?

—Se nota que estabas en otra parte. Decía que ya arreglé nuestra salida de este bello lugar. Si por mí fuera me quedaría varios días, pero no se puede.

—Lo siento, pensaba en Peter y Linda —mintió ella, y bajó la cabeza para que él no pudiera leer en sus ojos, sus verdaderos pensamientos—. ¿Y cómo vamos a salir de acá?

—Un camión que vino a entregar un pedido nos llevará hasta Stavanger. Pero debemos partir ya porque sale enseguida.

Mientras Rolf fue a pagar la cuenta a la caja, Brenda se levantó con lentitud pensando en lo romántico que hubiera sido permanecer en la cabaña con Rolf, amándose durante días.

—¿Estás lista?

—Sí, vamos.

Después de la lluvia de la tarde anterior, volvía a ser una hermosa mañana de verano.

El camión era bastante grande, y Brenda no logró subir por su propia cuenta a la cabina, por lo que Rolf tuvo que alzarla por la cintura para que alcanzara la pisadera. Instintivamente, ella posó sus manos sobre las de él, y una carga eléctrica le recorrió el cuerpo. No supo que a él le había sucedido exactamente lo mismo.

Durante el viaje se mantuvieron charlando animadamente con el

conductor del camión que sería uno del 5% que no hablaba inglés en Noruega, más que algunas palabras sueltas, así que Rolf tenía que hacer de traductor. El hombre que tenía el aspecto de un guerrero vikingo como el de las películas: cabello largo, de un rubio casi blanco y larga barba, estaba impresionado con Brenda, y sus brillantes ojos azules no lo disimulaban. Rolf solo miraba a Brenda y sonreía, y esta que no entendía de qué se trataba, miraba a ambos intrigada.

Cuando se bajaron en el muelle de Stravanger, el hombre que se llamaba Steven, le entregó una tarjeta a Brenda con su número de teléfono, luego la cogió por los hombros y estampó un sonoro beso en su mejilla. Luego subió sonriendo a su camión y se marchó con la música a todo volumen.

—¿Y qué fue eso? —preguntó Brenda.

—En esa tarjeta está su teléfono y quiere que lo llames porque está interesado en ti. Le gustas y quisiera ser tu novio, y llevarte a rodar por los caminos en su camión.

—¿Eso dijo?

—Sí, casi todo el camino habló de ti.

—Y tú, ¿qué le dijiste?

—Que estás disponible.

—¡Tonto! —exclamó ella riendo—. Si estuviera disponible te aseguro que no sería para el camionero.

—Se llama Steven.

—Bueno, para Steven.

El regreso a Stranford fue sin problemas. Rolf se despidió en la puerta de la casa de Brenda y se fue enseguida a la suya, pues solo una cosa tenía en mente en ese momento.

Después de haberse duchado otra vez y cambiado de ropa, pidió un taxi para dirigirse a la clínica.

Estuvo sentado casi una hora antes de que Erik estuviera desocupado de la última consulta de la mañana.

Cada vez que Erik abría la puerta de la consulta y veía a Rolf sentado en la sala de espera, lo miraba interrogante pero el otro no daba indicios de lo que lo había llevado hasta allí.

Por fin el último paciente se marchó y Erik se quedó de pie en la puerta esperando a Rolf. Luego de estrecharse las manos y darse un abrazo, se sentaron, no frente al escritorio de la consulta sino en un par de pequeños

sofás que había a un costado.

—¿Y bien? Debo advertirte que estoy muy intrigado.

—Yo también. He venido a charlar de Brenda... Y de Hela.

XV

—Espera, para esta charla necesitamos un café, y pedirle a Assa que venga.

—Tú eres el psiquiatra.

—Pero ella parece haberle tomado afecto a Brenda.

—¿En tres días?

—¿Por qué te parece raro? Es una cuestión de piel, tú conoces a alguien y de inmediato te grada o te produce rechazo.

—Tienes razón, llámala.

—Pensaba hacerlo, aunque no me autorizaras.

Erik se dirigió al escritorio para sacar su teléfono celular de un cajón, y luego de llamar a Assa, levantó el otro teléfono y le pidió a su secretaria tres cafés.

—¿De qué se trata? —preguntó Assa a los dos hombres.

—Rolf, quiere contarnos algo sobre Brenda.

—¿Contarnos? ¿Está seguro que mi presencia es necesaria, doctor Solberg? —A pesar de que Rolf y su esposo eran amigos, ella nunca se había atrevido a tratarlo con tanta familiaridad.

—Erik, dice que usted le tiene afecto a Brenda —respondió Rolf, quien tampoco trataba a Assa de otra forma que no fuera de usted.

—Es verdad. Hay algo en ella que me inspira a protegerla. Pero hable, usted.

—El día de ayer, acompañé a Brenda, su hermano Peter y a su cuñada a Preikestolen. Cuando estábamos en la roca, Linda se comenzó a sentir muy mal y ellos decidieron bajar. Brenda y yo pensamos hacer lo mismo, pero ellos insistieron en que nos quedáramos y nos esperarían abajo.

En este punto, Assa y Erik intercambiaron miradas.

—No es lo que piensan. Al rato comenzó a llover así que también decidimos bajar. A medio camino la lluvia se volvió más intensa y el camino más dificultoso. Cuando al fin llegamos a la hostería ellos no estaban y los buses habían salido hacía diez minutos.

—Ellos estuvieron en la clínica. La cuñada de Brenda estaba embarazada y ella no lo sabía.

—Imagino que lo perdió.

—No, pero estuvo a punto.

—Tuvimos que compartir la única cabaña disponible —continuó Rolf—. No me miren así, no ha sucedido nada entre nosotros.

—Pero podría —señaló Erik.

—¿Puedo terminar? La cuestión es que ella se durmió, pero al poco tiempo comenzó a gritar. Cuando logré despertarla, no paraba de llorar y las sábanas estaban mojadas.

—¿Y qué tiene eso de raro, doctor? Habrá sido consecuencia por haberse mojado tanto.

—Es que no se trata de eso: había restos de algas entre la ropa de cama.

—¿Algas?

—Sí. El otro día mi habitación también amaneció igual. Era un sendero húmedo que iba desde el borde de mi cama hasta la puerta de entrada. Esa noche me pareció ver a alguien, pero no estoy seguro si fue real o pesadilla.

—¿Cómo no lo habías comentado? —le reprochó Erik, a su amigo.

—No creí que fuera importante. Sin embargo, lo extraño es que Brenda recuerda la voz de una mujer que le pide que cuide a alguien, un hombre, y que le pida perdón por ella, por lo que hizo.

—¿Y qué hizo? ¿Quién es el hombre? ¿Y quién la mujer? ¿Ella la vio?

—No, doctora. No sabe de qué hombre habla y no sabe quién es la mujer pues está oculta en las sombras. Lo único que recuerda es sentirse atada al fondo del fiordo.

—¿Es decir, que todo esto ocurre dentro del agua?

—Sí.

Erik, adoptó su acostumbrada pose pensativa y comenzó a pasearse por la oficina.

—Es interesante. ¿No serán recuerdos de cuándo estuvo muerta? ¿Y qué tiene todo esto que ver con Hela?

—Ellas se parecen tanto, que no sé qué pensar.

—¿Crees que Hela podría estar reencarnada en Brenda? Eso es imposible porque tienen edades similares. Creo que su parecido es solo coincidencia, pero una coincidencia que encierra cierto misterio. ¿No lo crees así, Assa?

—Bueno, contigo he aprendido que todo puede suceder.

—¿Y qué quieres exactamente, amigo mío?

—Quizás tú puedas charlar con ella. Yo se lo sugerí, pero me preguntó si acaso creía que estaba loca.

—¿Y lo crees?

—¡No, cielos!

—¿Sabes hasta cuándo se quedará?

—Lo único que sé es que le pidió el divorcio al esposo. Dice que por ahora no tiene planes.

—¡Ya sabía yo que ese hombre tenía algo que ver con lo sucedido! Nunca me agradó... Bueno, los dejo, hoy las gemelas llegan temprano y mi turno de hoy ya terminó.

—Sí. Yo también me retiro, y gracias por escucharme.

Rolf se despidió de la pareja y se marchó.

—Él está enamorado de Brenda —aseguró Erik.

—Y yo creo que tiene demasiado tiempo libre —aseguró Assa—. Debería regresar a la medicina... Bueno, amor, nos vemos en casa.

Cuando Brenda había llegado a casa se había encontrado con la mala noticia de que Peter y Linda regresarían esa misma tarde a Inglaterra. Linda estaba embarazada y quería estar cerca de su madre, pues Assa le dijo que debía cuidarse porque lo más probable era que su condición fuera de alto riesgo. Y aunque a Brenda, le entristeció quedarse sola, entendió completamente las aprehensiones de Linda.

—Me avisan en cuanto lleguen, necesito saber que Linda se encuentra bien —le había pedido a Peter antes de que se marcharan.

Después de comer, fue al pueblo caminando. Recorrió las tiendas, compró y se informó de los sitios de interés para visitarlos en los próximos días. Luego regresó a la casa de Anna, cansada y feliz.

Luego de descansar un rato, abrió una botella de vino rojo y se sentó a beber una copa en el pequeño balcón con vista al fiordo. Estaba en la tercera copa cuando se le vino una idea a la cabeza. Luego de revisar su apariencia frente al espejo del baño, salió de la casa cuando el reloj marcaba las ocho.

Rolf había estado ocupado cortando leña en la parte de atrás y no había tenido tiempo de practicar lo que se había vuelto su deporte favorito: espiar a Brenda.

En el momento que ella apareció, él estaba ordenando la leña, y aunque se sorprendió, no le extrañó verla allí.

Brenda tenía un extraño brillo en la mirada cuando avanzó silenciosa hasta donde él se encontraba. Con una confianza, quizás obtenida del vino, se plantó delante de él y le quitó el leño que sostenía en la mano. Enseguida puso ambas manos sobre torso dorso desnudo y se aproximó aún más.

Rolf, sintió de inmediato el aroma del vino que había estado bebiendo Brenda y trató de apartarla.

—No, Brenda, no es buena idea. Has bebido más de la cuenta, creo yo.

—Soy una mujer madura —dijo ella con firmeza—. Si dejo de ser capaz de tomar mis propias decisiones, entonces ya estoy perdida.

—Cuando recuperes la conciencia vas a estar arrepentida.

—No. Quiero besarte.

—Ya te digo que...

—¿Por qué no paras de hablar y me besas? Hablas demasiado, Rolf — agregó ella en un murmullo.

Luego de echar un vistazo rápido al fiordo, como si alguien los pudiera espiar desde el agua, Rolf levantó a Brenda en sus brazos y entró a la casa.

XVI

Rolf subió de dos en dos los peldaños de la escalera. Temía que, si tardaba, Brenda se fuera a arrepentir. Ella llevaba el rostro oculto en su cuello y reía bajito contra su piel.

Ya dentro de la habitación, Rolf la depositó con cuidado sobre la cama, quería hacerle el amor con lentitud para que esos momentos no terminaran jamás, pero Brenda había tomado otra decisión: se puso de rodillas sobre el lecho y tiró de él con vehemencia, y con la misma urgencia comenzó a despojarlo de sus ropas, obligándolo a hacer lo mismo con ella.

Cuando ambos estuvieron desnudos, se miraron frente a frente, recorriendo sus cuerpos con la mirada.

Sin una pizca de timidez, Brenda estiró sus brazos y lo atrajo hacia ella. Él, dócil, se dejó llevar. Ambos cayeron fundidos en un abrazo sobre el lecho.

Ahora que ya no existía prisa por consumir su encuentro, Brenda permitió que Rolf la amara como él deseaba: con tanta dulzura que la emocionaba. Muy dentro de su cerebro, aunque no quería, no podía evitar compararlo con Jack.

En Rolf podía sentir el esmero y deseo de hacerla feliz, anteponiendo su placer por sobre el de él, tan diferente a Jack.

Cuando Rolf le dio el orgasmo más glorioso que hubiera sentido jamás, agradeció al cielo haber puesto a este hombre en su camino. Si Dios le había otorgado otra oportunidad, de seguro era por esto. Sintió deseos de reír y llorar a la vez. De pronto sorprendió a Rolf mirándola fijamente y no supo qué decir.

—¿Qué?

—Me preguntaba de qué ríes.

—¿Yo, riendo?

—Sí. Ríes a pesar de que tienes lágrimas en los ojos.

—¡Tonto!

Brenda levantó sus manos y le acarició las arrugas de la comisura de los ojos con dedos suaves, pero él le atrapó una mano y besó cada uno de sus

dedos. Luego ella lo empujó para sentarse encima de él. Comenzó en ese momento una lenta cabalgata, que poco a poco se tornó en un galope que dejó a ambos extenuados y sudorosos, pero satisfechos. Cuando se tranquilizaron, Brenda se durmió acariciando la barba de Rolf, Mas el amanecer los sorprendió abrazados como si uno fuera la tabla de salvación del otro.

Esta vez Brenda no se sorprendió por encontrarse en los brazos de Rolf cuando se despertó, sino todo lo contrario, se acurrucó más en sus brazos, no quería escapar de allí nunca más.

—Buenos días —saludó Rolf contra su oreja—. ¿No estás arrepentida? —Necesitaba saberlo de inmediato.

—¿Por qué habría de estarlo? Estaba borracha, no ida. ¿Y tú, te arrepientes?

—Mírame.

Brenda se dio media vuelta en la cama para quedar de frente a él.

—He querido hacerte el amor desde que te saqué del fiordo.

—¡Estaba muerta!

—Yo no lo sabía. Cuando no reaccionaste, lamenté no tener la oportunidad de conocerte, por eso cuando supe que habías regresado no logré controlarme y fui a verte. El día que fuimos a Preikestolen, no sabes lo que me costó no besarte, y luego en la noche...

—No me hubiera opuesto, yo sentía lo mismo.

—Eso ya no importa, ahora estamos juntos.

—¿Estamos juntos?

—Yo creo que sí, ambos somos adultos, estamos libres para hacer nuestra vida como nos plazca, ¿o no?

—¿No te importa que yo esté casada en Inglaterra?

—¿A ti sí?

—No. Voy divorciarme, y no es que esté esperando otro anillo de bodas, quiero ser libre de verdad.

Ya no continuaron hablando, porque Rolf la besó y el juego volvió a comenzar. Esa mañana solo querían amarse.

Fueron días maravillosos los que pasaron juntos. Rolf estaba cada vez más enamorado de Brenda, y ella también de él. Peter y Linda estaban bien en Inglaterra, así que no había ninguna sombra o tristeza que empañara su felicidad. Brenda no volvió a tener las horribles pesadillas, lo que le hacía pensar que todo había quedado atrás. Se reunían seguido con los Nikelssen, ya

fuera en la casa de ellos o en la de Rolf.

Brenda por fin se sentía feliz, llevando la vida que siempre quiso: un hombre que la amara, amigos sinceros y un nido de amor en el que podía ser plenamente dichosa.

Una tarde regresó agitada de su casa. Ella aún dormía allí algunas noches, porque Rolf no le había propuesto compartir su casa y ella tampoco se lo había pedido.

—Rolf, Anna regresa en dos días más. ¡Qué rápido pasaron los quince días! ¿Me ayudarás a buscar otro lugar?

—Creo que ha llegado el momento.

Brenda lo miró intrigada.

—Debes mudarte conmigo. Has pasado más en mi casa que en la de Anna, así que solo se trata de empacar tus cosas.

—¿Estás seguro que es buena idea?

Rolf respondió llevándola a la cama. A Brenda no le quedó ninguna duda de que vivir juntos era buena idea.

Así comenzaron su convivencia en lo que parecía ser una luna de miel interminable. Pasaron los meses y Rolf fue recuperando su confianza en sí mismo y tuvo deseos de volver a ejercer la medicina. A pesar de lo alejado que había estado, ni un solo día había pasado sin que extrañara el pabellón, ya que a juicio de muchos era un excelente cirujano sino es que el mejor de los alrededores. Cuando le planteó la idea a Brenda, ella lo abrazó, emocionada.

—Amor mío, no sabes cómo he rogado que llegara el día en que te escuchara decir eso. Me hace muy feliz que desees retomar tu profesión.

—¿Y tú, no estás aburrida de estar en casa?

—Hasta ahora no, pero cuando vayas a trabajar, quizás consiga un perro para no estar tan sola.

—¿Tenías mascota en York?

—A Jack no le gustan los animales.

—Acá puedes tener todos los gatos y perros que quieras. Pero aparte de eso, ¿no hay otra cosa que quisieras hacer? Tú tienes una profesión, seguramente algo que amas hacer.

—¿Sabes qué me gustaría? —Él negó con la cabeza—. Quisiera retomar la pintura. Antes de casarme, cuando estaba en la universidad, solía hacerlo, y aquí hay unos paisajes que claman ser retratados.

—¿Y tú sabes qué haremos? —Ahora fue ella la que negó con la cabeza—. Iremos a Oslo. Llevas tanto tiempo acá y aún no lo conoces...

Además, no sé si lo recuerdas, pero hace seis meses que estamos juntos.

—¿Seis meses desde que aparecí en el patio trasero, o desde que me vine a vivir contigo?

—Seis meses desde que te apareciste borracha en mi patio.

—A pesar de que el tiempo pasa tan rápido siento como si lleváramos años juntos.

—Yo también lo siento así... Brenda, te amo.

—Yo también, doctor Solberg.

Esa noche, Rolf se durmió pensando en que le pediría a Brenda que se case con él, durante el viaje a Oslo.

XVII

El día siguiente era sábado y se fueron a la casa de los Nikelssen a almorzar. Los días aún no estaban tan fríos, pero caían de repente los chaparrones de otoño, por lo cual las barbacoas habían quedado interrumpidas. Y por supuesto, las noches de a poco se volvían con menos luz de día. Las gemelas de los Nikelssen estaban en casa de sus amigas como casi todos los fines de semana, así que los cuatro adultos disfrutaban de una comida tranquila.

—Sus hijas, apenas se ven en casa —señaló Brenda.

—Son demasiado sociables —dijo Erik.

—Igual al padre —repuso Assa, y todos rieron.

—Tenemos noticias —anunció Brenda—. ¿Podemos contarlo, cariño? —Rolf le hizo un gesto de asentimiento—. El distinguido doctor Solberg quiere regresar a la medicina.

—¡No! ¿Están bromeando o hablando en serio? —Erik se puso de pie.

—¿A dónde vas, amor? —le preguntó su esposa.

—A buscar la champaña, ¿a qué más?

Erik siempre mantenía una botella del líquido espumoso en el refrigerador, así que regresó casi de inmediato con la botella y las copas.

—No sé qué te habrá decidido, pero estoy feliz —le dijo Assa a Rolf, antes de abrazar al que ahora también consideraba amigo de ella.

—Lo único que te puedo decir es que quiero vivir otra vez.

—¡Salud por Brenda, entonces! —exclamó Erik al tiempo que hacía saltar el corcho de la botella.

Luego de hacer los brindis, Assa se dedicó a interrogar a Rolf, pero como este era de pocas palabras a menos que se tratase de Brenda, no dijo mucho.

—Supongo que regresarás a la clínica.

—No Assa, quiero poner un centro de salud pública en Forsand.

—¿Y cómo lo harás? Necesitas mucho dinero para eso.

—Eso del dinero tendré que verlo.

—¿Y saben qué más? —interrumpió Brenda, lo que Rolf agradeció—.

El lunes nos vamos a Oslo.

—Una luna de miel sin anillo de bodas —bromeó Erik, y su esposa le dio un codazo.

Esa noche hicieron el amor como todas las noches y días en que se habían amado libremente. Nada más existía en el mundo aparte de ellos dos. Brenda tenía la seguridad de que esa felicidad duraría para siempre. Nunca imaginó que podría llegar a amar tanto a un hombre en tan poco tiempo, si hasta sentía temor de pensar que algo pudiese suceder que truncara su amor para siempre.

—¿En qué piensas? —le preguntó más tarde Rolf, acariciando su cabeza.

—En que soy tan feliz, que siento miedo de despertar una mañana y que todo no hubiese sido más que un hermoso sueño.

—No es un sueño, Brenda. Mírame, tócame, pellízcame. Aquí estoy para ti y lo estaré mientras tú quieras. Te amo, y jamás quiero perderte.

—Yo también quiero estar siempre contigo. Te amo, Rolf.

Nuevamente hicieron el amor, con más pasión que nunca.

—Un hijo podría venir a coronar nuestra felicidad —dijo ella antes de dormirse en los brazos de Rolf—. ¿Te gustaría?

—Claro que sí, ¿cómo no me iba a gustar? Pero no te presiones mi amor, si el destino así lo quiere...

—Ya sé: *El destino lo es todo.*

Rolf rio, pero a los cinco minutos estaba ronroneando contra su oreja.

Eran más de las once de la mañana cuando un zumbido despertó a Brenda. Abrió los ojos y ahogando un bostezo con la mano buscó la procedencia del sonido. En el suelo, junto a la cama, se encontraba el responsable: su teléfono celular. Saltó de la cama para tomar el aparato antes de que Rolf se despertara. Era Peter quien llamaba, por la hora debía ser algo importante, él dormía hasta tarde los fines de semana. Agarró la bata de levantarse que estaba encima de una silla y entró al baño.

—Hola, Peter, qué extraño que me llames tan temprano en domingo, ¿le sucede algo a Linda?

—No, ella está muy bien gracias a Dios. Se trata de Jack. Para resumir todo, él no quiere firmar los papeles del divorcio si no vienes a

Inglaterra.

—Qué espere sentado. No quiero verlo. Ya se aburrirá y querrá firmar, estoy segura de que Jess está deseando convertirse en la próxima señora Harrington.

—*¿No has pensado que quizás Rolf quiera formalizar la relación?*

—Es muy pronto para pensar en eso. Llevamos tan poco tiempo...

—*Yo lo escuché muy serio cuando hablamos.*

—¿Cuándo fue eso?

—*El me llamó cuando llevaban una semana viviendo juntos, creo.*

Dijo que si no podíamos vernos las caras por un tiempo largo, que al menos quería aclarar que lo que siente por ti es serio. Dijo además que lo hacía porque sabe lo que me preocupó por ti. Lo encontré muy sincero y realmente espero que sean felices.

Brenda, se emocionó al escuchar las palabras de su hermano. A falta de un padre, tenía a dos hombres formidables en su vida.

—Voy a pensarlo, Peter. Mañana vamos a Oslo y no quiero pensar en nada más por ahora.

—*Solo falta ponerse de acuerdo en la repartición de la casa y la empresa, y firmar los papeles por supuesto. Creo que con una semana bastaría.*

—Está bien, Peter, lo voy a pensar, pero no me presiones... Te dejo porque tengo que preparar un viaje.

—*Estoy verde de envidia. Por favor saca muchas fotos y me las envías al correo.*

—Después que nazca el bebé, pueden regresar a Noruega, ¿no?

—*Veo que por tu lado también va en serio la relación.*

—Lo amo, Peter. Soy muy feliz... Dale mis cariños a Linda. Y a ti también te amo, soy muy afortunada por tenerte de hermano.

—*Gracias, Brenda, sabes que siento lo mismo. Adiós.*

—Adiós.

Brenda preparó el desayuno como todas las mañanas y decidió no comentarle nada a Rolf para que no se preocupara. Ahora que había decidido regresar a la medicina, ella no quería que nada más distrajera su mente, a excepción de su amor.

Muchas veces, al recordar sus largas sesiones en la cama o donde fuera, se sentía enrojecer por la vergüenza. Le bastaba una mirada de ese

hombre para que ella sintiera que su cuerpo ardía. Ahora yacía durmiendo sobre su estómago, y en lo único que pudo pensar fue en dejar a un lado la bandeja del desayuno y besar esa espalda fuerte, para hacerle padecer las mismas torturas que él le infringía a ella. Sin embargo, no lo hizo, solo estiró su mano y lo rozó levemente.

—Amor, el desayuno está listo.

XVIII

—¿Qué haces, amor? Si no nos damos prisa perderemos el vuelo.

—En un minuto estoy lista. Necesitaba revisar mis cuentas, imagino que en Oslo hay mucho que comprar.

—No te preocupes por el dinero, estarás conmigo.

—A ver, doctor Solberg. —Brenda, levantó la vista del computador para mirarlo directamente a la cara—. Todos estos meses que llevo viviendo contigo no me has dejado contribuir con los gastos de la casa, y lo he respetado, pero no sueñes que voy a permitir que te ocupes de todos mis gastos. Yo no soy consumista, pero adoro darme gustos de vez en cuando. Me gusta mi independencia económica, y no vamos a echar a perder nuestra relación discutiendo por dinero, ¿o sí?

—Tengo que admitir que tienes razón, me he preocupado de alimentarte, pero tienes otras necesidades. Démonos prisa —añadió tomándola de la mano.

—Sí, pero no son tan urgentes como las que me despiertan cierto hombre cada vez que lo miro.

—No me digas esas cosas o perderemos el avión.

—Está bien, te dejaré tranquilo por unas horas.

Brenda le guiñó un ojo a Rolf y luego le dio un beso. Apagó el computador y tomó su bolso de mano.

—¡Lista!

Antes de salir de la casa, Rolf la tomó en sus brazos para besarla. ¡Cuánto amaba a esa mujer!

La primera visión que tuvo Brenda de Oslo, desde la ventanilla del avión, la dejó sin habla por su hermosura a pesar de que ya había oscurecido y solo se veían las luces de la ciudad.

—¿Es que todas las ciudades están construidas en torno a los fiordos? —le preguntó a Rolf, cuando logró recuperarse del impacto inicial.

—Se podría decir que sí. ¿No pasaron por Oslo cuando llegaron a Noruega?

—Llegamos directamente a Stavanger.

—Hay más de mil fiordos. Noruega es un país bastante peculiar, está formado por agua, montañas y glaciares.

—De todas formas, es muy bello... Amor, ¿te parece si nos vamos al hotel y cenamos allí? Estoy un poco cansada y no quisiera buscar restaurantes a esta hora.

—Es un plan estupendo. Nos daremos un buen baño de tina y luego cenaremos en la cama, o no.

Brenda se estiró para besarlo, y justo en ese momento anunciaron que el avión estaba próximo a posarse sobre la losa del aeropuerto.

—Lo primero que haré mañana será comprar una máquina fotográfica. Peter quiere que le envíe muchas fotos, dijo que estaba verde de envidia.

—Ojalá que puedan venir más adelante.

—Lo mismo le dije yo.

Tenían una reserva para el Hotel Vika Atrium, que a Brenda le encantó en cuanto lo vio por su colorida decoración y sus murales con imágenes de la ciudad, pero Rolf insistió en cambiarse pues allí solo servían desayuno y té todo el día. Así que a pesar de que lo último que Brenda quería era hacerlo gastar de más, tuvo que aceptar que la llevara a un bello lugar llamado Hotel Christiana Teater, que era bastante moderno, lujoso y sobre todo caro.

—Llevo diez años viviendo como un ermitaño, por eso tengo ahorros —le explicó a Brenda cuando vio la preocupación dibujada en su rostro... Además, tengo una pequeña herencia que apenas he tocado.

—Pero debes guardar dinero para tu proyecto.

—No te preocupes por eso, el estado hará su aporte, si acepta el proyecto. Ahora que estaremos acá, aprovecharé para ir al Ministerio de Sanidad y Cuidados. Espero tener suerte.

—La tendrás, no lo dudes.

Tal y como Rolf había prometido en el avión, tomaron un largo baño en el *jacuzzi*, bebieron espumante, hicieron el amor dentro del agua y luego cenaron. Después de la cena, nuevamente hicieron el amor, esta vez en la cama, para finalmente dormirse abrazados. Por la mañana, cuando Brenda abrió los ojos, Rolf estaba sentado junto a la ventana, observándola.

—¿Hace cuánto que estás allí? —preguntó ella, algo cohibida.

—Solo te admiraba. Si fuera artista te pintaría así tal cual estás ahora.

—¿Desaliñada?

—Bella.

—Se esconde un hombre muy romántico dentro de ese exterior tan duro.

—No se lo digas a nadie.

—¡Por supuesto, te quiero solo para mí! Ya estás vestido. ¡Te afeitaste la barba! ¿Por qué, si sabes que la adoro? No sabes todo lo que siento cuando rozas mi piel con ella.

—Es solo por ahora, amor, después me la dejo otra vez.

—¿Lo prometes? —Brenda hizo un encantador mohín.

—Lo juro por Odín.

—¡Entonces no puedes faltar a tu promesa, pagano!

Ambos rieron hasta que saltaron lágrimas de sus ojos.

—Espera, debo ir al baño, fue demasiada risa para mí. —Brenda de un salto salió de la cama y se fue al cuarto de baño, mientras Rolf continuaba riendo.

Una hora después, Brenda estaba preparada para comenzar a conocer la ciudad al más puro estilo turista: *jeans* y zapatos cómodos.

—¿A dónde quieres ir primero?

—La lista es larga —respondió ella mostrando una libreta y un lápiz, pero lo primero es la máquina fotográfica.

Rolf la llevó a un centro comercial al centro de la ciudad, similar a los que se encuentran en todas las ciudades del mundo, pero Brenda le pidió que por favor después la llevara a donde pudiera ver cosas típicas del país, artesanías, comidas, etcétera.

—¿Cómo eres para moverte en bici? —le preguntó Rolf a la salida del centro comercial.

—Normal, aunque hace tiempo no practico.

A continuación, se dirigieron al Oslo Visitor Centre, y Rolf compró dos pases por el día. Al principio a Brenda le costó un poco montar la bici porque era algo diferente a las típicas bicicletas de paseo inglesas, pero pronto cogió el ritmo y también el gusto. Era agradable recorrer las calles en dos ruedas en un lugar tan limpio y libre de contaminación.

Solo estuvieron dando vueltas hasta que se agotó el tiempo en que debían regresar las bicicletas. Rolf, le preguntó a Brenda si quería que tomaran otra para continuar, pero ella prefirió caminar.

—Vi algunas tiendas cuando paseábamos y me gustaría ir a mirar.

—¿Qué quieres comprar? Si me dices yo te puedo ayudar a buscar.

—De acuerdo. No quiero nada de lo que pueda comprar en cualquier ciudad grande. Quiero cosas fabricadas acá, pero no tradicionales, porque vi que hay tiendas así.

—Entendido.

Rolf la llevó a recorrer de la mano las tiendas que a él le parecía que ella podría encontrar algo de su gusto. Después de varias horas Brenda había comprado algunos sweaters, bufandas, botas de cuero, gorros de lana y dos chaquetas muy gruesas para el invierno, por consejo de Rolf, y también un par de mantas para sentarse frente al fuego. Rolf no quiso comprarse nada para él, pero debió aceptar que Brenda le obsequiara un sweater de un verde oscuro que según ella hacía juego con sus ojos.

Después de salir de la última tienda, Brenda se quedó mirando a Rolf.

—No podemos ir a comer así, son muchas bolsas.

—Pensé que no te habías dado cuenta, mi amor.

—¡Tonto! ¿Por qué no vamos al hotel a dejar todo esto y luego salimos? Te prometo que a excepción de las pinturas y las telas, no compraré nada más. No te someteré a esta tortura por más días. ¿Qué opinas?

—Siempre que pueda estar contigo, no me siento torturado.

Brenda dejó caer las bolsas al suelo y lo besó.

—Vamos —dijo él—, ahí viene un taxi.

Cuando llegaron al hotel, Rolf estaba apurado por ir al baño, pero al salir un rato después encontró a Brenda durmiendo sobre la cama. No tuvo el valor de despertarla, así que se recostó junto a ella y ahí se quedó hasta que también se durmió a pesar que le rugía el estómago de hambre.

XIX

Ya había caído la noche sobre Oslo cuando Rolf despertó, y lo primero que vio fue a Brenda comiéndose un *sandwich* junto a él.

—Disculpa, cielo, pero no soportaba el hambre. No sé por qué siento que me podría comer una vaca entera.

—¿Salgamos a cenar? Yo salí de baño y estabas durmiendo, entonces no me quedó más remedio que recostarme junto a ti.

—¡Pobrecito! Me cambio rápido y vamos.

—Se me ocurre otra cosa que podríamos hacer, pero tengo demasiada hambre.

Rolf se habría quedado de buenas ganas en la habitación haciéndole el amor a Brenda, pero su estómago rugía más que antes si eso era posible. Intentando disimular la pereza que sentía, se cambió rápido y se llevó a Brenda para ver Oslo de noche.

Fueron a cenar a un restaurante ubicado una pequeña península del fiordo de Oslo, llamada Tjuvholmen que según Rolf le explicó a Brenda, significaba “islote de los ladrones”, pues allí solían ejecutar ladrones en el siglo XVIII. Allí también se encuentra El Museo de Arte Moderno y otras galerías también de arte.

—Debemos regresar antes de marcharnos —sugirió él, al ver el interés en los ojos de Brenda—, pero por ahora nos concentraremos en la comida. La especialidad aquí son los mariscos, los cuales son preparados sobre parrillas en el carbón.

—No digas más, Rolf, porque estoy famélica.

—¿En serio? ¿A pesar del *sandwich* que te comiste antes de salir?

—¿Crees que me pondré gorda por comer tanto?

—¡Oh, no amor! Es que desde que te conozco nunca te he visto comer tanto. —Una idea se le pasó a él por la cabeza, pero no quiso aventurar ni a decírselo a sí mismo—. Puedes comer lo que sea, siempre serás igual.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu constitución ósea que me conozco de memoria.

Brenda se sonrojó. Agradeció que la luz fuera tenue, porque cada vez

que Rolf insinuaba algo íntimo, ella no podía dejar de excitarse.

Desde la mesa podían ver las luces de la ciudad, y el reflejo de las mismas en las aguas del fiordo. Ambos estaban tan a gusto que no les hubiera importado permanecer allí toda la noche. Después de pasadas dos horas en las que comieron, bebieron y disfrutaron en general, Rolf percibió que Brenda tenía sueño, y le propuso regresar al hotel.

—¡Ay, querido, estoy resultando ser una compañera de viaje aburrida!

—¿Por qué lo dices, amor?

—Me siento cansada y solo quiero irme a la cama.

—Eso pasa cuando la gente se hace mayor —repuso él con la mayor seriedad del mundo.

—¡Tonto, me estás llamando vieja!

—Yo también me vuelvo viejo, y no tiene nada de malo.

—Si estás viejo, eres un viejo adorable, y te amo.

En el taxi, Brenda se recostó en el hombro de Rolf, y él la tomó sus manos entre las suyas. A los pocos minutos ella se quedó dormida profundamente. Un par de cuadras antes de llegar al hotel, le costó trabajo despertarla, en su cabeza, la sospecha se hacía cada vez más grande.

Cuando entraron a la habitación, Rolf se encargó de quitarle la ropa a pesar de las protestas de ella. De todas formas, se dejó hacer, y en breve estaba metida en la cama estirando los brazos para que él se acostara junto a ella. Con gentileza, él esquivó sus brazos y le dio un beso en la frente, luego se sentó en el sofá a meditar: ¿Estaría sucediendo lo que él pensaba? Ni siquiera se atrevía a formularse la pregunta en voz alta, pero sí, ahí estaban las señales y él como médico debía reconocerlas. ¡Un hijo! Si eso fuera verdad... ¿Se merecería tanta felicidad?

Rolf se puso de pie y se acercó al lecho para observar a Brenda, ¡era tan bella y la amaba más que a su propia vida! Sabía que ella le correspondía en la misma medida. Su amor se había sellado esa noche en el fiordo, era como si ella hubiese resucitado solo para estar con él, para ser feliz con él.

—Cariño —llamó ella de pronto con los ojos cerrados—, ven conmigo. Te necesito.

—Y yo a ti —repuso él, quitándose la ropa con rapidez—. Siempre.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Rolf a la hora del desayuno.

—¿Cuándo, después de hacer el amor?

—Me vas a dejar en los huesos, querida.

—¿Me vas a decir que no te gusta?

—Adoro que seas insaciable.

—No sé qué me pasa, es lo mismo que con la comida, no quedo satisfecha. Quisiera estar todo el día comiendo, o ...

—Podríamos visitar los museos: el folklórico, el de los barcos vikingos, el de Edvard Munch, la Galería Nacional, la Ópera.

—¡Ese! Ese quiero conocer.

—¿Cuál?

—El de Munch.

—Bien, iremos a ese primero.

Nuevamente salieron tomados de la mano del hotel. Eran una pareja de enamorados que lo tenían todo para ser dichosos y no había ninguna sombra que oscureciera su felicidad. A cada minuto que pasaba se enamoraban más el uno del otro. De vez en cuando, Brenda sorprendía a Rolf mirándola con una intensidad que ella no llegaba a comprender, era como si quisiera decirle algo, pero no llegaba decir palabra alguna. Entonces, ella lo miraba interrogante, y él negaba con la cabeza y solo la besaba.

—Después podríamos visitar la Fortaleza Akershus, y luego almorzar en uno de los restaurantes de los alrededores, leí que hay algunos muy buenos.

—Es cierto. ¿Y por la tarde?

—No sé, quizás tenga sueño y quiera regresar al hotel... Rolf, siento que quieres decirme algo y te frenas, ¿de qué se trata?

—Nada, amor, solo que a veces no me creo tanta felicidad.

—¿Por qué no? Ambos hemos sufrido, hemos sido infelices, creo que ya era tiempo de que las cosas cambiaran para nosotros.

—¿Eso crees?

—Estoy segura, por eso no morí esa noche, tenía que regresar para estar contigo. —De pronto sus propias palabras retumbaron en su cerebro: *Tenía que regresar para estar contigo*—. Así que de eso se trataba. Ella me envió de regreso.

—¿Ella?

—Hela, tu mujer. Ella me regresó a la vida.

XX

A Brenda le hubiera gustado continuar con el tema, pero comprendió que no era una charla adecuada para sostenerla dentro de un taxi. Eso sí decidió que en cuanto pudiera, retomaría la charla. Algo le decía que había muchos cabos sueltos en la historia entre Rolf y Hela.

Por bastante rato estuvieron recorriendo los diferentes salones en silencio. Brenda no se cansaba de observar los libros y los objetos personales del artista que fueron donados en su testamento a Oslo, así como obras de otros artistas que él poseía.

—Es increíble que una empresa japonesa haya financiado el museo. Uno esperaría que el mismo país del autor fuera el interesado en resguardar la obra de alguien tan importante como él.

—Es cierto, antes se financiaba con el dinero que producían los cines municipales, pero en 2005 debieron reconstruirlo y aumentar la seguridad después de que robaron esta versión de El Grito.

—Leí acerca de eso. Espero conocer la versión del Museo de Arte de Noruega, también. Pero no tiene que ser ahora.

—Cuando quieras amor.

Luego de casi dos horas de recorrido, Brenda se detuvo frente al cuadro que había dejado para el final: El Grito.

—Esta pintura me produce escalofríos. Es hermosa, pero me pone los pelos de punta. No sé por qué, pienso que así fue cuando estuve sumergida en el agua... Ojalá pudiera recordar —añadió en voz baja, más para sí misma que para los oídos de Rolf.

Él la escuchó perfectamente, pero prefirió guardar silencio. Tendría que hablar con Erik. Sentía temor de lo que pudiera descubrir Brenda si se empeñaba en averiguar acerca de su muerte.

—Espero que tú ni pintes cuadros tan horrorosos como este —repuso Rolf al cabo de unos minutos.

—Solo verás humildes paisajes en mi lienzo, amor.

—Me gustan los paisajes.

—Eres un sol por decir eso, cuando aún no has visto nada.

Como siempre hacía cuando estaban en público, Rolf tomó su mano y la besó. Brenda, correspondió a la caricia, mirándolo con los ojos llenos de amor.

—No me has dicho que piensas de lo que te planteé.

—¿Acerca de qué? —preguntó él, a pesar de que sabía perfectamente de qué hablaba Brenda.

—Quiero decir que quizás tu mujer que murió en el fiordo, sea la que me quiere acercar a ti. Tal vez tenía poderes ocultos y por eso se ha comunicado conmigo.

Estaban sentados en el rincón más íntimo que Rolf pudo conseguir, en el restaurante que alguna vez fuera el antiguo ayuntamiento de Oslo. Y mientras esperaban la comida, ella había sacado nuevamente el tema de Hela a colación.

—Imposible, ella era cristiana, y muy creyente, además.

—Entonces, ¿por qué se suicidó?

—Sufría de depresión, pensé que se estaba recuperando pues en el último año no había tenido ninguna crisis, pero me equivoqué. En fin, prefiero no hablar más de eso.

—Tienes razón, amor —repuso ella con suavidad al ver la sombra que oscureció de pronto sus ojos—. Fue muy imprudente de mi parte hablar de esto ahora... La cena se ve deliciosa.

Brenda se propuso cambiar de tema para sacar a Rolf de la zona oscura en la que se había sumergido por culpa de ella, pero se propuso hablar con Erik en cuanto regresaran a Forsand, le pediría que la hipnotizara para intentar averiguar la verdad.

—¿Tienes algún pasatiempo que no has desarrollado o que tienes abandonado?

—La pesca y la fotografía. Tú sabes que la pesca la practico seguido, y la fotografía la dejé cuando...

—Entiendo, no tienes que explicar nada más... Quizás más adelante. Sin embargo, me has tomado unas fotos muy buenas, ahora podré presumir delante de mi hermano.

—Espero que puedan venir, él y Linda me caen muy bien.

—Sí, Peter es como la mamá gallina. Siempre me cuidó a pesar de ser

menor que yo, más cuando nuestros padres murieron se puso peor.

—¿Me acompañarás mañana?

—No.

—¿No?

—No. Pienso salir a comprar pinturas, y esas cosas.

—¿Estás segura que puedes hacerlo sola?

—El primer día vi una tienda cerca de donde compramos los sweaters, y si no encuentro allí, iré a Ikea o al centro comercial, en alguna parte habrá un atril y un par de lienzos.

—No compres mucho, es decir, no cargues muchas cosas. Lo que te falte lo compramos después.

—Solo me tomaré la mañana, ya que por la tarde quiero ir a ver los barcos vikingos.

—Te cuidas, ¿eh?

—Por supuesto que lo haré.

Después de almorzar fueron a Vigelandsparken a ver las esculturas, pero Rolf observó que Brenda estaba algo fatigada y le propuso regresar al hotel y salir por la noche.

—¿Sabes qué me apetece? Ir a meterme a la tina contigo, igual que la primera noche —le dijo ella al oído en el taxi.

—No me digas aquí esas cosas —susurró él.

Ambos rieron, y esperaron que el conductor se diera prisa.

—¿Aún quieres salir? —preguntó ella jugando con los vellos rubios del pecho de Rolf.

—Solo si tú quieres, ¿quieres?

—No. Quiero observar la ciudad desde el balcón, mientras tú me abrazas.

—¿Solo eso?

—Tú sabes que no.

Rolf la besó con un hambre nacida de la pasión. La levantó en sus brazos y la llevó para hacerle una vez más el amor.

Cuando Brenda despertó por la mañana, Rolf ya estaba vestido y se encontraba desayunando. Ella se alegró de ver que se había puesto el sweater que ella le había comprado.

—Para que me dé suerte —repuso él, al ver la mirada de Brenda

posarse en la prenda.

—No la necesitas, te irá bien. Claro que te ves demasiado guapo.

—Si me desocupo pronto, te llamaré para que nos juntemos en algún sitio.

—Está bien. Yo voy a dormir un rato más y luego saldré.

—Pero toma el desayuno primero o se enfriará —dijo él poniéndole la bandeja sobre la cama.

—¡Estás igual que Peter!

—Bueno, amor. Ya me voy. Recuerda lo que te dije: cuídate.

—No sé por qué insistes tanto con eso.

—Es solo precaución.

Rolf se aproximó a la cama y rozó los labios de Brenda con los suyos. No quiso profundizar el beso o se perdería entre las sábanas con ella.

XXI

Brenda hizo lo que se había propuesto antes del desayuno: dormir un rato más, sin embargo, cuando volvió a abrir los ojos eran pasadas las once de la mañana.

Se levantó rápido de la cama y sintió un leve mareo. Se afirmó del respaldo un momento hasta que pasó la sensación, la que atribuyó a la prisa por salir del lecho. Luego de una ducha breve, buscó sus cosas y salió casi a prisa del hotel. Temía que Rolf estuviera desocupado de sus quehaceres antes que ella y no alcanzara a realizar sus compras, tranquila. Adoraba a Rolf y quería estar todo el tiempo con él, pero no se podía negar a sí misma que extrañaba un poco hacer cosas por su cuenta. Y no era que Rolf la ahogara ni mucho menos, sino que era difícil moverse con soltura en un país extraño, y para ella constituía todo un reto.

Se felicitó por no haber tenido problemas a la hora de indicarle al taxista a dónde quería ir, pues había descubierto in situ que no era verdad que el inglés era casi el segundo idioma de Noruega tal como había leído en Wikipedia, ya que a nivel cotidiano y laboral todos se comunicaban en su lengua natal. Y esa era una tarea pendiente: aprender el idioma del país donde estaba su nuevo hogar.

Al final dio con la galería que estaba buscando, pero comprar no fue tan sencillo pues el dependiente del lugar se mostraba bastante nervioso por no entenderla, pero gracias a que algunos productos estaban dispuestos al alcance de la mano de los clientes, ella pudo comenzar a coger lo que necesitaba. En algún momento el dependiente hizo un gesto de asentimiento que indicaba que por fin había comprendido y empezó a poner pinturas, pinceles, solventes y todo lo que se le ocurrió que ella podría necesitar, sobre el mostrador.

Brenda miró a su alrededor para ver si se le olvidaba algo, pero al parecer tenía todo. Le hizo un gesto al hombre para que le diera la cuenta, y ella se dispuso a buscar su cartera dentro del bolso. De pronto vio todo negro y cayó desvanecida delante del mostrador. Asustado el hombre salió a la puerta a pedir ayuda a gritos, y dos personas de los negocios vecinos llegaron

de inmediato: un hombre y una mujer.

La mujer se inclinó de inmediato y le tomó el pulso a Brenda, temiendo que fuera un ataque de algo, pero Brenda se movió al sentir el contacto.

—Es solo un desmayo —escuchó que la mujer decía en inglés—. Estarás bien, querida.

—¿Qué me pasó? —balbuceó Brenda.

—Te desmayaste, querida. Quizás Finn tuvo la culpa, vende muy caro.

Brenda rio desde su incómoda posición.

—¿Me ayudan a ponerme de pie, por favor?

—¿Crees que puedes hacerlo?

—Sí. Qué bueno que hablas inglés. No he podido entenderme con el dueño de la tienda, nos hemos comunicado con señas todo el rato.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, fue algo pasajero.

—Haz de hacer que te revisen.

—Sí, gracias. Lo haré llegando a casa.

—En Inglaterra. Disculpa soy muy curiosa.

—Vivo en Forsand.

—¿Y aún no hablas el idioma? Ahí estoy otra vez.

—Tranquila, no te preocupes. Vivo hace seis meses acá, y como nunca estoy sola no me he preocupado por aprender. Además, dentro de mi ignorancia, pensaba que todos dominaban el inglés.

—Te comprendo, suele suceder. Wikipedia, ¿verdad?

—Sí.

Ambas mujeres se pusieron a reír con ganas por la broma.

—¿Te puedo invitar un café? Si no hubieras venido, quizás que sería de mí.

—Te habrían llevado a urgencias, estarías bien pero algo perdida... Te agradezco el café, pero debo regresar a mi tienda, estoy sola y tuve que poner el cartel de cerrado para acudir al llamado de Finn.

—¡Oh, perdón, te estoy robando el tiempo!

—No pasa nada, ha estado lento.

—¿Qué vendes?

—Carteras, bolsos, billeteras, chaquetas. Todo de cuero importado de la madre patria.

Brenda tomó nota para regresar antes de marcharse a Forsand. Si no podía invitarla a un café, al menos podría comprarse un bolso nuevo.

—Oye, hemos estado charlando y no he preguntado cómo se llama mi salvadora.

—Charlotte Raffey, y mi tienda se llama Charlotte's Leathers.

—Mucho gusto, Charlotte, yo soy Brenda Brown.

—BB.

—Sí, es divertido. No sé en qué pensaban mis padres cuando me pusieron un nombre casi igual al apellido... Bueno, ya es tiempo que me vaya. El dependiente otra vez tiene cara de impaciencia.

—Finn es así, no te preocupes.

Charlotte le habló en noruego al hombre y este le extendió un recibo a Brenda.

—¿Tres bolsas, Brenda? Son muchas cosas, por un extra te las pueden enviar a tu hotel. ¿Estás en un hotel?

—Sí. ¿Tú crees que sea necesario?

—Te podría volver a ocurrir lo del desmayo.

Brenda sacó un billete de alta denominación y se lo entregó al hombre junto con un papel en el que anotó su nombre y las señas del hotel.

—Antes de que te vayas, te traeré algo.

La mujer, que tendría un par de años menos que Brenda, salió de prisa de la tienda de arte y regresó a los pocos minutos con un libro. Era uno de esos típicos para viajeros, en donde enseñan frases cortas para darse a entender en el país que están visitando.

—Me sirvió mucho cuando llegué y ahora no lo necesito.

—¿Cuánto tiempo llevas acá?

—Siete años.

—Hablas casi como nativa.

—No me quedó alternativa. Es obligación aprender si quieres trabajar.

—¿Estás segura de que no te hará falta?

—Cuando ya no lo necesites, puedes devolvérmelo, así me vienes a visitar.

—Muchas gracias, Charlotte, lo haré.

Las mujeres se despidieron y Brenda decidió regresar al hotel, pero antes pasó por una librería para comprar un diccionario, y junto había una papelería y aprovechó de adquirir un cuaderno y un par de plumas. Empezaría a estudiar por su cuenta y más adelante se matricularía en un curso. No le contaría a Rolf para sorprenderlo.

A los diez minutos que Brenda, entró a la habitación, llegó Rolf con

rostro de cansado.

—¿Cómo estás, amor? —preguntó él mientras se quitaba el sweater—.

¿Alguna novedad?

—Ninguna, amor. Todo bien.

XXII

—¿Cómo te fue con tus compras?

—Excelente. Conocí a una mujer muy simpática que ayudó a que me entendiera con el vendedor. Creo que tendré que tomar clases de noruego.

—¿Lo crees necesario? Yo te puedo enseñar.

—Gracias, amor, pero sé que estarás ocupado. A propósito, ¿cómo te fue? ¿Aprobaron tu proyecto?

—Me respondieron que lo van a estudiar. Solo eso.

—¿Y cuánto puede tardar el estudio?

—No sé, un mes, seis, un año. Nadie sabe.

—¿Qué piensas hacer, mientras lo estudian?

—Rentar un lugar en el pueblo y poner una consulta. A la gente que no pertenece a la hidroeléctrica le sale caro atenderse en la clínica. En el Ministerio de Sanidad saben que la gente debe ir a Rogaland o a Sauda por un médico. Sé que Forsand no es un pueblo grande, pero creo que se merece al menos tener un puesto de salud primario.

—Pero tú eres cirujano, ¿cómo lo harías para las intervenciones quirúrgicas?

—En ese caso se reserva un pabellón en el hospital de Rogaland para operar al paciente.

—Última pregunta, y no lo hago porque me interese, sino porque creo que es tu trabajo. Si vas a atender gratis o a bajo costo, ¿quién pagará tu sueldo?

—Precisamente por eso fui a Sanidad, ellos tienen que subvencionar el proyecto, ellos pagarían parte de mi sueldo, el resto, los pacientes. Ya existen un par de médicos que tienen sus consultas privadas en Forsand, pero no lo hacen a través del sistema nacional de Sanidad.

—Todo saldrá bien, amor, no te preocupes.

Ambos estiraron sus brazos para acercarse el uno al otro. Se fundieron en un abrazo apretado, el que pronto cambió de giro y se volvió uno apasionado. En menos de un minuto estaban desnudos sobre el lecho.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella recordando que había desayunado

muy temprano.

—Sí, pero pude esperar. En este momento mi apetito es otro.

Una hora después salían de la mano del hotel, irían a comer antes de visitar la Casa de los Barcos Vikingos.

—¡Impresionante! —exclamó Brenda al ver el barco de Gokstad que es el más grande que posee el museo—. Es increíble constatar que personas que no tenían ninguna formación de ingeniería naval pudieron construir estos barcos. Y no es que otras civilizaciones no lo hayan hecho antes. Creo que fueron los únicos capaces de llegar a tantos lugares con sus naves, ya fuera por el mar, los ríos o cargándolos sobre troncos para remolcarlos por tierra. Estos barcos son una joya de ingeniería. Mi padre era aficionado a la navegación y coleccionaba réplicas de barcos de distintas épocas y lugares, y cuando me hablaba de los barcos vikingos se le iluminaban los ojos. Estoy segura de que, si hubiera podido construir una máquina del tiempo, esa sería la época a la que se habría trasladado.

—¿Qué hacía tu padre?

—Era ingeniero, y mi madre era una artista de la acuarela. Nunca brilló más allá de su pueblo, pero adoraba pintar flores. La recuerdo, sentada en el jardín, inmortalizando sus rosas o peonías.

—Entonces de ella heredaste el amor por el arte.

—Quizás. Se fueron tan pronto, que no llegué a descubrir nuestras afinidades.

De pronto, los ojos de Brenda se humedecieron por la emoción. Rolf la abrazó para reconfortarla. Él también se sintió triste al verla así.

—No te preocupes, amor, pasa pronto.

—Me duele verte triste.

Para animarla, Rolf la hizo posar junto a los barcos y le tomó muchas fotografías.

—Ahora sí Peter se morirá de envidia.

—Eres mala con tu hermano.

—Se lo merece por dejarnos solos en la roca.

—Pero si no se hubieran marchado, nosotros quizás...

—Tienes razón, no se lo merece, pero morirá igual de envidia.

Ambos rieron y Rolf se alegró por el cambio de humor de Brenda.

Al salir del museo, recorrieron las calles tomados de la mano y deteniéndose de vez en cuando para besarse como si fueran dos adolescentes.

Luego buscaron un restaurant para cenar, y allí permanecieron comiendo, bebiendo vino y charlando hasta tarde. Brenda dio un salto cuando vio que el reloj marcaba casi las diez de la noche.

—¿Nos vamos, o esperamos a que nos echen?

La mesa en la que estaban sentados ofrecía una maravillosa vista de la ribera del fiordo, y Brenda se preguntó cómo se verían los fuegos artificiales de año nuevo, allí.

—Mejor nos vamos —respondió Rolf—, o nos tocará lavar los platos,

—Rolf, ¿acá lanzan fuegos artificiales en año nuevo?

—Sí. No tantos como en el Arena de Londres o en Nueva York, o Australia, pero sí. Lo que se estila es juntarse con amigos y beber hasta quedar inconscientes.

—Entonces quizás pasemos las fiestas en Inglaterra. Adoro la navidad y las fiestas de fin de año. ¡Oh, perdón! Estoy decidiendo por los dos.

—Yo iré donde tú vayas, Brenda. Además, entiendo que extrañes muchas cosas de Inglaterra. Yo amo Inglaterra porque te hizo a ti.

—¡Tonto! No me digas esas cosas o me harás llorar. ¿Puedo decir que amo Noruega por hacerte a ti?

—Puedes.

—Amo Noruega, por hacerte a ti, y darme la posibilidad de ser feliz de verdad.

—¿Eres feliz, Brenda?

—Como nunca imaginé. Te amo.

—Yo también te amo, preciosa. ¿Nos vamos?

—Vamos.

En la recepción del hotel, esperaban las bolsas de Brenda. Rolf las tomó y se las llevó el mismo a la habitación.

—Están bastante pesadas, menos mal que no las cargaste tú.

—Es que los frascos pesan bastante.

Las bolsas quedaron rápidamente de lado, porque el único interés de Rolf era desnudar a Brenda.

—Mañana me muestras lo que compraste —le dijo seductor.

—Cuando me hablas así no puedo pensar.

—¿Y quién quiere pensar ahora?

Hicieron el amor con urgencia, con pasión. Para ellos siempre era la primera vez. Siempre volvían a descubrirse el uno al otro, con la misma

pasión del primer día. Rolf sabía que amaría a Brenda hasta que fuera una viejecita de cabellos blancos, y más allá si se podía. Brenda estaba segura de que jamás se cansaría de verse en los ojos de Rolf, y quería seguir viendo su reflejo hasta que tuviera que marcharse de este mundo.

De madrugada, Brenda despertó con hambre, y recordó que aún le quedaban algunos chocolates de su primer día de excursión en Oslo. Se bajó de la cama para buscarlos y se le ocurrió echarle una mirada a las bolsas para cerciorarse de que no faltaba nada. Las abrió con sigilo para no despertar a Rolf. Estaba todo, pero un pequeño envoltorio que no reconoció por tener un papel diferente al de la tienda, llamó su atención. Lo abrió con cuidado y dentro había un sencillo collar formado por un cordón de cuero y un pendiente. El pendiente era una piedra amarillenta de forma ovalada y translúcida. En su interior traía la figura de una bella mujer ricamente adornada, a cuyos pies había dos gatos. Brenda inmediatamente la reconoció como una diosa nórdica. Junto al collar, una tarjeta de visita de Charlotte. Brenda se preguntó qué significaría y se quedó un momento dándole vueltas entre los dedos, hasta que se fijó que estaba escrita también por detrás.

Escucha las voces del pasado.

Freyja^[4] guía tu camino hacia la felicidad.

Llámame si necesitas algo.

Charlotte.

Esa noche apenas durmió pensando en las palabras de Charlotte, ¿quién o qué sería ella?

XXIII

Era la última noche de los enamorados en Oslo, y Rolf llevó a Brenda al restaurante del fiordo que a ella tanto le había gustado. Él estaba nervioso, nunca imaginó estar en la misma posición nuevamente: le pediría a Brenda que se casara con él, y a cada momento se tocaba el costado para asegurarse de que el anillo estaba en el mismo lugar. Aún no estaba seguro de si era lo correcto, pero era lo que su corazón le dictaba que tenía que hacer en ese momento. Aunque no tenía prisa por concretar la unión, al menos deseaba que ella comprendiera que iba en serio lo de él. Ahora solo le quedaba esperar no ser rechazado por considerar muy pronto un nuevo compromiso.

A Brenda ni le pasó desapercibido el nerviosismo de Rolf, pero lo atribuyó a estar preocupado por el proyecto de la clínica, así que intentó distraerlo charlando de otras cosas.

—Me alegra que te guste también la carne y no solo el pescado —le dijo Brenda a Rolf, suspirando frente al filete que tenía enfrente—. No podría vivir sin comer un trozo de vez en cuando.

—Pero tú has visto que en la parrilla no solo aso pescado.

—Pensé que solo lo hacías por mí.

—No, amor. Yo también disfruto de un buen filete de vez en cuando.

—Perfecto. Bueno, y ya que hablé de este tema tan trascendente, creo que podemos comer, ¿no?

Rolf rio. Solo Brenda podía darle altura a una conversación tan banal como los gustos culinarios de cada uno.

Ambos se dedicaron a comer, interrumpiéndose solo para hacer algún comentario de vez en cuando. Brenda comía con un apetito voraz y Rolf al verla, se preguntaba dónde le entraba tanta comida pues su cuerpo era muy fino, delgada casi al extremo. Cuando terminaron, él pidió la carta de postres.

—¡Ya no me cabe nada, no me hagas esto por favor! —se quejó Brenda.

—Necesito que estés dulce, cariño. No te preocupes, pediremos algo liviano. Un helado al agua, quizás, o fruta.

—Fruta.

Ambos pidieron un *mix* de frutas sin aderezo, pero Rolf acabó comiéndose la de él y casi toda la de Brenda, ya que ella apenas probó su porción.

Cuando llegó el café, Rolf pensó en que ya era tiempo de hacer la gran pregunta.

Brenda estaba a punto de tomar el primer sorbo de café, cuando de pronto Rolf le quitó la taza con gentileza y la dejó a un lado. Ella lo miró interrogante, él no acostumbraba a ser descortés.

—Brenda, amor mío. Sé que nos conocemos hace poco tiempo, pero para mí es como si fuera desde siempre, y por eso sé cuánto te amo y que no quiero separarme jamás de ti, y ruego a los cielos que tú sientas lo mismo.

—Tal vez no te lo digo tantas veces como tú esperarías, pero también te amo.

En ese momento, Rolf se metió la mano al bolsillo y sacó un pequeño estuche de color marrón.

—Por ese enorme sentimiento que me embarga, y a riesgo de parecer cursi...

Brenda, abrió mucho los ojos, ¿era lo que estaba pensando?

—¿Me aceptarías en forma permanente en tu vida?

Dicho esto, abrió el estuche para exhibir su contenido, un anillo que Brenda imaginó era de plata y que en su engarce sostenía una piedra de regular tamaño que a ella se le imaginó el color del agua del fiordo.

—No tenemos que casarnos enseguida —dijo él, al ver la emoción en los ojos de Brenda—, y si quieres no nos casamos. Me conformo con que tengamos una relación de pareja, algo formal: yo seré tuyo y tú serás mía.

—¡Tonto! No lloro por eso. Claro que quiero ser tu esposa, o que tengamos una unión civil o de pareja estable, lo que tú me pidas... Lloro porque no pensé que encontraría la felicidad tan pronto, lloro por no haber venido antes a Noruega y haberte conocido a ti primero.

Rolf no pudo evitar pensar en Hela en ese momento.

—Mi amor, si nos atenemos al destino, ya estaba escrito que este era nuestro momento, no antes ni después.

—Tienes razón, amor.

Rolf cogió el anillo y se lo puso en el dedo anular de la mano derecha.

—Me queda perfecto, ¿cómo supiste...?

—Me sé de memoria todo tu cuerpo.

Brenda se miró la mano, la joya era de líneas sencillas pero elegantes.

Imaginó que era una esmeralda, aunque ella no sabía mucho de piedras preciosas.

—Adentro tiene algo escrito —le informó Rolf, pero no pude conseguir que lo pusieran en inglés porque no estaba el grabador. Lo llevé a otra joyería y no sabían más que escribir en noruego.

Brenda, intrigada, se sacó el anillo para mirarlo.

—Dime tú qué dice, porque obviamente no entiendo y no quiero esperar un año para poder leerlo.

—*For alltid din*: «Por siempre tuyo». Hice que grabaran eso, porque estemos o no juntos, siempre seré tuyo.

Esa noche, se amaron nuevamente como si fuera la primera vez. Rolf veneró el cuerpo de Brenda y ella dejó que su cerebro dejara de funcionar, para no pensar en los cientos de mensajes que se estarían acumulando en su celular, y los otros tantos correos en su bandeja de entrada de *outlook*.

Llegaron por la noche a Forsand, y la primera sorpresa que recibieron no fue para nada agradable ya que originó la primera riña desde que estaban juntos. Apenas se habían bajado del taxi cuando Anna apareció portando el mensaje de la discordia.

—¡Queridos, que alegría verlos! —saludó ella, alegre—. Espero que lo hayan pasado muy bien.

Rolf se concentró en meter el equipaje dentro de la casa. Era el pretexto perfecto para no ponerle atención a su vecina, ya que no le caía especialmente bien por ser bastante chismosa, y no entendía por qué Brenda le tenía tanta consideración.

—No pudo ser mejor —repuso Brenda—. ¿Quieres entrar y tomarte un café?

—No, querida. Me disculpo por venir tan intempestivamente, pero creo que era importante entregarte esto enseguida. —Con ella traía un sobre grande de papel manila y se lo extendió a Brenda—. El cartero me lo entregó a mí porque pensó que se trataba de un documento importante y se podría estropear en el jardín. Dile a Rolf que haga un buzón —añadió sonriente.

Anna estaba perfectamente enterada de la situación de Brenda, pero solo superficialmente.

—Gracias, Anna. Lo veré enseguida.

Anna se fue a su casa, y Brenda entró con el sobre debajo del brazo pensando que serían los papeles del divorcio.

—¿Qué quería Anna, querida?

—Entregarme este sobre. Imagino que serán los papeles del divorcio.

—Ábrelo.

—Voy a preparar café primero. ¿Quieres comer algo?

—No, amor, con el café está bien.

—Vuelvo enseguida.

Rolf se sentó en el sofá y prendió la televisión, cuando Brenda regresó con los cafés, traía el sobre abierto debajo del brazo, y su rostro lucía rojo de ira.

XXIV

—¿Qué sucede, amor?

—Si no voy a York, no firmará los papeles del divorcio. Tengo que demostrar que estoy en mi sano juicio, que no estoy bajo tu influencia... Nunca pensé que llegaría a decir esto, pero Jack es un maldito.

—¿Cómo?

—Eso que dije, mi sanidad mental está en tela de juicio.

—Aún te ama, por eso no quiere divorciarse.

—¡No, Rolf! ¡El tiene a Jess, lo que sucede es que no le gusta perder! ¡Quiere estar con ella, pero mantenerme atada a él como si fuera de su propiedad!

Rolf se levantó del sofá y la abrazó.

—No te alteres cariño, tú sabes que no es verdad. Iremos allá y les demostrarás que estás bien.

—¿Iremos? No, iré sola. Tú tienes que ocuparte de la clínica.

—Eso puede esperar.

—¿No tienes plazos que cumplir?

—Algo así.

—Entonces, voy sola, pero te prometo que si hubiera cualquier problema enviaré señales de humo para que vayas a rescatarme.

Rolf rio, ni en los peores momentos Brenda perdía su buen humor.

—Me sorprende que Peter no te haya prevenido.

Brenda lo miró con expresión culpable.

Apagué mi móvil ayer y aún no lo enciendo.

—¡Oh!

—Peter estará disgustado... En fin, esta noche quiero descansar, ya mañana habrá tiempo para escuchar sus reproches. ¿Vamos a la cama?

—Vamos.

Al día siguiente, después de hacer el amor y desayunar en la cama junto a Rolf, Brenda encendió el móvil y luego se metió en la ducha. Estaba segura que cuando saliera del baño, su celular estaría rebosante de llamadas

perdidas y mensajes exaltados de su hermano. Con una sonrisa traviesa abrió la llave de la ducha, y comenzó a mojar su cabello para aplicarse *shampoo*. Estaba canturreando suavemente cuando de pronto se abrió la cortina y apareció Rolf desnudo delante de ella.

—¿Qué haces aquí? Tú te duchaste temprano, ¿no es así?

—Claro, pero eso fue antes de que hiciéramos el amor. Y aunque me encanta tu olor, creo que no es conveniente andar así por la vida.

Brenda rio, Rolf era un caradura.

—No inventes excusas, amor, lo que deseas es mi cuerpo.

—¿Cómo adivinaste? No podía salir sin antes hacerte el amor otra vez.

—¿Y qué esperas, entonces?

—Nada más, amor.

Rolf entró a la ducha y levantó a Brenda para que ella se abrazara a sus caderas con sus piernas. Mientras se besaban, ella comenzó un suave balanceo que poco a poco fue aumentando en intensidad y ella tuvo que poner sus manos en la pared, sobre la cabeza de Rolf para no caer. Finalmente se dieron un largo beso, mientras el agua continuaba corriendo sobre sus cuerpos.

—Te amo —dijo él, antes de coger la toalla.

—Y yo a ti, como nunca imaginé —declaró ella, y era verdad.

Cuando Brenda salió del baño lo primero que hizo fue revisar su móvil, y extrañamente no tenía ninguna llamada perdida de su hermano. Enseguida revisó el correo, y tampoco tenía nada nuevo en su bandeja de entrada. Y como toda la situación le pareció extraña, en vez de vestirse, buscó en su lista de contactos y lo llamó.

—¿Brenda?

—Hola, Peter, ¿cómo estás?

—*No muy bien, Linda perdió el bebé.*

—¿Cómo? ¿Cuándo sucedió?

—*Ayer.*

—¿Por qué no me avisaste, Peter?!

—*Tú no podías hacer nada, fue repentino. Linda no quiso que te molestara. Yo quería avisarte, pero ella insistió en no echarte a perder el viaje a Oslo.*

—¿Pobre Linda! ¿Está muy triste?

—*Sí, pero el doctor dijo que fue un caso fortuito y que no hay motivos para que no pueda embarazarse nuevamente. Le dio unas vitaminas*

y le recomendó que se lo tome con calma.

—Dile que la veré pronto, esta misma semana.

—¿Cómo es eso? ¿Terminaste con Rolf?

—¡No, Peter! Tengo que ir a York, me llegó un citatorio. Jack no firmará los papeles del divorcio si no soy capaz de demostrar que no estoy loca, dicho en palabras sencillas.

—*Jack está loco.*

—¿No sabías nada al respecto?

—*Te habría advertido. No hubiera permitido que llegara tan lejos. Sé que no es excusa, pero Linda se venía sintiendo mal desde hacía varios días, y quizás me despreocupé un poco. Lo siento, Brenda. Creí que ya todo estaba resuelto con Jack.*

—No te preocupes, cuando esté allá lo resolveremos. Iré a ver a Erik, primero, para pedir su opinión.

—¿Vendrás con Rolf?

—Él tiene que quedarse a ver sus asuntos con la clínica.

—*Comprendo. ¿Cuándo piensas viajar?*

—En dos o tres días más.

—*Me avisas para ir a recogerte al aeropuerto.*

—Está bien. Dale mis cariños a Linda.

—*Se los daré. Gracias, Brenda. Te quiero.*

—Yo también. Adiós.

—*Adiós.*

Después de cortar, Brenda comenzó a secar su cabello con la toalla, mientras pensaba en Linda. No podía ni siquiera imaginar cómo sería perder una vida que recién comenzaba a gestarse dentro del propio cuerpo. Estar feliz un día y al siguiente ser despojada de dicho sentimiento, al fin y al cabo, quizás era bueno no poder tener hijos porque así no se corría el riesgo de la decepción. Sabía que su pensamiento era egoísta, pero no quería más sufrimientos en su vida, claro que ella aún podría ser madre. Sacudió la cabeza y su cabello cayó brillante sobre sus hombros. Imposible, para ella ya había pasado la oportunidad de ser madre.

XXV

Rolf apareció a los pocos minutos con una toalla envolviendo su cintura, y al ver el rostro apesadumbrado de Brenda se preocupó.

—¿Qué sucede, amor?

—Es Linda, perdió al bebé.

—¡Oh, cuanto lo siento! —exclamó él antes de rodearla con sus brazos.

—Están devastados, sobre todo Linda.

—Más tarde llamaré a Peter, espero que no le moleste.

—Hazlo, amor. Él te ha tomado mucho aprecio.

Rolf comenzó a vestirse mientras tarareaba una vieja canción. Brenda lo observó, él ya había perdido un hijo antes de nacer, sin embargo, ella ni siquiera había concebido uno y se preguntó qué sería peor: perder un hijo o jamás haber sido capaz de engendrar uno. Quizás nunca lo sabría, pero al menos por no ser capaz de tener un hijo, tampoco correría el riesgo de sufrir tal dolor por perderlo. Sabía que su pensamiento era egoísta, pero la reconfortaba. Consolaba su incapacidad para ser madre.

—¿Verás a Erik esta mañana? —preguntó de pronto Rolf, totalmente ajeno a los oscuros pensamientos que rondaban en su cabeza.

—Sí, quiero que me diga qué hacer si vuelvo a tener pesadillas.

No quiso decirle que deseaba discutir con Erik acerca de sus sospechas, no quería que él pensara que en realidad se estaba volviendo loca.

—¿Crees que las tendrás?

—Siento que ocurre cada vez que me alejo de Forsand. Es como si el fiordo no quisiera que me aparte de acá. Sé que suena ridículo, pero...

—Me daré prisa con mis asuntos para reunirme contigo —dijo Rolf pensativo.

—No te des prisa por mí, estaré bien.

Cuando Brenda llegó a la consulta de Erik, justamente Assa estaba saliendo y la saludó con entusiasmo.

—Brenda, ¡qué bueno verte! ¿Cómo has estado? ¿Por qué regresaron

tan pronto?

—¡Hola, Assa! Estoy bien, y regresamos porque ya era tiempo. Rolf tenía que venir a ver lo de la clínica.

—Entonces, le fue bien con eso.

—Creo que sí. Me parece que tiene que conseguir financiamiento, no estoy segura.

—Será algo bueno para el pueblo. Tener una clínica cerca, aparte de esta, los beneficiará a todos... ¿Vienes a ver a Erik?

—Sí, espero que me pueda atender sin cita previa.

—Yo creo que para ti siempre tendrá tiempo. No te lo tomes a mal, pero te has convertido en su caso raro.

Assa y Brenda sonrieron, a ninguna de las dos les quedó la duda que lo dicho por la doctora era cierto.

—Debo empezar mis rondas, espero que nos veamos más tarde. Podrían ir a casa esta noche.

—Le diré a Rolf, seguro le agrada la idea.

—Quedamos en eso entonces.

—Sí. Nos vemos.

De pronto se abrió la puerta y apareció Erik, quien se quedó parado en el umbral con las manos en la cintura.

—Por casualidad, ¿hablaban de mí?

—No me digas estaba escuchando detrás de la puerta —le reprochó Assa.

—No cariño, revisaba unas fichas.

—Brenda ha venido a verte.

—¿Sí? Pasa entonces, antes de que comiencen a llegar mis pacientes de hoy.

Erik entró a la consulta y Brenda le siguió, haciendo una seña con la mano a modo de despedida de Assa.

Brenda había ido muy resuelta, pero de pronto se sintió intimidada. Seguramente Erik pensaría que estaba chiflada y quizás querría someterla a tratamiento, y la idea le daba escalofríos.

—Creo que es Hela quien se comunica conmigo.

Lo dijo así, abruptamente, antes de tener tiempo de arrepentirse.

—¿Por qué crees eso?

—Creo que ya lo habíamos hablado, no recuerdo. La cosa es que siempre que me alejo de Sognefjord, las pesadillas vuelven, a veces más

fuertes y otras son apenas un sueño del que tengo apenas un vago recuerdo al despertar.

—¿Te sucedió en Oslo?

—Un par de veces, pero no le dije nada a Rolf para no preocuparlo. También he pensado que...

—¿Qué? —preguntó Erik, instándola a continuar.

—Que ella puede estar dentro de mí. Poseerme cuando quiera, igual que en las películas... No sé, creo que hay mucho misterio en torno a la muerte de ella. Si esperaba un hijo, ¿por qué suicidarse?

—¿Cómo que esperaba un hijo?

—No puedes comentarlo con Rolf, Erik, nadie lo sabe.

—Por supuesto, pierde cuidado... Quisiera hipnotizarte, pero hoy no tengo tiempo.

—Quizás cuando regrese de York.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana, quiero salir pronto de esto... ¿Qué debo hacer si las pesadillas persisten?

—Nada, solo intentar relajarte. Te prescribiré un sedante suave para que tomes si ello sucede.

Erik, sacó una hoja de su talonario de recetas y con la letra típica de los médicos que apenas se entienden ellos, garabateó sobre el papel, y luego se lo entregó a Brenda.

—Erik, me gustaría que esta charla quedara entre nosotros. Siento que quedé traumatizado con lo de Hela, y no quisiera preocuparlo aún más.

—Entiendo, no te preocupes.

Brenda estaba poniéndose de pie con la intención de despedirse de Erik para marcharse, cuando golpearon a la puerta.

—¡Pase! —ordenó Erik.

—Soy yo —dijo Rolf asomando la cabeza por la puerta—, ¿se puede?

—Claro, entra —invitó Erik—, Brenda ya se marchaba.

—¿Y de qué hablaron?

—Casi de nada —respondió Brenda tranquila—. Nos poníamos de acuerdo para hoy en la noche, Assa nos ha invitado y parece que Erik no estaba enterado.

—La historia de mi vida —dijo Erik con dramatismo—, siempre soy el último en enterarme de los panoramas divertidos. ¿Irán, cierto? Me interesa que me cuenten sobre su paseo por Oslo, y tú Rolf, que me hables del proyecto

de la clínica. Además, quiero encargarle unos libros a Brenda.

Rolf abrazó a Brenda y sonrió.

—Está bien, allí estaremos. Saldré de pesca y seguramente tendré suerte con los bacalaos. Tú preparas el fuego y los podemos comer asados.

—Quiero que ya sea de noche.

Rolf y Brenda se despidieron y salieron de la consulta tomados de la mano.

XXVI

Luego de hacer unas compras para el almuerzo, Brenda y Rolf se fueron a casa. Ella se sentía tan bien, haciendo cosas comunes y corrientes como la de cualquier ama de casa. En todos esos meses no había extrañado ni una sola vez los planos y proyectos, pero estaba deseosa de comenzar a pintar en los nuevos lienzos. Pronto empezaría a caer la primera nieve de la temporada y quería alcanzar a plasmar los colores del otoño en una tela.

Después del almuerzo, Brenda creyó que Rolf querría recostarse un rato con ella, pero la sorprendió al decir que iría a pescar, pues en un rato más pasaría un ferry y siempre dejaba una estela de peces listos para la red. Entonces ella decidió que era un buen momento para comenzar a pintar, quizás retrataría a Rolf pescando y le daría una sorpresa luego.

Animada, busco el lienzo, el atril y las pinturas y se fue hasta la pequeña loma en la que Rolf solía atisbar el fiordo. Empezó a dar las primeras pinceladas con inseguridad, pero al ver el bote a lo lejos perdió el miedo inicial y con firmeza continuó dando color a la pintura e imaginando cómo se vería cuando estuviera terminada, en unas cuantas sesiones más. De pronto se sintió muy cansada y deseo estar sentada. Como no quería interrumpir el momento creativo que estaba teniendo, pensó que era buena idea ir por una banqueta a la casa.

Cuando entró, miró a su alrededor para ver qué podría llevarse para estar cómoda, pero las sillas eran algo grandes para el espacio con el que contaba sobre el promontorio, y en la cocina no había ni siquiera un pequeño banco. Se le ocurrió que en la bodega que estaba afuera de la casa, donde Rolf guardaba la leña y las herramientas, debería haber algo que le sirviera, aunque fuera un cajón de manzanas.

Brenda caminó resuelta hacia la bodega y entró. El cuarto era pequeño y bien construido, como una pequeña habitación, inclusive tenía piso de madera, aunque estaba feo debido a la humedad. Una lámpara colgante en el medio bastaba para alumbrarlo por completo. Brenda miró a su alrededor tal como había hecho dentro de la casa: había herramientas colgadas en una de las paredes, la leña apilada a un lado de la puerta, unas cajas junto a un escritorio

en la pared que estaba frente a la puerta, y ¡sorpresa! Una silla de madera con respaldo circular, no muy grande estaba casi escondida debajo de una lona. No lo pensó dos veces y la sacó. Agarró una toalla vieja que colgaba junto a la puerta y se dispuso a salir para limpiarla afuera. Ya estaba cerca de la puerta cuando dio un tropiezo que casi la hace caer, observó atentamente el piso para ver con qué se había enredado y lo único que vio fue una tabla algo levantada. En lo primero que pensó fue en golpearla con el martillo para que volviera a su lugar y así evitar futuros tropiezos, pero por más que lo intentó no lo consiguió. Miró con más detenimiento el problema y al parecer había algo bajo la tabla que impedía que esta regresara a su lugar. Con miedo a encontrar algún bicho, metió la mano por debajo, pero en vez de una araña, sus dedos toparon algo duro: una caja, pensó ella. Forcejeó un poco con el objeto hasta que logró sacarlo, pero en vez de fijarse de qué se trataba, insistió con el martillo hasta que la tabla quedó nuevamente en su lugar.

Con la silla en una mano, y con el objeto y la toalla en la otra, Brenda salió de la bodega después de haber dejado el martillo en su lugar y apagado la luz.

Preocupada de limpiar la silla, no le puso mayor atención al objeto que tenía en la mano, sin embargo, no supo cómo o por qué no lo tiró ni lo dejó a un lado, sino que se lo llevó con la silla hasta el sitio donde estaba el atril.

Cuando se sentó en la silla, la cual le quedó cómoda y a una altura exacta para pintar sin problemas, aún tenía el objeto en la mano. Por fin reparó en el objeto y lo estudió con curiosidad, pensando que por su forma era una caja. Como tenía algo de peso, creyó que tenía algo dentro, pero era muy hermética y difícil de abrir. Cuando estaba a punto de desistir, al darle la vuelta, cayó algo de adentro, y recién ahí cayó en la cuenta de que se trataba de un libro, y la caja era su estuche. Más el libro no era un libro, al ojearlo descubrió que sus páginas estaban escritas casi por completo: ¿un diario de vida quizás? Se fue hasta la primera página, y ahí estaba el nombre, escrito con una caligrafía muy cuidadosa: Hela Solberg.

Sin leer el contenido, porque le pareció una intromisión en la vida de alguien a quien no había conocido. Dio un rápido vistazo a los encabezados de las páginas, y en efecto estaban fechadas. Había encontrado el diario de Hela, y ahora sentía que le quemaba en las manos. ¿Rolf sabría de su existencia, o su escondite debajo del piso, significaba que estaba oculto? Y si era así, ¿ella había sido la elegida para encontrarlo, en vez de Rolf? No sabía que haría con él, pero en modo alguno lo leería, y menos aún se lo entregaría a Rolf.

Envolvió el diario de Hela en el paño que tenía para limpiar los pinceles, y lo dejó en el suelo junto al atril.

A Brenda le costó mucho trabajo continuar con la pintura, pues no se podía quitar el diario de la cabeza, ¿qué habría escrito allí la primera mujer de Rolf? ¿Sería capaz de resistirse a leerlo? Tendría que hacerlo, ya que no pensaba violar las memorias de una muerta. Cuando Rolf regresó de pescar, la encontró sentada allí, medio pintando, medio pensando.

XXVII

—¿Qué te parece? —preguntó él, exhibiendo ante ella dos bacalaos de no despreciable tamaño.

—No cabe duda de que eres un buen pescador.

—He tenido mucho tiempo para ejercitarme. ¿Y tú? ¿Qué tal va la pintura?

Rolf se asomó por encima del atril, y solo vio algunas pinceladas de lo que se suponía era el acantilado de la ribera del fiordo.

—Quiero pintarte pescando, pero te alejaste mucho —mintió ella—. No pretendo que te veas en primer plano, pero tampoco que seas una mancha en el cuadro. Así que me tienes que prometer que antes que comiencen las nieves, posarás para mí, a bordo de tu bote a una distancia que pueda visualizarte mejor.

—Está bien, me comprometo a ello, pero si no alcanzamos esta temporada lo dejamos para la siguiente, ¿te parece?

—Bueno, creo que tendré que aprender a pintar paisajes invernales —dijo ella con una media sonrisa.

Rolf se inclinó para besarla en la boca y se alejó con su botín de pesca.

—Erik podrá comer hasta que se le salgan los ojos —dijo él mientras se alejaba.

Cuando se quedó sola tomó el diario sin desenvolverlo del paño en el que lo había ocultado. Se lo apegó al pecho pensando qué haría con su descubrimiento. Pudo haberlo tirado al fiordo para que la corriente marina lo arrastrara lejos, pero en contra del buen sentido que la caracterizaba lo llevó con ella y lo guardó entre sus cosas.

—¿Estás bien? —le preguntó más tarde Rolf, mientras limpiaba los pescados en la cocina. Ella estaba a su lado tomándose un café—. Te noto muy silenciosa.

—Pensaba en algo. Es decir, quiero preguntarte algo, es sobre Hela.

—¿Qué quieres saber?

—¿Guardas recuerdos de ella? Fotos, libros, alguna prenda.

—Es extraña tu pregunta, pero no, —Rolf rogó para que no le creciera la nariz por mentir tan descaradamente—, no guardo cosas de Hela. Tuve algunas cosas por bastante tiempo, pero un día decidí que debía seguir adelante sin ella y me deshice de todo. Total, los recuerdos que uno guarda dentro de sí permanecen para siempre.

Su respuesta le indicó a Brenda que él no sabía de la existencia del diario, y para no remover viejas heridas dejaría que continuara ignorándolo. Ya más tranquila, se empinó y le dio un beso en los labios.

—¡Huele horrendo! —exclamó, conteniendo las náuseas.

—Solo es pescado, querida, y de lo más sabroso.

—Espero que sepa mejor de lo que huele.

—Así será, te lo aseguro.

—Más te vale.

Después de la deliciosa cena que había consistido en los dos bacalaos a la parrilla, con papas también asadas con su piel y varias ensaladas, los cuatro comensales estaban haciendo sobremesa en el patio, ya que aún no hacía tanto frío como para no poder comer afuera.

—Bueno —dijo Erik—, ¿nos vas a contar de tus planes por fin?

—Me fui a reunir con el alcalde para hablarle de la propuesta de instalar una clínica en el pueblo, para que no deban ir a Stavanger o Rogaland a atenderse.

—Es raro que antes nadie lo haya propuesto —acotó Assa.

—Sí lo han hecho —continuó explicando Rolf—, pero de una forma diferente: inversión de privados en la que solen salen beneficiados ellos. ¿Por qué la gente va a pagar altos precios para atenderse si pueden ir a Rogaland, si para una emergencia tienen la clínica de la hidroeléctrica?

—Es cierto —convino Erik—, pero ¿qué tiene tu propuesta de diferente?

—Yo también pienso conseguir algo de financiamiento privado, puesto que el subsidio que me dará Sanidad no va a ser suficiente. Sin embargo, lo más importante es que será gratis en algunas atenciones, y las que representen alguna intervención como una apendicitis o un parto, solo pagarán una parte.

—Es un proyecto ambicioso —continuó Erik—. ¿Cuándo te responderán?

—Debo buscar el financiamiento de los privados primero.

—¿Ya sabes a quién hablarás?

—Comenzaré con las hidroeléctricas.

—Está la clínica.

—Sí, pero es de la Forsand Sankompani. Hay otras empresas a nuestro alrededor.

—¿Y por qué querrían ayudarte? Y disculpa que haga de abogado del diablo.

—No todas las hidroeléctricas tienen centros de salud, y las que hay son para los trabajadores que están asegurados. Cuando tienen que atender a los familiares o urgencias...

—Como yo —intervino Brenda.

—Exacto, casos como el de Brenda que ocupan muchos recursos, ellos asumen el gasto como una especie de apoyo a la comunidad. Sin embargo, son casos especiales, y las madres deben continuar yendo a parir a donde haya un hospital grande. Con mi proyecto, las hidroeléctricas se convertirán en benefactoras, pero compartirán el gasto entre sí y con el estado... Comenzaremos como un centro de atención primaria, y a medida que vayan apareciendo los recursos y quede demostrado que la comunidad usa el servicio, iremos creciendo hasta convertirlo en un pequeño hospital capaz de hacer cirugías no complejas.

—¿Y tus honorarios?

—Los pagará el estado. El mío y el de los otros profesionales que haya que contratar.

—¿Comprendes que será bajo?

—Sí, pero lo hago como un servicio a la comunidad, y los que acepten trabajar aquí deben entenderlo y aceptarlo así. Nos pagarán lo que a cualquier médico que trabaja en el sistema público... Me quedan ahorros de la herencia de mi padre, mi casa es propia, no vivimos con mayores lujos. Lo único que me haría cambiar de opinión sería que a Brenda no le guste el estilo de vida que llevamos.

Los tres se quedaron mirando a la aludida atentamente.

—¿Qué? ¿A mí? Cariño, soy feliz, muy feliz y no necesito más. Creo que tenemos lo justo y necesario. Además, yo resolveré lo de mi sociedad con Jack y también tengo mi parte de la herencia, que apenas he tocado. En mi caso, lo único que me provocaría algo de ansiedad, pero que en modo alguno me haría cambiar de vida, sería la llegada de un hijo... Sabemos que eso no es posible así que no hay de qué preocuparse. No me miren así por favor, no me

compadezcan, es una situación que ya tengo asumida. Si las cosas se ponen mal, puedo volver a trabajar.

—¿Sabes qué trabajo te buscaría yo? Profesora de arte.

—¿Profesora de arte? —preguntaron Erik y Assa al mismo tiempo.

—Brenda pinta. Aún no he visto nada de ella porque recién empezó hoy, pero estoy segura de que lo debe hacer muy bien, ¿no son artistas la mayoría de los arquitectos?

Brenda se sonrojó.

—¡Rolf, si después resulta un mamarracho, te dejaré muy mal!

—No importa, diré que cultivas el expresionismo.

Los cuatro rieron, pero Assa fue la primera en ponerse seria, pensativa.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó preocupado Erik.

—Estaba pensando en las gemelas, llevan semanas molestando con que les compre unos caballetes y otras cosas para pintar. De pronto se les ocurrió que desean pintar.

—Dibujan muy bien —dijo Erik orgulloso.

—Quizás se trate de un trabajo de la escuela —señaló Brenda, mientras daba un sorbo al vino blanco de su copa.

—No tienen maestro de arte, es decir, no uno que se interese por enseñar verdadero arte. Solo cosas básicas.

—¿Tú les darías clases particulares?

—Cuando regrese de York, podemos verlo, ¿te parece?

—Por supuesto, no hay apuro.

La velada continuó tan amena como había sido desde el comienzo. Cuando Brenda miró la hora, eran casi las once de la noche.

—¿Nos vamos, querido? Mañana es un día laboral para Assa y Erik, y yo tengo que ver lo de mi viaje.

—Claro, ya es algo tarde.

—Antes un último brindis, ¡por Erik y su proyecto!

Assa alzó la copa y el resto hizo lo mismo.

—¿Puedes conducir? —preguntó Erik más tarde a Rolf.

—Tranquilo, estoy bien aún.

Los cuatro se despidieron entre risas y abrazos, prometiendo reunirse cuando Brenda regresara de York, porque además no habían charlado acerca de su luna de miel en Oslo.

Una hora después Brenda dormía plácidamente junto a Rolf. El cansancio extraño que sentía hacía que los párpados se le cerraran solos, y él había tenido que aceptar que esa noche no harían el amor, conformándose solo con envolverla en sus brazos.

Brenda estaba pintando en la orilla del fiordo y el cuadro del pescador estaba casi terminado. De pronto emergió una figura del agua, era Hela, ahora ya no tenía dudas.

Hela se la quedó mirando un instante largo.

—Eres Hela. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí.

—¿Por qué ocultaste el diario?

—*Él no debe verlo nunca. Solo tú puedes leerlo.*

—No me interesa escudriñar en tu pasado.

—*Es que debes leerlo, solo así entenderás. Es la única forma de conseguir que él me deje ir.*

—¿Crees que aún piensa en ti?

—*Es imposible que no lo haga.*

—¿Por qué?

—*¿Es que no sabes? Solo espero que cuándo descubras la verdad, no lo juzgues: ámalo, compréndelo.*

—¿La verdad está en tu diario?

—*No esa solo es mi verdad. Tendrás que descubrir todos los secretos por ti misma, pero no será sin dolor. Debes ser fuerte si quieres que tu amor triunfe sobre el pasado.*

La voz de Hela se fue apagando y con ella la figura se desvaneció.

XXVIII

Brenda despertó abruptamente, sintiendo una opresión en el pecho, más esta vez no sentía temor como las veces anteriores. Hela ya no la asustaba, sino que la intrigaba. Ahora la historia parecía una obra contada en varios actos, pero los secretos continuaban ocultos detrás del velo que la primera mujer de Rolf se había empeñado en extender sobre su pasado.

Desde el terror que le causaban las pesadillas con la mujer del lago, la cual Brenda tenía absoluta certeza de que no era ni más ni menos que Hela, había pasado rápidamente a la furia. ¿Por qué la mujer no se marchaba a descansar en paz? ¿Qué pecado tan abominable habría cometido que le impedía alcanzar el cielo? Brenda nunca supo si creer o no en la existencia del cielo y el infierno, pero después de morir supo que sí existía algo más allá de nuestro conocimiento. Y así como tuvo la seguridad de la existencia de las manos que la querían conducir hacia la luz después del accidente, también sabía que las respuestas las encontraría en el diario si algún día se animaba a leerlo.

—Te voy a extrañar, ¿por qué no me dejas ir contigo?

—No, querido. No quiero darle más motivos a Jack para negarse a firmar los papeles del divorcio.

—Pero él está en una relación, ¿o me equivoco?

—No sabes cómo es Jack: igual que el perro del Hortelano.

—¿Y cómo es eso?

—¿Nunca leíste a Lope de Vega?

Rolf negó con la cabeza.

—Bueno, Lope de Vega era español, y esta comedia data de 1616. El perro del hortelano, *que no come ni deja comer*, es una metáfora que se refiere al argumento de la obra y significa que Diana no puede amar a Teodoro y por eso, no lo deja amar o ser amado por cualquier otra persona.

—Nunca lo leí, soy un completo ignorante.

—No tenías por qué haberlo leído tampoco, no te preocupes.

Estaban sentados en el sofá y Rolf la atrajo hacia él para besarla. Pero

Brenda no lograba desconectar su cerebro del diario, del sueño, y de Hela. No sabía en qué acabaría tanto misterio, de lo único que tenía certeza era de que sería incapaz de vivir sin los besos y la atención constante de ese vikingo que tenía a su lado.

—Te amo —declaró ella de pronto, y Rolf la miró sorprendido—. ¿No te molesta verdad? Después de todo, ustedes se adueñaron de York.

Rolf rio.

—¿Te diste cuenta de que nos desviamos completamente del tema?

—No.

—Promete que, si cualquier cosa sucede, me llamarás y volaré de inmediato.

—Prometido.

—Entonces.... Como no nos veremos en varios días, es mejor no perder el tiempo, ¿no crees?

Dicho esto, Rolf tomó a Brenda en sus brazos y se aprestó a subir a la habitación.

—¿Y la cena? —protestó ella—. Tampoco me has contado como te fue con el alcalde...

—Eso puede esperar, esto no. Debes saber que no solo de pan vive el hombre.

Esta vez fue el turno de ella para reír, ¡lo amaba tanto que parecía que su pecho iba a estallar!

—Bueno, quién soy yo para oponerme a la fuerza de un vikingo —dijo ella, escondiendo su rostro en el cuello de él.

Cuando Brenda llegó ante la puerta del que había sido su hogar por casi quince años, ya era de noche.

No sabía qué instinto perverso le había impedido avisar a Jack de su arribo. Quizás era el morbo de sorprenderlo *in fraganti*, lo que la había hecho guardar silencio. Peter y Linda tampoco sabían que ella ya se encontraba en Inglaterra, y estarían molestos cuando se enteraran, pero era su decisión y ya no era una niña para necesitar que la vigilaran.

Abrió con su propia llave, intentando no hacer ruido. Afuera llovía copiosamente, y desde la bajada del taxi hasta la puerta se había alcanzado a mojar bastante. Se sacudió el agua en el recibidor, y como conocía de memoria dónde estaba todo, no necesitó prender la luz. Tomó en andas la pequeña maleta y se dirigió directamente a la planta alta.

Al pasar junto a la puerta del dormitorio principal, tal como lo había previsto, se oyeron voces en el interior. La ira la invadió al pensar en que aquella mujer estaría revolcándose en las finas sábanas que ella había elegido con tanto esmero para su cama. Estuvo tentada a abrir la puerta y sorprenderlos, pero no fue capaz. Así que se fue hasta el cuarto de invitados con el peso de la rabia sobre sus hombros.

Estaba tan cansada y tenía tanto sueño que se durmió casi enseguida. Si Hela vino a perturbar su descanso, ella no se dio por aludida, ya que se durmió como una piedra y no despertó hasta la mañana, a las siete en punto como ya lo tenía asumido su reloj interno.

Antes de pensar en bañarse, decidió bajar por un café y algo de comer, pues las tripas gruñían reclamando por alimento, ¡qué manera de tener hambre todo el tiempo, últimamente!

Estaba sentada en la cocina, bebiendo café y comiendo un trozo del bizcocho que encontró en el refrigerador, cuando Jack entró restregándose los ojos.

—¿Estoy soñando, o eres realmente tú?

—Tú me convocaste, ¿no?

—Pero no en una sesión espiritista como para que te aparezcas de repente.

—Llegué anoche y era tarde. Creo que tú dormías —mintió ella.

—¡Ah! Seguro que sí.

Brenda advirtió que a cada instante Jack miraba hacia la puerta, nervioso.

Mientras tanto ella continuó lentamente con lo que estaba haciendo. Jack visiblemente incómodo se daba vueltas alrededor de la cocina en un vano intento de prepararse un café.

—¿Es buen momento para que me digas por qué me llamaste?

—Más tarde, aún hay tiempo... ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. El clima del norte ha hecho maravillas en mí.

—Sí. Se nota.

—¿Tú crees?

—Estás diferente, no sé qué es, pero te sienta muy bien.

—Gracias, Jack.

—Lamento que todo haya terminado así.

—Yo, ya no lo hago más.

—¿Qué?

—Lamentarme.

—Solo porque estás con él.

—No empieces, por favor, tú tampoco estás solo.

—Yo, no...

—¡Buenos días, tesoro!

XXIX

—¡Apareció quién faltaba! —exclamó Brenda con una sonrisa torcida. Jack enrojeció, y la joven se turbó por un instante, pero se repuso enseguida.

—¡Vaya, no sabía que tendríamos visitas! Debiste avisarme, amor para haberla recibido como se merece.

Jess, la del rostro de corazón, se acercó melosa a Jack y le estampó un beso en la boca.

Brenda miró hacia otro lado, había que ser muy caradura para comportarse así: como ama de una casa que no era la suya.

—Te recuerdo que ésta aún es mi casa, y que no necesito invitación para venir, y por lo tanto no soy invitada.

En ese momento se le ocurrió que no quería dejarle la casa a Jack. Recién se dio cuenta cuánto la echaba de menos. La pediría como parte del acuerdo de divorcio. Sería agradable escaparse a York durante los crudos inviernos de Noruega. Además, odiaría saber que la pequeña Jess, se haría cargo de sus posesiones.

La otra iba a reponer algo, pero justo sonó el móvil de Brenda, y levantó la mano para que guardara silencio. Con un gesto, Jack sacó a Jess de la cocina, pero a paso lento para intentar escuchar quién llamaba a su esposa.

—¿Hola? ¡Peter! ¿Cómo adivinaste que llegué?

Menos mal que no era el otro, pensó Jack al momento de salir del todo de la cocina.

—¿Qué haremos? —preguntó Jess, mientras subían la escalera.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Ella no puede quedarse aquí. ¡Ya no es su casa!

—Según la ley, sí.

—Tienes que buscar el modo de hacer que se vaya pronto, no la quiero aquí, y no lo voy a repetir.

Jack, tomó violentamente a Jess del brazo para que se detuviera.

—Si es que existe alguna intrusa aquí, solo eres tú. Brenda y yo aún

seguimos casados.

Jess hizo un puchero y los ojos se le llenaron de lágrimas, sabía perfectamente como desarmar al hombre.

—Me lastimas, Jack.

—Perdón, no fue mi intención... Por ahora solo podemos esperar, intenta no cruzarte con ella, una disputa no nos haría bien. Esta misma tarde tendremos una reunión con los abogados.

—Está bien, pero no puedes perder la casa, la amo.

—Haré todo lo posible.

—Eso no es suficiente.

—No puedo prometer más.

Después que estuvo vestido y que hubo despachado a Jess a la oficina, Jack fue en busca de Brenda. La encontró en la biblioteca, revisando un gran archivador que contenía antiguos oleos pintados por ella.

—Estaba revisando estas cosas antiguas, no sé por qué dejé de pintar.

—Nunca te lo impedí.

—No. Quizás fui yo la que perdió la inspiración.

—Y, ahora me imagino que ha vuelto.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Hacía muchos años que no me sentía así de bien.

—Perdóname, yo...

—No digas nada.

—¿Me guardas rencor?

—Ya no... Jack, me hiciste venir para lo del divorcio, porque dijiste que quieres comprobar si estoy en mis cabales o no, ¿te parece que hablemos de eso?

—Estaba equivocado, Brenda, discúlpame... Esta tarde nos reuniremos con los abogados, avísale a Peter.

—Está bien.

—Bueno, me voy a la oficina, regreso a eso de las dos, para que nos vamos juntos al bufete.

—¿Es necesario?

—Quiero que sea un divorcio amigable.

—Espero que sea así.

A las cuatro de la tarde estaban todos reunidos, Brenda y Peter su abogado, y Jack con la infaltable Jess de compañía, en el bufete de abogados Roger & Son, quienes llevaban el divorcio por parte de Jack.

—*¿Tenía que venir ella?* —murmuró entre dientes Brenda a su hermano.

—*Quizás Jack necesita apoyo moral* —respondió Peter de igual forma.

—*Claro, para despojarme de lo que más pueda... La oí exigirselo esta mañana.*

—*No te preocupes, la trepadora no se saldrá con la suya.*

Ninguno de los dos, ni Jack y mucho menos Jess, sabían que Brenda había escuchado la conversación que ellos habían sostenido en la escalera esa mañana. Brenda había salido de la cocina con el fin de subir a la habitación para darse un baño, pero se había parado en seco al escuchar sus voces. En ese momento su decisión de conservar la casa se había reafirmado.

—*¿Podemos comenzar?* —preguntó Fred Rogers, el menor de los Rogers, su padre ya casi no ejercía.

—Por supuesto —respondió Peter—. Queremos saber qué pide Jack Harrington para firmar el divorcio.

—Solo quiero saber si Brenda está segura con seguir adelante con esto —respondió el aludido.

—Creo que es obvio —respondió Brenda—, de lo contrario no había venido.

—Luego de revisar los activos, la suma total de los bienes asciende a...

Fred Roger se puso a revisar sus notas para mencionar el total, pero Brenda lo interrumpió levantando la mano.

—Solo quiero la casa. Su valor es menor que la de los activos de la oficina. Las ganancias por los proyectos en los que la empresa está involucrada son mayores.

—*¿Qué?!* —saltó de inmediato la pequeña Jess.

—*¿Para qué quieres la casa? ¿Piensas volver a York?* —La ira ira desfiguraba el rostro de Jack.

El Jack amistoso de la mañana se había esfumado por completo.

—No es de tu incumbencia... Solo te puedo decir que yo fui la que puse todo mi empeño en conseguir esa casa y que la decoré con mucho amor. Y por último estoy en mi derecho al pedir algún tipo de compensación, ¿o no,

Jack?

El rostro airado de Jack se puso lívido. No quería que ella sacara a relucir lo que había pasado en Noruega, porque todo había sido culpa suya.

—A la oficina le está yendo bien, tenemos muchos encargos, inclusive tuve que contratar a otro arquitecto y dos dibujantes... Está bien, Brenda, la casa es tuya.

—¡Pero, gatito! —gimoteó Jess.

¿Gatito?

—Cálmate, Jess.

—Me alegra mucho que hayan llegado a un acuerdo pacífico —dijo Peter—. Creemos que un mes es tiempo suficiente para abandonar la casa. Ahora pueden firmar los papeles del divorcio.

Sin mirar a Jack, Brenda firmó todas las copias que le pusieron por delante, y luego se puso rápidamente de pie. Antes de salir de la oficina del abogado se dirigió a Jack por última vez.

—Si necesitas algo, estaré en casa de Peter y Linda, me regreso mañana a Noruega.

—Que seas feliz, Brenda, y perdona todo lo malo.

—Ya te perdoné, y también deseo que seas feliz.

No se dieron un abrazo, o la mano, simplemente al salir cada uno tomó un rumbo distinto. Luego de andar unos pasos, Jack volvió la vista atrás, pero Brenda no. Ese episodio de su vida había terminado para siempre.

XXX

Esa noche la cena en casa de su hermano, fue como en los viejos tiempos. Linda ya estaba más recuperada de su pérdida y hasta había tenido ánimo de participar de las bromas entre Brenda y su hermano.

—¿Por qué no te quedas más tiempo? ¡Te extrañamos tanto!

—Sí hermanita, no te vayas tan pronto.

Les prometo que regresaré pronto, en cuanto Forsand se vuelva intransitable. Cambiaré un rato la nieve por la lluvia... Creo que ya es hora de irme a la cama.

—¿Tan temprano? Son recién las diez —objetó Linda.

—Me siento demasiado cansada.

Linda y Peter se miraron. Ellos conocían esos síntomas: cansancio extremo y apetito abundante, sin embargo, prefirieron guardar silencio.

Después de dar las buenas noches, Brenda se retiró a la habitación que tenía en forma permanente en la casa de su hermano y su mujer, y se fue de buena gana a la cama.

Casi en cuanto puso la cabeza en la almohada, Brenda se durmió en un sueño profundo. Había pensado llamar a Rolf, pero se quedó con la luz encendida y el aparato en la mano. Su sueño pareció ir tranquilo y sin problemas, hasta que una conocida voz comenzó a llamarla.

—*¡Brenda!*

—*¡Brenda!*

Brenda abrió los ojos lentamente, no se encontraba en su cama, estaba en el fondo del fiordo.

—¿Qué quieres? Ya no te temo.

—*¿Por qué lo dejaste? ¿Por qué lo abandonaste?*

—Yo no he abandonado, la que lo hizo fuiste tú.

—*Tenía que hacerlo, él no se merecía sufrir por mi culpa, pero ahora estás tú para hacerlo feliz. Teniéndote a ti nunca me olvidará.*

Las palabras de Hela retumbaron dentro del cerebro de Brenda, ¿qué significaban?

—No te entiendo.

—*Ya lo harás.*

—Quiero verte, siempre te quedas en las sombras.

—*¿Estás segura de querer verme?*

Entonces, la figura abandonó las sombras y flotó hacia Brenda. El fondo del fiordo estaba igual que ese día que se ahogó, y a pesar de la profundidad, algunos rayos de sol se lograban colar por entre las aguas. Hela se detuvo justo debajo de uno de estos rayos luminosos, y Brenda pudo por fin conocer la imagen de la mujer cuya voz la atormentaba en los sueños.

Brenda se tapó la boca para no gritar, la mujer que estaba ante ella era su propio reflejo...

—¡No es cierto!

—*Sí, lo es.*

—¡No! ¡No! ¡No!

Brenda despertó de súbito en el medio de la noche. Sus ojos derramaban lágrimas sin parar. Hela y ella... No se atrevía ni siquiera a pensarlo.

—¿Qué sucede, Brenda, estás bien?

Su hermano entró como un vendaval a la habitación. Brenda no respondió, solo sollozos salían de su garganta.

—¿Las pesadillas otra vez?

Ella solo atinó a responder afirmativamente con la cabeza.

—¿Me quieres contar?

Como siempre, Peter la reconfortaba con su abrazo, igual que cuando eran niños y ella se caía o se golpeaba. Él era el menor, pero siempre se comportó como el hermano mayor, el protector.

Brenda negó con la cabeza.

—¿Crees que podrás continuar durmiendo? —preguntó él al cabo de un rato.

—Creo que sí —respondió ella, aun sabiendo que sería imposible al menos por esa noche.

Cuando Peter abandonó la habitación, Brenda salió de la cama y comenzó a pasearse por el cuarto. Aún su mente no terminaba de procesar lo que había vivido en el sueño, pero la sentencia de Hela: *teniéndote a ti nunca me olvidará*, se le hacía cada vez más comprensible: Hela la estaba utilizando para perpetuarse en el corazón de Rolf, y este se había enamorado de ella solo

porque se parecía a su difunta mujer. Ella se había convertido en un títere en las manos de ambos. Pero, ¿por qué? Seguramente si leía el diario de Hela encontraría las respuestas, más no lo haría, no estaba dispuesta a tener compasión con un fantasma que solo quería permanecer vivo en la mente y en el corazón de un hombre. Pero, Rolf, ¿por qué omitió lo de su parecido? ¿Lo habría hecho por miedo, o a propósito? Cuando le hacía el amor, ¿se lo hacía a ella o a Hela? ¿Cómo lo enfrentaría ahora?

Eran tantas las preguntas sin respuesta, que por un momento pensó en no regresar a Noruega, pero no podía hacerse eso a ella misma, tenía que averiguar la verdad de boca del mismo Rolf.

Pensó que, de ahora en adelante, cuando se mirara en un espejo, no sabría si era ella o Hela en el reflejo.

Después de una hora, se cansó y se volvió a meter a la cama. Muy en contra de su voluntad volvió a dormirse, pero esta vez su sueño no contó con la aparición del fantasma de Hela.

Por la mañana no pudo pensar en otra cosa que en su regreso a Forsand. No desayunó ocupada en conseguir boleto para viajar lo más pronto posible, ese mismo día, pero para su mala suerte no había ningún vuelo disponible hasta dos días después. Rolf la había llamado varias veces, sin embargo, ella se había rehusado a responder, pues no sabía qué le iba a decir. Temía que la verdad saldría atropelladamente de su boca y que no fuera capaz de llegar a la verdad con la cabeza fría. Sentía que le debía la oportunidad de declararle la verdad sin presiones.

Después de terminar de reservar vuelo a Noruega, dejó el portátil de Peter a un lado, y obedeciendo al sonido de su estómago se dirigió a la cocina. Linda lavaba los trastes cuando ella llegó, y aún flotaba el aroma a tocino en el aire.

—Siento ser una molestia, Linda, pero tengo ha...

Brenda no alcanzó a terminar la frase porque cayó desvanecida sobre las baldosas blanco y negro de la cocina de Linda.

—¡Brenda!

Brenda no respondió.

Linda alarmada, soltó el plato que tenía en las manos dentro del fregadero, y saltó hacia el cuerpo inerte de Brenda.

—¡Peter, es Brenda! ¡Peter!

XXXI

Peter, quien ya estaba abriendo la puerta para marcharse al trabajo, regresó a toda prisa, alarmado por los gritos de Linda.

—¿Qué le ocurrió?

—¡Llama a una ambulancia!

Peter marcó el número de urgencias y le respondieron que a la brevedad estarían en el domicilio.

Mientras tanto que ellos se afanaban en conseguir ayuda, Brenda despertó. Miró extrañada el corre, corre, de Peter y Linda, y sonrió, ¡estaban bien locos!

—¿Qué sucede? ¿A qué se debe tanto alboroto?

—¡Cómo que alboroto! —La regaña Peter.

—Te desmayaste, querida —le informó Linda con suavidad.

Brenda intentó incorporarse.

—¡No te levantes, ya viene la ambulancia!

—¿Para qué ambulancia? Exageran, me siento bien.

Brenda insistió en su intento de incorporarse, pero un súbito mareo la tiró de nuevo al piso.

—Todo me da vueltas —se quejó.

—¿Ves? Quédate tranquila que ellos ya llegan, cielo.

Mientras tanto, Peter se daba vueltas alrededor, imprecando porque la ambulancia estaba tardando demasiado.

—¡Peter, apenas han pasado cinco minutos, por favor tranquilízate que pones nerviosa a Brenda!

—Tienes razón, amor —repuso él a su esposa, deteniéndose junto a ellas.

Cinco minutos después llegó la ambulancia, provista de dos paramédicos.

—¿No viene un médico con ustedes?

—Señor, el personal se desplaza de acuerdo a la emergencia, y este domicilio reportó un desmayo.

—Quiero un médico, mi hermana estuvo clínicamente muerta por

veinte minutos hace unos meses, así que por favor no le reste importancia a su desmayo.

Brenda miró sorprendida a su hermano: quizás la muerte de su bebé lo había vuelto más aprehensivo que antes, pero su preocupación era claramente exorbitante.

—No se preocupe, la llevaremos al hospital, para hacerle unos estudios. Su presión está muy alta y hay que ver a qué se debe.

—¿A cuál la llevarán?

—Al York, pero uno de ustedes puede ir con ella en la ambulancia.

—Yo —dijo inmediatamente Linda—. Tú nos sigues en auto, querido.

—Yo debería ir con ella.

—Ya te lo dije, Peter, tú solamente la pones más nerviosa.

Brenda, se sintió cargada como un bulto cuando la subieron a la ambulancia, ni la dulzura de Linda logró mitigar la rabia que sentía hacia la pareja por tamaña exageración.

Por su parte, Peter, le marcó a Rolf y le informó de la situación pensando en que era lo mejor que podía hacer en este caso, sin imaginar que su hermana era a la última perdona que quería ver en estos momentos. Finalmente, Rolf, le dijo a Peter que al día siguiente volaría a Inglaterra para reunirse con Brenda, y que si tardaba la retuvieran hasta que él llegara. Con esta respuesta, Peter se quedó más tranquilo: Rolf sí cuidaba a su hermana y eso lo convertía en un buen hombre para ella, tan diferente al pelmazo de Jack...

Al parecer, enterarse del suceso que había acaecido con Brenda meses atrás, puso en marcha todo el aparataje asistencial en la sala de urgencias, y pronto estuvo conectada a máquinas para medir su presión sanguínea, ritmo cardíaco, respiración, y otras cosas que no supo descifrar. Al mismo tiempo que esto sucedía, una jeringa agujereaba su brazo con la intención de obtener su sangre para llenar varios frascos pequeños. Ella no sabía si estar feliz o asombrada por tanta devoción, pero de lo que estaba segura era de que en cuanto pudiera apretaría el cuello de su hermano.

Después pasaron a Brenda a una habitación, señal de que pensaban dejarla internada en el hospital.

—¿Me puede decir qué ocurre? —le preguntó a la enfermera cuando fue a tomarle la temperatura y a chequear su presión.

—El doctor ha decidido ingresarla para tenerla en observación.

—¿Sería tan amable de decirle a ese doctor que venga?

La enfermera salió en silencio de la habitación y a los pocos minutos regresó con un hombre moreno, muy alto y extremadamente guapo, observó Brenda muy a su pesar.

—¿Hasta cuándo me piensa retener aquí, doctor?

—Buenas noches, soy Russell Wallace.

¿A qué viene tanta presentación? Se preguntó Brenda, intrigada.

—Bueno, usted ya sabe quién soy, ¿no? Mi nombre debe aparecer en mi ficha.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué estaba siendo tan grosera?

—Sí, su nombre es Brenda Harrington, y es la dama que estuvo clínicamente muerta por veinte minutos.

—Exacto, pero ahora me encuentro bien, y con deseos de irme a casa. Tengo vuelo para mañana.

—¿A dónde se marcha?

—A Forsand, Noruega. Allá vivo y allá me atiendo.

—¿Y quién la atiende allá?

—Assa Nikelssen.

—¿Assa? ¿Assa Nikelssen, dijo?

—Sí, ¿por qué?

—La conozco. Trabajamos juntos un par de años en Oslo, y claro, supe que se casó con un psiquiatra de Forsand. ¡Qué chico es el mundo!

Brenda se sintió como una tonta, más no cejó en su empeño de marcharse pronto de ese hospital.

—Si conoce a Assa, ya sabe que estaré bien cuidada.

—Assa no me perdonaría si la dejo ir así sin más.

—¿Todo por un desmayo que sufrí por no desayunar?

—En tu presente estado no te conviene pasarte sin tomar alimentos.

¿Y esa confianza para tratarla de tú?

—Mi estado es muy bueno.

—Estás embarazada.

Brenda quedó en shock.

—Pero cómo, si aún tengo mi periodo mensual.

—A veces ocurre, pero pronto se suspenderá.

Brenda no lograba procesar la información: ¡embarazada de Rolf!

Luego las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y no hizo nada para detenerlas.

—¿No estás feliz? ¿No es un buen momento?

—No es eso, es que pensé que yo nunca...

—Los milagros existen —sentenció Russell—. Cómo veo que se encuentra bien y que mañana también debo tomar un avión, te dejaré marchar, siempre y cuando me prometas que te tomarás las vitaminas que te prescribiré y que en cuanto llegues a Forsand irás con Assa para que controle tu embarazo.

—Te lo prometo.

Luego él le guiñó un ojo a modo de despedida y abandonó la habitación.

XXXII

—Me voy directo a la cama —informó ella en cuanto llegaron a la casa—. Mañana debo tomar un vuelo y no quiero estar cansada.

—¿No tienes hambre? —preguntó Linda preocupada.

—Con todo el suero que me pusieron en el hospital tengo alimento para varios días —repuso Brenda, mirando a su hermano con mala cara.

—¿Todavía estás enojada conmigo? —quiso saber él.

—Todavía. No era necesario quedarme casi todo el día internada solo por un simple desmayo.

—¿Cómo iba yo a suponer que tu desmayo no estaba relacionado con aquello!

—Pues no lo estaba.

—Ahora lo sé, discúlpame.

—Lo pensaré.

—Brenda...

—¿Qué?

—No viajes, Rolf viene para acá.

—¿Qué dices?

—Lo llamé en la mañana y dijo que se venía mañana mismo.

Brenda se dio la media vuelta y comenzó a subir las escaleras, pero cuando llegaba a la planta superior lo pensó mejor y se devolvió. Peter la contemplaba desde abajo, y Linda, comprendiendo lo que se venía se fue a la cocina a preparar café: los hermanos no solían discutir, pero cuando lo hacían, lo hacían en grande.

—Peter —comenzó ella, y se puso las manos en jarra—, por favor llama a Rolf y dile que no venga.

—¿Por qué? No entiendo.

—No hay nada que entender, simplemente no quiero verlo aún. Es más, voy a cancelar el vuelo de mañana.

—¿Te hizo algo y no me has contado?

—No, Peter, estoy confundida. No quiero verlo ni hablarle por ahora.

—¿Me contarás de qué se trata?

—Tal vez después.

—¡Pero estás embarazada, Brenda!

—No se lo digas.

—Tiene derecho a saberlo.

—No todavía. Por favor, haz lo que te digo.

Brenda se volvió para subir la escalera nuevamente, pero esta vez se fue directo a la habitación, y no salió de allí hasta el día siguiente.

Al otro día se fue directo a la cocina esperando que su hermano y su cuñada se encontraran allí. Por suerte era temprano y Peter aún estaba sentado a la mesa tomando su desayuno.

—Buenos días, hermanita —saludó él afable y le ofreció una silla para que se sentara. Había pensado cambiar de estrategia para que así ella pudiera confiar más en él.

—Buenos días, creo que aún tengo los ojos pegados.

—Te voy a servir desayuno —ofreció Linda de inmediato—, solo dime qué quieres.

—¡Por favor, solo estoy embarazada, no enferma!

—Está bien, pero no harás nada sin haber comido antes, no quiero que te caigas en mi cocina otra vez. Además, queremos cuidarte, no te resistas.

Brenda recordó la reciente pérdida de Linda, y por supuesto que estaría preocupada de que a ella no le sucediera lo mismo.

—Gracias, Linda. Dejaré que me cuides y me consientas. Te quiero mucho.

A Linda se le cayeron unos lagrimones, los cuales limpió rápidamente para no llamar la atención.

—Peter, ¿hablaste con Rolf a tiempo?

—Sí, no vendrá, y mira lo que son las cosas, no insistió mucho porque justamente estos días tiene unas reuniones importantes por lo de su clínica. Eso sí está extrañado porque no lo has llamado... Por favor, cuéntanos que ocurre. No sabemos si debemos preocuparnos o no.

—La otra noche soñé con ella, o ella me buscó. No sé cómo decirlo.

—¿Ella?

—La mujer del fiordo.

Peter miró a Brenda con escepticismo.

—¿Ves? Por eso no puedo contarte.

—Disculpa, sigue por favor.

—Escucha. Rolf y yo hemos tenido estos sueños. Por la mañana hemos encontrado el piso o la cama con charcos de agua y restos de algas, ¿me puedes explicar eso?

Peter negó con la cabeza.

—Poco antes de venir, por accidente encontré el diario de su difunta esposa. Ella me insinuó que allí encontraré las respuestas.

—¿Y qué tiene que ver la mujer del fiordo con la esposa de Rolf?

—Son la misma persona. Al principio ella me decía que me quedara con él, que le pidiera que la perdonara por lo que ella le hizo, pero yo no sabía a quién se refería.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Atando cabos, y porque la última vez le exigí verla. Ella siempre estaba oculta en las sombras, pero esta vez se ubicó bajo los rayos de sol que penetraban a través del agua...

Linda hizo un gesto de escalofríos y se abrazó a sí misma.

—Es idéntica a mí. Fue como verme en un espejo.

Peter soltó el panecillo que tenía en la mano.

—¿Entiendes ahora? Estoy llena de dudas. No sé cómo enfrentar a Rolf. Sé que no podré quedarme callada, y si de verdad me ama, lo estropearé todo.

—¿Dudas de su amor?

—Ella dijo que él me tendría a mí para no olvidarla a ella.

—¡Perra! —exclamó Linda.

—¿Leíste el diario?

—No, Peter, no quiero hacerlo.

—¿No sería mejor si le preguntas al mismo Rolf si el parecido es verdadero?

—Tengo miedo a que me diga que sí, no sabría qué hacer. Es por eso que no puedo irme aún, necesito pensar.

—A mí esto me parece de película de terror, Peter, pero Brenda tiene razón: tiene que encontrar la forma de averiguar si él la ama a ella o al recuerdo de la difunta que ve en ella.

Peter y Linda la tomaron cada uno de una mano, y se la apretaron amorosamente para infundirle apoyo. Esta vez fue el turno de Brenda de derramar lágrimas.

—Russell dijo que me iba a prescribir vitaminas, pero no me dio la receta.

—¿Russell?

—El médico, Peter.

—¡Ah! Me la entregó a mí. Ahora que salga te las compraré.

—¿Me disculpan? Quisiera ir a la cama, no sé por qué me siento tan cansada.

—Es tu estado —dijo Linda.

—Y a mi edad.

¿Qué tiene tu edad?

—Pronto tendré cuarenta.

—No te preocupes, las vitaminas te ayudaran.

—Los quiero —declaró nuevamente antes de salir de la cocina.

—Nosotros a ti también —repuso Peter.

—Creo que debo hablar con Rolf. Aclarar este asunto.

—No te metas, Peter, o Brenda no te lo perdonará. Deja que ella lo resuelva.

—¿Linda, no me gusta que Brenda esté envuelta en estos sucesos tan extraños! De verdad parece película de horror.

—Te lo dije.

—Quizás ella no debería estar con él. Quizás él no es dueño de su propia vida. Quizás ella siempre va a estar entre ellos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te imaginas si la difunta no los deja vivir en paz, y ser felices?

XXXIII

Era casi media noche cuando el teléfono de Brenda sonó rompiendo el silencio y ella, que dormía plácidamente, despertó sin ganas de querer hacerlo.

Con mano insegura tomó el aparato y con ojos abiertos a medias se fijó en el emisor: era Rolf.

—¿Hola?

—¡Brenda!

—¿Estás de trasnoche que me llamas a esta hora?

—No son tantas horas de diferencia... No he sabido nada de ti, al menos no por tu propia boca.

A ella no le gustó el reproche.

—Comprenderás que no estaba en condiciones de llamar.

—¿Y por qué no lo hiciste después?

—Estaba muy cansada, pensaba hacerlo por la mañana, pero te adelantaste.

—Lo siento —repuso él, con voz que sonaba a verdadero arrepentimiento—. No debí ser tan brusco... Te escucho diferente.

—No se trata de eso, Rolf —mintió ella—, estoy cansada, imagina que me tuvieron casi todo el día en el hospital por un simple desvanecimiento, ya que a Peter se le ocurrió contar mi experiencia en el fiordo. —A Brenda le pareció que Rolf sonreía al otro lado de la línea.

—¿Cuándo regresas?

—Dentro de una semana, espero. Aún me quedan detalles que arreglar respecto a la casa —continuó mintiendo—, ya que por acuerdo de divorcio yo me quedaré con ella.

—Pensé que no querías nada de allá.

—Sí, pero cambié de opinión. Esa casa tiene todo de mí.

—¿Recuerdos felices?

—Ingratos también, pero no me refería a eso. Cuando la conozcas me entenderás. —¿Lo estaba invitando?

—Está bien, no te preocupes, eres dueña de hacer lo que desees con

tus posesiones.

Brenda ahogó un bostezo.

—No voy a interrumpir más tu sueño, solo espero verte pronto.

—Está bien, adiós.

—Brenda.

—¿Sí?

—Te amo.

Ella no respondió, solo cortó.

Rolf miró el móvil, inquieto. Algo le pasaba a Brenda, ella no era así. Era la primera vez que la percibía insegura. No parecía la misma mujer que era capaz de decirle a la cara lo que le parecía bien o no. Dentro de sí se le había instalado la idea de que ella algo le ocultaba, pero, ¿qué? Querría ir a verla de inmediato y aclarar las cosas, pero la conocía lo suficiente como para saber que no daría resultado. Tendría que armarse de paciencia y esperar su regreso, y rogarle a Dios; a Odín; o a quien fuera, que ella continuara amándolo.

No soportaría otra pérdida, porque si era sincero con él mismo, amaba a Brenda más de lo que amó a Hela.

Apenas durmió en lo que restaba de noche, y cuando recordó que al día siguiente tenía una cena en casa de los Nikelssen, porque Assa quería presentarle a un médico inglés, se cubrió la cabeza con la almohada: para lo último que estaba era para reuniones sociales. Assa y Erik se habían portado muy bien con Brenda, así que, aunque lo deseara, no podía hacerles un desaire.

Las primeras nieves ya habían comenzado a caer, y esa noche, A Rolf le tocó salir pisando un fino manto blanco para dirigirse a la casa de los Nikelssen. Como no sabía qué llevar, tomó lo que siempre tenía a mano: una botella de vino ligero que quedaría muy bien en el aperitivo.

Assa le abrió la puerta en cuanto vio prenderse la luz del jardín. La nieve ligera que caía, venía posada en los hombros y cabello de Rolf.

—¿Viniste caminando?

—Claro, si no es tan lejos. Además, una caminata bajo el frío es revitalizante —repuso él, al tiempo que le entregaba la botella de vino.

—¿Tú crees?

—Sí.

—¡Erik, llegó Rolf! —gritó ella mientras le ayudaba a quitarse la gruesa chaqueta—, está metido en la cocina con Russell. No tengo idea de qué es lo que hacen.

Rolf solo asintió.

—¿Y las niñas?

—En su cuarto, seguramente en alguna conferencia virtual con sus amigas.

—¿No vigilas lo que hacen?

—Erik no lo cree necesario. Le basta con mostrarles de forma no muy suave lo que podría ocurrir si chatean con desconocidos.

—¿Y da resultado?

—Hasta ahora sí.

Justo cuando cruzaban el umbral de la sala, apareció Erik junto al desconocido, trayendo unas tablas en la mano.

—¡Qué bien que llegaste, Rolf! —saludó Erik con su calidez de siempre—. Mientras está lista la carne podemos picotear algo para matar el hambre.

Rolf miró al amigo de Assa: era un hombre alto, como diez centímetros más que él, y de tez oscura por no decir negro.

—Rolf, él es Russell Wallace. Acaba de llegar de York, y lo primero que hizo fue venir a visitar a su antigua compañera de trabajo. Son muy amigos, pero yo ya se lo arrebaté.

¿York?

—Mucho gusto —saludó Russell, estirando la mano a Rolf—, así que usted es la pareja de la mujer que se ahogó en el fiordo— añadió sin ningún tino.

—¿Le parece interesante? —respondió a su vez Rolf, visiblemente molesto.

Assa y Erik, que ya conocían el carácter huraño de Rolf, no supieron cómo intervenir para aliviar el ambiente que a cada segundo parecía volverse más denso y tuvieron que conformarse con quedarse de simples espectadores.

—¡Oh, cielo santo! Por favor disculpe, la mayoría de las veces mi filtro no funciona. Déjeme que lo felicite para que pasemos este mal momento.

—¿Y por qué sería? —inquirió Rolf sin ceder al encanto del otro hombre.

—Por su próxima paternidad, pues.

El rostro de Rolf se tornó pálido.

—No me diga que no lo sabía. Siento haber arruinado la sorpresa. Solo quería que supiera que no hay nada de qué preocuparse. No le hicimos ultrasonido a Brenda, pero ella es una mujer sana. Le recomendé unas vitaminas y que viera pronto al ginecólogo.

En ese momento, Assa supo que la cena se había arruinado. Vio a Rolf darse la media vuelta para dirigirse al recibidor, ponerse la chaqueta y salir a la noche helada, sin poder hacer nada para impedirlo: estaba furioso y con justa razón. Rolf era un gran profesional y lo estimaba, a Brenda le había cogido cariño y le deseaba lo mejor. Juntos hacían una hermosa pareja, y le dolería verlos distanciados. Algo estaba pasando, pero ¿cómo saber de qué se trataba, para ayudarlos?

XXXIV

Rolf sentía las piernas pesadas mientras se encaminaba hacia su casa. El dolor que lo embargaba era tan grande que parecía que el pecho le iba a estallar: ¡un hijo y él no había estado con ella para disfrutar el momento!

Ahora no le cabía ninguna duda de que algo le estaba ocultando Brenda, y moría de ansiedad por saber de qué se trataba.

Quizás su primera reacción fue la de salir disparado hacia Inglaterra para solucionar las cosas ya mismo, sin embargo, la furia fue más fuerte y desechó la idea inmediatamente. Intentaría esperar con paciencia a que ella viniera y se explicara, pero no sabía si su relación volvería a ser la misma.

Cuando llegó a casa, en vez de entrar, se fue directo hasta el borde del fiordo. Ahora el montículo estaba nevado y el agua mostraba los primeros signos de que pronto estaría cubierta con una capa de nieve, la cual sería rota por los barcos de los turistas que visitaban la ciudad también en invierno.

Habían pasado cuatro días con sus noches desde que Brenda habló con Rolf a través de la línea telefónica, pero ya no daba más de ansiedad. A pesar de que el diario de Hela le quemaba las manos cada vez que lo cogía, aún no se atrevía a violar la intimidad de la mujer muerta. Claro que, aunque lo leyera, en él no encontraría la respuesta que buscaba, esa solo estaba en boca de Rolf. Por lo que después de aburrirse de parecer un león enjaulado decidió regresar a Noruega.

—¿Estás segura de marcharte? —le preguntó Linda, con la preocupación reflejada en sus ojos.

—Sí, Linda. Ya dilaté mucho el asunto.

—Pero, esa mujer...

—No te preocupes, yo no tengo miedo... Ya compré el boleto. Será mejor que me marche antes de que Peter vuelva del trabajo. Tú me entiendes, ¿verdad?

—¿Me dejas llevarte al aeropuerto?

—Prefiero que no, Linda. El taxi que pedí debe estar por llegar.

En ese preciso momento se escuchó una bocina en el exterior.

Sin decir más, Brenda abrazó a Linda y se marchó.

Rolf estaba arreglando una maleta pequeña para viajar, puesto que había decidido esa misma mañana que cinco días de espera ya habían sido suficientes. No había comprado el boleto de avión, pero si no encontraba un vuelo directo, no le importaba tener que rodear todo el globo con tal de llegar a Brenda.

Le estaba dando algo de trabajo acomodar la ropa interior, y por un momento pensó que quizás esa maleta de cabina era demasiado pequeña, y mientras sopesaba la idea de cambiarla por una más grande, le llegó el ruido de la puerta de calle al abrirse.

Rolf bajó a prisa la escalera pensando en que sería Brenda. Y no se equivocó, allí estaba ella enfundada en un elegante abrigo de color marrón, que la hacía ver muy diferente a la sencilla Brenda a la que estaba acostumbrado.

—Hola —saludó él, sin atreverse a acortar los pasos que los separaban.

—Hola —respondió ella en el mismo tono, dubitativo.

—¿Estamos bien? —quiso saber Rolf. La ansiedad lo consumía.

—No sé. Tú dímelo.

—No te entiendo.

—He pensado en las mil formas de hacer esta pregunta sin que suene tan humillante para mí, pero creo que hay una sola: la directa.

Brenda avanzó hacia la sala, desabrochándose el abrigo, y esquivando a Rolf para no tener que rozarlo.

—Pregunta.

Rolf le temía a la pregunta aún no formulada, pero no sabía por qué, solo que de la respuesta que saliera de su boca, dependería su futuro.

—¿Me amas a mí, o solo me quieres porque soy idéntica a tu difunta esposa? Es decir, ¿solo por eso me salvaste?

Rolf se quedó de piedra, nunca imaginó que esa era la interrogante, y por ende no supo qué responder.

—¿Guardas silencio? Entonces estoy en lo cierto.

—¿Quién te dijo eso?

—Ella misma. La pude ver la primera noche que dormí en casa de mi hermano... Fue como verme en un espejo...

Las lágrimas comenzaron a humedecer los ojos de Brenda y Rolf

intentó acercarse, pero ella no se lo permitió.

—Yo te amo, por favor cree en mí.

—Además dijo que, teniéndome a mí, nunca la olvidarías a ella. Sus palabras precisas fueron: *Teniéndote a ti nunca me olvidará*. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Eh, Rolf? ¿Por qué?

—Déjame que te explique.

—Necesito corroborarlo para entender que no estoy loca. Muéstrame sus fotos...

—No tengo —mintió él.

—No te creo. Haré algo que nunca hice, pero que ahora es necesario.

Brenda subió a toda prisa la escalera, y entró al cuarto que ambos compartían. Mientras tanto, Rolf, a lo único que atinó fue a sentarse en un sofá y tomarse la cabeza con ambas manos: todo estaba perdido.

Él escuchaba como su fin se acercaba, cada vez que Brenda abría y cerraba cajones y puertas, Ella se había demostrado siempre muy respetuosa de su espacio personal, y jamás había intentado revisar cosas que no fueran de ambos, de su nueva vida juntos. Más, ahora todo era diferente y no la podía culpar.

Con cada cajón que registraba, crecía más la furia de Brenda. La enojaba no encontrar la evidencia que condenaría o salvaría definitivamente a Rolf. Quizás todavía podía albergar la esperanza de que el rostro que había visto bajo el agua solo era el suyo propio y no el de la mujer fallecida hacía quince años atrás.

Cansada se sentó en la cama. Al parecer ya había registrado todo sin encontrar nada: verdaderamente Rolf no tenía recuerdos tal como dijo. Antes de rendirse definitivamente, paseó la vista una última vez por la habitación, y en efecto, como atraídos por un imán sus ojos se detuvieron en el único lugar que pasó por alto creyendo que allí no habría nada de importancia: la parte alta del armario.

A simple vista solo se veían un par de mantas dobladas, ¿pero, y sí?

Empinándose, y estirando su brazo para alcanzar las mantas, Brenda logró sacarlas a tirones del armario. Su sorpresa fue enorme cuando al tirar la segunda, casi le cae en la cara una caja de cartón, esta se abrió por el golpe y su contenido quedó regado por el piso: había encontrado el tesoro de Rolf.

No necesitó que le dijeran de qué se trataba, muchos reflejos de ella la observaban desde el piso flotante color nogal.

XXXV

Rolf la encontró sentada en el piso, rodeada de las fotografías de Hela. Su rostro estaba pálido y bañado en lágrimas: Brenda lloraba en silencio.

—Me mentiste —lo acusó, sin mirarlo a la cara—. Me mentiste dos veces.

Él trató de abrazarla. Necesitaba demostrarle que él estaba allí por ella, y que esos eran tan solo recuerdos, pero ella lo rechazó violentamente.

—No supe cómo decírtelo.

—Hablando con la verdad, solo así.

—No podía llegar y decirte: *estoy interesado en ti porque te pareces a mi difunta esposa*.

—¿Y no fue así?

—¡No! Es decir, sí, pero eso fue antes de conocerte. La primera vez que te apareciste en mi patio y pusiste tus manos sobre mí, me conquistaste para siempre. Me apasioné por ti. No es el reflejo de ella lo que me ha mantenido cautivo, sino tú misma. Eres tan diferente, segura de ti misma. No tienes miedo a nada... No quiero perderte, no quiero que salgas de mi vida... Nunca.

—Te repito que Hela dijo que, teniéndome a mí, ella estaría siempre contigo, porque nunca la ibas a olvidar.

—¿Qué sabe ella! Brenda, por favor, escúchame.

—Por ahora no —repuso ella, poniéndose de pie—. Me marcho, tengo que pensar.

Él la vio traspasar la puerta, y sintió como su corazón se hacía trizas.

—Te llevarás a mi hijo contigo.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó ella sin volverse.

—Ese médico amigo de Assa.

—¿Russell?

—Sí.

—Siempre será tu hijo, pero ahora necesito estar sola, pensar.

—Te estaré esperando, y si tardas demasiado, iré por ti.

—No lo hagas.

Rolf no tuvo más remedio que dejarla partir. Solo pensaba esperar un tiempo a que las aguas se calmaran, e ir a buscarla a York. Se quedaría cerca suyo hasta que lograra convencerla de la veracidad de su amor.

Contra todo pronóstico, Brenda no se fue a Inglaterra, sino a Oslo. De pronto recordó la nota de Charlotte Raffey, en la que la instaba a buscarla si tenía algún problema.

Cuando llegó a Oslo ya era de noche, por lo que se quedó en un hotel. A esa hora las tiendas ya estaban cerradas y no sabía dónde vivía la joven. Al día siguiente la buscaría y vería si aún seguía en pie su ofrecimiento de ayuda, aunque aún no sabía de qué forma Charlotte podía prestarle auxilio.

El hotel no era muy grande, tenía más la apariencia de un hostel de familia. Desde la recepción se podía ver perfectamente el bar, y dio la casualidad que al observarlo por accidente casi, vio una espalda que le pareció familiar. No supo cómo, pero lo supo: nada menos que Russell Wallas se encontraba en la barra sentado junto a otro hombre. Luego de recibir la llave, Brenda caminó con resolución hasta el bar y se paró detrás del hombre.

—No tenía por qué decírselo, no era su asunto.

Russell dejó la copa sobre la barra con lentitud y e hizo girar el piso con su cuerpo.

—Buenas noches, Brenda.

—Buenas noches.

Él se bajó, y se la quedó viendo desde su metro noventa y cinco. Si pretendió intimidarla, no lo consiguió. Brenda, mucho más baja que él, lo miró con los ojos chispeantes de furia.

—*Kryss meg, Marcus? Brenda er en York bekjent, og jeg tror jeg burde ha noen ord med henne* —se excusó Russell, con el otro hombre.

—*Ikke bekymre deg, vær rolig.*

—¿Por qué se lo dijo a Rolf?

—¿Decirle que?

Russell había invitado a Brenda a que se sentara con él en una de las mesas, y ella lo había hecho muy a regañadientes.

—Lo de mi embarazo, creo que era una noticia que me tocaba informar por mí misma.

—Me disculpo por eso, pensé que él ya estaba enterado, pero me equivoqué.

—Lo siento mucho, Brenda. No fue mi intención causar algún problema entre ustedes.

Brenda lo miró con atención. Él parecía sincero. Quería estar furiosa con él, pero algo tenía ese hombre que la relajaba, quizás su mirada serena, o su voz calmada, pero la verdad era que tenía el don de apaciguarla.

—Lo que sucede no es su culpa tampoco.

—Pensé que ya nos tratábamos de tú.

—Lo olvidé.

—¿Me quieres contar?

—Descubrí que soy igual a su esposa muerta hace diez años atrás. Quiero decir físicamente.

—¿La mujer de quién, del noruego?

—Sí.

—¿Y cómo lo sabes? —Russell la miró con escepticismo.

—La vi en el fondo del fiordo, en un sueño... Sí, ya sé que no crees, y yo tampoco lo haría si no me hubiera sucedido.

—Erik me estuvo contando...

—Pero, aun así, no crees.

—La verdad es que me cuesta hacerlo.

Brenda, como un gesto de alivianar su mente y su corazón se lanzó a contarle los hechos tal cual los había vivido. Russell la escuchaba con atención y de vez en cuando gestos de asombro se reflejaban en su rostro. Cuando Brenda terminó su relato, él se quedó en silencio por un momento demasiado largo.

—La verdad es que no sé qué decir. Es tan, tan...

—¿Increíble?

—Sí, exacto, increíble. Pero dime, ¿cómo comprobaste que eres igual a la difunta?

—Porque en cuanto llegué a casa, comencé a buscar entre las cosas de Rolf.

De pronto una sombra de tristeza oscureció los ojos de Brenda, Russell no soportó verla así y estiró su mano por encima de la mesa para tomar la suya. Ella reaccionó, y la quitó casi con violencia.

—Disculpa, solo quería reconfortarte.

—Eso no fue lo que pareció.

—Tienes razón, Brenda. Me gustas.

Esa fue la escueta declaración que dejó a Brenda asombrada,

mirándolo de hito en hito.

—Amo a Rolf.

—Pero dices que no están bien, y lo abandonaste.

—¡No lo abandoné! Solo vine a pensar.

—Te pido perdón otra vez. No fue mi intención propasarme.

Brenda se puso de pie, ya no quería seguir contándole sus problemas a ese hombre, pues de alguna forma la inquietaba. Seguramente los pasados pasados acontecimientos le daban un aspecto de vulnerabilidad que en realidad no creía sentir.

—¿Ya te marchas?

—Estoy cansada. Lo mejor es que me retire a la habitación.

—¿Te hospedas aquí?

—Solo por esta noche. —¿Por qué tenía que entregar tanta información?

—Otra coincidencia, yo también me hospedo aquí, mientras encuentro un departamento. El que me asignaron en el hospital no me gustó, así que me toca buscar por mi cuenta... Se me ocurre que mientras estás aquí, podrías ayudarme a buscar.

—¿Yo?

—Si no puede haber nada entre nosotros, al menos podemos ser amigos, ¿no?

—Eso sí me agradaría.

—Perfecto. Te daré mi número y cuando tengas tiempo me llamas. Yo tengo toda esta semana libre así que podemos utilizarla.

—Podemos invitar a Charlotte, ella vive hace años en Oslo y conoce mejor el ambiente.

—Ya viví hace años en Oslo.

—Te felicito, yo aún no comienzo a estudiar.

—¿Y será necesario?

—¡Por supuesto que sí! En este país está mi hogar ahora.

—Estoy en la habitación doscientos veinte por si me necesitas. Yo...

—Espero que no —repuso Brenda con rapidez, dejándolo con la palabra en la boca.

XXXVI

Mientras subía al segundo piso, Brenda miró la llave de su habitación: era la doscientos diecisiete, a solo tres puertas de Russell. Si se hubiera fijado antes se habría devuelto a la recepción para que se la cambiaran, en fin, era solo una noche y no representaría problemas ya que no tendría la oportunidad de ver a Russell de nuevo.

Diez minutos después, Russell también subió a su habitación, y se preguntaba por qué no había acompañado a Brenda para averiguar en qué número se estaba quedando. Pero no, habría sido mucho descaro de su parte, o peor, habría parecido acoso.

No sabía qué le estaba sucediendo con Brenda, pero desde que había visto por primera vez esos ojos grandes de cervatillo asustado, había quedado hechizado. Quizás Brenda fuera descendiente de alguna bruja celta y andaba hechizando a todos los hombres a su paso, porque de seguro al noruego le había pasado lo mismo, y eso ignorando que ella se pareciera a la muerta, cosa que dudaba. Russell no lograba entender cómo el idiota del esposo la había cambiado por una chica sin valor, porque eso era lo que hacían los de su tipo: reemplazaban a una mujer valiosa, por alguna chica sin cerebro.

Cuando entró a la habitación, se quitó el abrigo y lo tiró sobre una silla, la bufanda y los guantes que llevaba en la mano, siguieron el mismo rumbo. Luego se sentó al borde de la cama y se quitó los zapatos. El ambiente estaba agradable gracias a la calefacción, así que dejó que su cuerpo cayera hacia atrás en la cama, y en menos de tres minutos se quedó dormido.

Después de cumplir con la rutina diaria de todas las noches, Brenda se metió a la cama e intentó dormir, pero el sueño tardaba en llegar. Encendió el televisor, más, no pudo sintonizar ningún programa que estuviera en inglés o al menos con subtítulos. De pronto se le ocurrió una idea, algo que venía posponiendo desde hacía un tiempo: leer el diario de Hela. Se levantó de la cama y abrió su maleta, en el fondo estaba la caja que guardaba el secreto en su interior, lo tomó casi con reverencia y se volvió a refugiar bajo las mantas.

Casi con miedo, Brenda extrajo el diario de la caja y lo abrió. Ya no

había vuelta atrás, ahora que se decidía tenía que hacerlo. Los dedos le temblaban cuando pasó la primera página:

20 de abril de 2007

No sé si es la llegada del sol, pero me siento bastante bien, o quizás será debido al hombre que conocí cuando salía de la oficina de Rolf. Dijo que era representante de un laboratorio alemán y había venido a ofrecer un nuevo fármaco. Estuvimos charlando un rato y me regaló unas aspirinas. El hombre se llama Franz M. y es más joven que Rolf... Es muy, muy encantador.

02 de mayo de 2007

Son las diez de la noche y Rolf aún no aparece. Hoy íbamos a cenar juntos, pero a él no le importó. Siempre sus pacientes son más importantes que yo. Sé que hubo un accidente en la hidroeléctrica, pero imagino que habrá más médicos que puedan atenderlos.

Todas las páginas eran similares: Hela se quejaba de la falta de atención de Rolf, y de lo mal que la ponía eso. Se molestaba tanto que cuando él intentaba compensarla de alguna forma, ella no lo permitía y continuaban inmersos en ese círculo vicioso marcado por su mal carácter y depresión. Brenda no pudo evitar sentir lástima por Rolf, ¿qué mujer con sus cinco sentidos hacía berrinches a cada rato porque su esposo estaba trabajando? Y ella lo dejaba claro, él no la engañaba, simplemente era demasiado apasionado por la medicina, con la cual se sentía incapaz de competir. Así continuaron pasando las fechas hasta una de principios de junio, día que estaba decorado con flores al borde de la página.

10 de junio

Las casualidades del destino, hoy me encontré con Franz cuando venía en el ferry de Stavanger.

Yo regresaba de unas compras que había ido a hacer, y no me di cuenta de que veníamos en el mismo ferry, hasta que se acercó y me tocó la espalda.

Me maravilló su sinceridad para ir directo al grano. Dijo que deseaba estar en contacto conmigo porque quería conocerme. Le advertí que estoy casada, pero a él no le importó. Sé que es incorrecto, pero me atrae

mucho la idea de una aventura para ponerle sal a esta vida tan vacía.

Yo quería casarme con un hombre que me llevara a vivir a Oslo, pero mis padres insistieron en que no encontraría mejor partido que Rolf, y aquí estoy viviendo en esta casita que más parece una cabaña, y solo porque a él no le importan las comodidades materiales...

Me cansé de escribir, hasta otro día.

Brenda estaba anonadada, ¿qué clase de mujer era Hela? Todo este tiempo había estado intentando no leer el diario, pensando en que en él encontraría las letras de una mujer sufrida, pero en cambio se encontró con los delirios de una mujer banal que solo pensaba en sí misma.

Con la ira a flor de piel, Brenda siguió pasando páginas, y con solo echarles una mirada comprobó que era más de lo mismo: mención a los interminables coqueteos que comenzó a tener con Franz a través del teléfono. Estuvo a punto de dejar el diario, cuando unos corazones pintados con lo que parecía lápiz labial rojo, le llamaron la atención.

30 de julio

Por fin me atreví, y ha ocurrido. Franz y yo lo hicimos por primera vez, creo que estoy enamorada, y es una sensación maravillosa.

Rolf tuvo que ir a una convención que iba a durar todo el día, a Rogaland, y aproveché de invitar a Franz a casa.

Ha sido una locura, pero una locura excitante.

Jamás pensé que sería capaz de hacer algo así, pero no estoy arrepentida, Franz ha traído luz a mi vida.

Las páginas siguientes continuaban en el mismo tenor: Hela relatando de cómo se las ingeniaba para reunirse con Franz. Sin embargo, en julio sus palabras volvían a ser desesperadas.

30 de agosto

Estoy muy preocupada, mi período no ha venido, ¿qué tal si estoy embarazada? ¿Cómo se lo diré a Rolf si hace tiempo que no lo dejo tocarme?

Compraré un test de farmacia para con firmar mis sospechas.

31 de agosto

Estoy embarazada, y es de Franz. Se lo tengo que decir enseguida, seguro que querrá que me marche con él.

01 de septiembre

Franz no quiere saber nada del niño. Dijo que pedirá un traslado a Suecia o regresará a Alemania, pero solo. No quiere ataduras. ¡Dios mío, qué haré!

05 de septiembre

Hice lo único que podía hacer: tuve relaciones con Rolf.

20 de octubre

Es tan fácil engañar a Rolf a pesar de ser médico. Ya sabe que estoy embarazada.

Está feliz con la idea de ser padre, pero le dije que no le cuente a nadie, ni siquiera a mis padres. No sé por qué, pero no quiero que alguien sepa.

Tampoco sé si quiero tener este niño.

02 de noviembre

Deseo morir.

No quiero continuar con Rolf, pero no se merece este engaño. Cada día que pasa está más entusiasmado.

Franz, ¿por qué me abandonaste?

Pudimos ser tan felices.

15 de diciembre

Ha nevado mucho, y la temperatura parece más baja que nunca. El fiordo se está congelando.

Este es el último día que escribo.

Debería quemar el diario, pero creo que mejor lo ocultaré, quizás algún día él necesite explicaciones.

Nunca seré feliz.

Este mundo no es para mí.

Lo siento por Rolf, él me ama, pero las cosas son como son.

XXXVII

Brenda cerró el diario de golpe, ¡Dios, ¡cómo le diría esto a Rolf! ¿O debería guardar silencio?

A pesar de haber quedado choqueada con el descubrimiento, no tuvo dificultad para dormirse, es más, cuando los ojos se le cerraron, aún sostenía el diario de Hela en sus manos. Sin embargo, ocurrió lo que siempre temía: Hela vino a importunar sus sueños para pedirle explicaciones. Pero esta vez no estaba amparada en las sombras bajo el agua, sino que estaba de pie frente a su cama.

—*¿Por qué lo abandonaste?*

—Eso no te interesa.

—*Te equivocas. Llevas un hijo de él en su vientre, y por eso no puedes abandonarlo.*

—Si tanto te interesa, ¿por qué te suicidaste entonces? Debiste haber seguido adelante con el engaño.

—*Ya lo sabes todo.*

—Sí. Fuiste una cobarde... Y ahora te inmiscuyes en mis asuntos, sin derecho.

—*Recuerda que te devolví a la vida con esa condición.*

—¿Te refieres a que fuera tu suplente, para que Rolf no te olvidara? Si me hubieras especificado las condiciones del contrato no habría aceptado. ¡No quiero ser tu reflejo!

—*El destino ya está escrito, no tienes escapatoria.*

—Eso no lo sabes.

—*Busca dentro de tu corazón. No hagas que me arrepienta del regalo que te di... Debes regresar al fiordo con tu hijo, es muy importante.*

—¿Por qué?

—*Hasta pronto, Brenda, nos volveremos a ver.*

Hela se desvaneció, y Brenda se despertó como siempre que esto sucedía, con el corazón oprimido.

En un primer momento pensó que solo había sido un sueño provocado por la lectura, pero cuando se levantó al baño por un vaso de agua, sus pies

pisaron el charco de agua y algas que había quedado sobre la alfombra.

En ese instante, Brenda perdió todo equilibrio mental y comenzó a gritar como si de ello dependiera su vida.

Ella no supo cuánto tiempo estuvo así, y ni siquiera sintió cuando un par de brazos fuertes la atrajeron hacia un cuerpo fornido para contenerla.

—Calma, ya pasó.

Brenda continuaba sollozando.

—Calma, preciosa, no te dejaré.

Poco a poco el cerebro de Brenda fue saliendo de la nebulosa en la que se encontraba. Los sollozos fueron remitiendo, y el horror dio paso a la tristeza, ¿por cuánto tiempo más tendría que soportar estas visitas?

—¡Ya no aguanto más, me voy a volver loca de verdad! —exclamó sin prestar atención a los curiosos que se habían agolpado en la puerta.

Russell les hizo gestos para que se retiraran, pero la mucama se rehusó porque tenía trabajo que hacer allí.

—Señor, debo limpiar este desastre.

—¿A qué se refiere?

—La alfombra, tendremos que sacarla.

Russell miró por vez primera hacia sus pies, y no pudo dar crédito a lo que veía: estaba parado sobre un gran charco de agua y algas verdosas, de las cuales algunas también colgaban de las mantas del lecho. Él había entrado con tanta celeridad a la habitación de Brenda que ni siquiera se había percatado en dónde posaba sus pies desnudos.

Russell cogió con rapidez todo lo que pensó que Brenda podría necesitar, y salió con ella hacia su propia habitación, ella se dejó conducir sin protestar.

—¿Me quieres contar lo que sucedió allá? —le preguntó cuando la vio más calmada.

—¿Para qué si tú no me crees?

—Sabes lo que pienso, pero eso no pudo haber sido imaginación.

—Fue ella.

Brenda comenzó a mecerse hacia adelante y atrás. Russell se aproximó con un vaso de *whiskey* y se lo entregó.

—¿Puedo beber esto? —preguntó Brenda, tomando conciencia de pronto de su estado.

—Solo un poco.

Brenda bebió un par de sorbos del licor ámbar y le devolvió el vaso a Russell.

—Ella vino a reclamarme que haya dejado solo a Rolf. Dice que mi hijo y yo debemos estar allá. Dijo que el destino ya estaba escrito para mí, y que no debo incumplir la condición que ella me impuso al devolverme la vida.

—¿Devolverte la vida?

—Cuando estuve muerta, voces amables me guiaban hacia un camino del que no retornaría nunca más, pero unas manos me retuvieron, luego oí la voz de una mujer que decía que no había llegado mi momento todavía. Volví a mi cuerpo, luego estuve en coma, y cuando desperté comprendí que esta era una segunda oportunidad para ser feliz y que no debía desaprovecharla. Lo primero que hice fue separarme de Jack, y lo segundo, enamorarme de Rolf. Aunque todo fue muy rápido he sido inmensamente feliz, pero Hela siempre ha estado con entre nosotros.

—Comprendo, él no la olvida.

—No se trata de eso, ella no quiere irse. Primero dijo que necesitaba que Rolf la olvidara, que la perdonara para que ella pudiera descansar al fin, pero ahora...

—¿Ahora qué?

—Ahora dice que yo soy su reflejo, y que, gracias a mí, Rolf no la olvidará nunca.

—Lo ha visitado a él, además de atormentar mis noches.

—¿Todas las noches?

—Solo cuando me alejo de Forsand.

—¿Pensaste en acudir a un sacerdote?

—¡No! Pensarían que estoy loca. Quién me va a creer que una mujer muerta hace diez años me ha elegido para que la sustituya en el corazón de un hombre.

—Cuando lo dices así, suena a locura.

—Siento temor, pienso que es capaz de hacerme algo malo, a mí, o a mi hijo.

—¿Por qué piensas eso?

—¿Qué quieres que piense de una mujer que se suicidó porque el hijo que esperaba no era de Rolf?

Russell se quedó mudo.

—Esta noche leí su diario: ella engañaba a Rolf con el representante de un laboratorio alemán que conoció en la clínica. Estaba aburrída de la vida

que llevaba con Rolf, solo quería pasarlo bien, y él la desatendía por poner el trabajo en primer lugar. Cuando su amante supo que ella estaba embarazada, pidió su traslado a otro país. Hela volvió a caer en depresión y tomó la decisión de morir. Pero todo esto Rolf no lo sabe. Él aún atesora sus recuerdos, sus fotos, aunque dice que me ama.

—¿No deberías ir y decírselo?

—Tengo que pensar. Te dije que mañana buscaría a una amiga.

Mientras hablaban, se habían aproximado mucho el uno al otro, al punto que Russell respiraba sobre el cabello de Brenda, pero ella no sentía la necesidad de alejarse.

—¿Cómo te sientes? ¿Quieres que vaya a ver si ya limpiaron tu habitación? —preguntó el, acariciándole una mejilla con apenas el roce de sus dedos.

—No quiero estar sola. ¿Puedo quedarme contigo?

—Está bien, el sofá para mí y la cama para ti.

—No, quedémonos ambos en la cama, no quiero dormirme. Nunca más quiero volver a dormir.

Russell sabía que era una mala idea, pero por estar cerca de ella accedió.

Ambos se recostaron entre las mantas, y estuvieron charlando un rato de temas vanales para que Brenda intentara olvidar lo sucedido, pero ninguno de los dos se dio cuenta en qué momento se durmió, hasta que...

Cuando Brenda despertó, Russell la tenía abrazada y buscaba sus labios.

XXXVIII

Él mantenía cerrados los ojos como si estuviera durmiendo y sus manos recorrían febriles el cuerpo de ella, pero contra toda reacción normal en una situación como esa, Brenda no hizo nada por apartarse, sino que correspondió al beso.

—¡No! —exclamó Brenda, apartándose de golpe—. Esto no es posible.

—¿Por qué, si ambos lo deseamos? —Russell estaba literalmente en llamas. Tanto así que estaba cubriendo sus partes íntimas con una almohada.

—Lo sé, pero no es correcto, yo estoy con Rolf... Esto fue solo una confusión.

—¡Lo abandonaste!

—No, solo me tomé un tiempo... Y eso no implica involucrarme con otro hombre.

—No pensaba forzarte, si es lo que piensas.

—Será mejor que regrese a mi habitación.

—Está bien, pero no dudes en buscarme si tienes algún problema. Te envié un mensaje hace poco, así que tienes mi número.

—¿Cómo conseguiste el mío? No lo digas: Assa.

—Sí.

Brenda salió de la habitación, y Russell fue a tomar una ducha fría.

—Disculpa por venir a importunar, pero eres la única persona que conozco en Oslo.

—No te preocupes por eso —repuso Charlotte, cogiendo sus manos—, yo te lo ofrecí, ¿recuerdas? Espera, aprovechemos que no anda gente, y subamos a tomar un café.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Charlotte condujo a Brenda hasta la parte alta de la tienda. Le explicó que era conveniente vivir allí, porque era una especie de dos por uno, y además en una excelente ubicación.

Brenda tomó asiento en el sofá de la sala, y esperó con impaciencia el regreso de Charlotte de la cocina.

—¡No sé qué hacer! —exclamó desesperada con el café que Charlotte había puesto en su mano.

—Quizás si me cuentas, te puedo servir de algo.

Y así, por segunda vez en pocas horas, Brenda se escuchó a si misma relatar los hechos acaecidos desde que se ahogara en el fiordo, pero esta vez se atrevió a contar acerca de su fallida segunda luna de miel con Jack. Cuando terminó de hablar, su café aún continuaba entre sus manos, pero sus ojos dejaban caer todas las lágrimas que se había impedido derramar antes.

Charlotte dejó a un lado su taza, y prácticamente se abalanzó sobre ella.

—Mi pobre criaturita, ¡cuánto has sufrido!

A pesar de la tristeza, a Brenda le causó gracia la forma en que Charlotte la trataba. Tenían casi la misma edad, pero Charlotte actuaba como una mujer mayor con mucha experiencia a cuestas.

Charlotte esperó a que Brenda se tranquilizara para exponer su parecer al respecto de lo que le estaba sucediendo.

—Creo que Hela es tu *Doppelgänger*.^[5]

—¿Qué es eso?

—Según las leyendas nórdicas y germánicas, vendría a ser tu doble malvado. Se decía que verlo era augurio de muerte segura. O puede ser una forma de bilocación, es decir, una persona u objeto estaría ubicado en dos lugares diferentes al mismo tiempo.

—Creo que ella y yo tendríamos la misma edad... ¿Tú crees en estas cosas?

—Una de las cosas que motivó venirme a Noruega fue la mitología, y mucha de ella se comparte con la germánica. En realidad, soy aficionada, y por eso te escribí que Freyja bendeciría su unión, pero al parecer me equivoqué: no es una deidad buena la que está detrás de todo esto.

—No sé si creer o no. Me educaron dentro de la fe religiosa en donde lo único que existe es el bien y el mal representados por Dios y el Diablo.

—Quizás, pero si lo piensas el Diablo puede estar dentro de cualquier ser. Todas las creencias, si las estudias a fondo, tienen entidades similares que representan el bien y el mal.

—¿Qué haré, ahora? ¿Cómo me libero de ella?

—Te diría que te vayas al otro extremo del globo, pero no creo que

funcionase. ¿Aún amas a Rolf?

—Sí.

—¿Y lo que estuvo a punto de ocurrir con este otro hombre?

—No fue más que una equivocación producto del estado histérico en el que me encontraba.

—Pero él prácticamente se te declaró.

—También debe haber sido la euforia del momento.

—Debes regresar a Forsand. Es la única forma de que Hela te deje tranquila. Hay que esperar a ver si de verdad se retira a descansar cuando te quedes definitivamente con Rolf... Ve y muéstrale el diario a él, para que se desengañe de una buena vez y deje de adorar su recuerdo. Solo cuando lo lea sabrás si él te ama a ti, o la imagen de la difunta.

—¿Cuántos años tienes, Charlotte? ¿Cien? Eres tan sabia que me da por pensar que eres una bruja o como se llame lo que existía por aquí.

Charlotte rio, y Brenda con mejor ánimo la imitó.

—Entre nos, mi abuela materna me traspasó algo de sus poderes. Creo que ella era una especie de adivina, pero nadie hablaba de eso en casa, estaba prohibido. Vengo de una familia protestante muy conservadora. Bueno, y esa fue la segunda razón para emigrar, yo quería saber más y allá no podía estudiar lo que me apasiona.

Charlotte paró de hablar, no se atrevió a contarle a Brenda lo que veía en su futuro, si lo hacía la destrozaría para siempre.

—¿Tú también adivinas cosas? ¿Puedes ver el futuro?

—Tanto como eso, no, quizás un poco más perceptiva que el resto...

Charlotte se volvió a interrumpir, no quería continuar mintiendo. Se levantó a recoger las tazas del café y cambió abruptamente de tema.

—Creo que ya es hora de que baje a abrir. Estás invitada a quedarte todo el tiempo que gustes o que necesites, pero ya sabes qué es lo que pienso al respecto.

—Tienes razón, regresaré ahora mismo. Lo mejor es no continuar eludiendo al destino, Rolf cree en él aunque lo niegue.

Intercambiaron los números telefónicos, Brenda le dio las señas de la casa de Rolf, y luego de una rápida despedida ella se marchó.

Cuando llegó a la casita de Forsand, Rolf no estaba, y al ver la gran cantidad de botellas vacías de cerveza que se habían acumulado en un par de días, asumió que él no lo había pasado nada bien tampoco.

Para pasar el tiempo se puso a limpiar y ordenar. Había comido en el avión, pero como nuevamente tenía hambre inventó una merienda ligera para ella y para Rolf si es que aparecía pronto. Pero pasó el tiempo y no supo nada de él, pudo haberlo llamado, pero no quiso: necesitaba estar preparada mentalmente para enfrentarlo y decirle lo que tenía pensado.

Cuando se cansó de esperar, comió y después se recostó en el sofá a ver la televisión. Pronto se quedó dormida y el control remoto que tenía en su mano, cayó al suelo.

Al entrar Rolf a la casa, supo al instante que Brenda había regresado: el perfume de ella invadía el ambiente a pesar de ser un aroma suave, o bien era que su olfato estaba tan sensibilizado a él que podía percibirlo de lejos.

Brenda dormía en el sofá. Parecía una diosa griega pensó él. Se acercó sin hacer ruido y la besó en los labios. Brenda abrió los ojos con lentitud y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Hola.

—Has regresado.

—Sí.

—¿Te quedarás?

—Depende de ti.

—¿De mí?

—Debes leer algo primero antes de decidir si me quieres en tu vida para siempre.

Rolf la miró interrogante.

—En mi bolso hay algo que creo te pertenece. Lo encontré por casualidad el día que fui a buscar la silla para pintar. No lo quería leer y por eso no te lo dije, pero ya lo he hecho y creo que tú también debes hacerlo.

Entre tanto Rolf había buscado en el bolso de Brenda, extrayendo la extraña caja.

—Es una caja.

—Es un diario y lo que parece caja es su estuche.

—¿Dónde estaba? Nunca lo vi.

—Bajo las tablas del piso de la bodega. Una se levantó y casi caí. Intentando volverla a su lugar encontré eso.

Rolf abrió el diario, e inmediatamente reconoció la letra de Hela.

—¿Qué dice?

—Debes leerlo tú.

—¿Ahora? ¿Es necesario?

—Quizás de él depende nuestro futuro juntos.

XXXIX

Rolf se sentó en el sofá que estaba junto a la ventana, y comenzó a leer. Brenda observaba cómo las expresiones de su rostro cambiaban a medida que avanzaba en la lectura. Después de media hora, dejó el diario de Hela a un lado y en silencio salió de la casa por la puerta de atrás. Rolf caminó con paso cansado hasta su lugar favorito: el promontorio en el borde del fiordo.

Brenda le dio unos minutos, y luego subió a buscar una chaqueta gruesa para ella y otra para Rolf. Antes de salir de la casa, puso otro par de leños a la chimenea.

Rolf estaba desbastado, ni en sus más locas alucinaciones se le pudo ocurrir que la depresión de Hela solo se debiera a estar alejada de la ciudad, y al deseo de llevar una vida diferente a la que tenían. ¡Y ese Franz! El hombre solo quería divertirse y ella cayó en su juego. Pobre Hela, tan pobre de espíritu. Sin embargo, ¿debía compadecerla o culparla? ¿Cayó por inocente, o por querer pasarse de lista?

De pronto, unas manos cálidas lo alcanzaron para echar una chaqueta sobre sus hombros.

—Hace mucho frío —dijo Brenda, tratando de ser impersonal.

—Sí.

—¿Cómo te sientes?

—Como si un rompe nieves me hubiera pasado por encima.

—Entiendo que estés decepcionado.

—Es más que eso. Enterarme de cómo echó a perder su vida, a causa de las ideas fútiles que tenía... Nunca me dijo que se sentía así. Nunca lo supe.

—Quizás todo fue la forma que encontró de salir de su depresión, y al saberse abandonada...

—Prefirió terminar con su vida.

—Sí.

—En cambio tú, Brenda, eres tan distinta. Tus diferencias me enamoraron. Tus diferencias me hacen amarte.

—¿En verdad me amas a mí, y no a su reflejo?

—¿Cómo podría no amarte?

Solo las estrellas mandaban su luz para que ellos pudieran mirarse a los ojos.

—Te amaré por siempre. No hay nada que yo no haría para que seas feliz, amor mío. No volveré a ser un amante despreocupado... Te amo, Brenda. Más que a mi vida.

—Yo también te amo, mi querido Rolf, No puedo imaginar la vida sin ti a mi lado.

Mientras ellos se fundían en un abrazo, el agua del fiordo se agitó, y una sombra vigilante pareció emerger del agua, pero claro, ellos no se dieron cuenta: estaban demasiado embebidos el uno en el otro como para notar nada de lo que los rodeaba.

Acordaron no hablar más del pasado, y Rolf quemó el diario y las fotos de Hela. Deseaban seguir con sus vidas tal como las tenían planeadas: Rolf continuó buscando patrocinadores para la clínica, y Brenda empezó a pintar con más ímpetu a pesar que a donde mirara estuviera todo blanco. El invierno y la oscuridad eran horribles para ella, pero como estaba junto al ser que amaba, era feliz. De Hela no volvieron a saber y ambos pensaron que por fin descansaba en paz.

Dos meses después, ocurrieron dos hechos casi al mismo tiempo: Sanidad le dio por fin el visto bueno a la clínica de Rolf, y le llegó a Brenda el dictamen de divorcio.

—¡Ahora nos podemos casar! —exclamó él, abrazando a Brenda.

—¿Es que te quieres casar?

—Quiero hacer de ti una mujer honesta, además en el pueblo murmuran. Ya se te nota —dijo él, tocando el vientre de Brenda—. ¿No es así cariño? Di que tú también quieres que me case con mamá —agregó, hablándole a la panza de Brenda.

—¡Tonto!

—Liv me lo ha dicho.

—¿Liv?

—Así se llamaba mamá.

—Liv Josephine, por mamá. ¿Y si es hombre?

—Será mujer.

—¿Estás seguro?

—Sí, me lo ha dicho una *Völva*.

—Tonto!

Ambos rieron, pero luego terminaron como la mayoría de las veces: haciendo el amor.

—Si es lo que deseas, me casaré contigo —declaró Brenda mucho rato después.

Tres semanas después, estaban ante el juez de paz de Rogaland, Rolf, Brenda, y Assa junto a Erik como testigos del enlace. Después tendrían una reunión en la casa de los Nikelssen, quienes habían insistido en agasajar a la pareja, por lo que en cuanto terminaron todos se trasladaron a la casa. Las gemelas, que ya eran alumnas de Brenda, se encargaron de decorar la casa con flores y globos blancos.

Brenda había invitado a Charlotte, pero su pelirroja amiga no alcanzó a llegar a la boda, y se trasladó directamente a Forsand. Cuando Brenda la vio se puso feliz, por fin podría presentarla con Rolf, sin embargo, quedó de piedra al ver a Russell que también esperaba en la casa.

Assa no tenía idea de lo que había sucedido entre ellos, pues Brenda sintió demasiada vergüenza de contarle, así que se puso muy feliz de ver a su amigo.

—Creo que llego en mal momento —murmuró Russell al oído de su amiga, cuando la abrazó.

—¡Qué va, eres como de la familia! Nuestros amigos acaban de casarse, y por eso estamos aquí, ¿no te contaron las gemelas?

—Solo hablaron de su profesora de pintura, pero no imaginé que fuera Brenda. Creo que debo marcharme.

A la doctora no le pasó desapercibida la incomodidad de Russell, pero no supo a qué atribuirlo ya que él solía ser muy sociable.

—Quédate por favor, a Rolf ya lo conoces, y aunque no fue muy afortunado su primer encuentro dudo que haya problemas esta vez. Quizás te hable de su proyecto que es muy ambicioso pero bello.

—Sé que hoy ya no podré regresar a Oslo, pero iré a buscar dónde quedarme hasta mañana. Lo último que quiero es ser inoportuno.

—No sé qué sucede, pero creo que exageras.

—No exagero, te lo aseguro.

—Espero que me cuentes después.

—No soy el indicado para hacerlo. Si tu amiga no lo hace, yo no diré

nada. —¡Demonios, ya había hablado de más! Assa no descansaría hasta averiguarlo.

—Está bien, no insistiré, pero ya sabes...

—Lo siento, regresaré otro día.

Russell se caló el gorro de lana, se puso el abrigo y los guantes, y salió a la tarde nevada. Esperaba que al día siguiente aún pudiera el ferry navegar por el fiordo. Cuando cruzó la sala, sintió que las piernas no le respondían y que no terminaba nunca de pasar. Lo único que quería era salir de allí, y tratar de olvidar que Brenda había vuelto la cara hacia otro lado, casi con desprecio para no tener que verlo.

—*Tienes mala suerte, amigo, siempre te fijas en las mujeres equivocadas* —se dijo a sí mismo en voz alta, cuando estuvo en la calle.

XL

Brenda abandonó a Rolf y se fue a encerrar al baño: lo único que deseaba en ese momento era que la tierra la tragara. Se sentó en el borde de la tina. Parecía que el corazón le latía a mil y le costaba respirar.

Creía que Rolf se había dado cuenta de cómo la miraba Russell, pero lo que más le preocupaba era la conmoción que había sentido al verlo, ¿por qué si estaba con el amor de su vida?

A los minutos después unos golpes suaves a la puerta la hicieron reaccionar.

—*¿Brenda, estás bien?* —preguntó Assa desde afuera.

—*Cariño, ¿en qué te podemos ayudar?* —preguntó a su vez Charlotte.

¡Estaban las dos afuera del baño!

—Estoy bien —contestó, poniéndose de pie y acercándose al tocador para revisar su rostro. Enseguida, tomó agua del grifo y después abrió la puerta.

—Te desapareciste tan de pronto que pensamos que te había ocurrido algo.

—No, solo fue mi estómago. Hoy no desayuné y el sorbo de *champagne* me cayó mal.

—*¿Assa!* —Era la voz de Erik llamando a su mujer.

—Apuesto a que no encuentra algo —se quejó Assa antes de salir del baño.

Cuando quedaron solas, Charlotte hizo sentarse a Brenda, sobre el excusado.

—No quiero apremiarte, cariño, ¿pero ese era el hombre? Venía en el mismo ferry que yo.

—El mismo, Russell Wallace.

—Ese hombre te quiere de verdad.

—Apenas nos hemos visto un par de veces.

—Brenda, eres una mujer capaz de despertar grandes pasiones en los hombres.

—El único que no se enteró de eso fue Jack —repuso Brenda con

sorna.

—Es que él no ve más allá de su nariz. Es un hombre pagado de sí mismo.

—Yo amo a Rolf.

—Lo sé, cariño...

—¿Qué?

—¿Has visto de nuevo a tu sombra? —preguntó Charlotte para evitar responder a la pregunta de Brenda, y logró distraerla. Por poco se escapa de sus labios lo que veía en el futuro de su amiga.

—No, y espero no verla nunca más. Estamos tan bien así, tan en paz.

—¿Cómo te sientes? ¿Te parece que regresemos a la fiesta? Tu esposo debe estar preocupado.

—Sí, vamos.

A pesar de que Rolf conocía a la mayoría de los invitados, vecinos y ex colegas de la clínica, no se sentía a gusto. Habría preferido estar solo con Brenda en su casa, o en algún hotel de Oslo, celebrando en privado. Pero Erik y Assa habían insistido tanto que no pudo negarse. Y no solo la gente lo tenía incómodo, sino la corriente fría que sentía en la espalda, como cuando se está ante un gran peligro...

—¿Me extrañaste? —preguntó de pronto Brenda, muy cerca de su oído.

Rolf la cogió por la cintura y le dió un largo beso para demostrarle cuánto la había extrañado esos minutos que lo dejó sin su compañía.

—*Quiero irme pronto a casa* —murmuró él—. *¿Te importaría?*

—Por supuesto que no, yo ya estoy cansada, y creo que Liv también —agregó Brenda, tocándose el vientre.

—Nos quedamos una media hora más y luego nos despedimos, seguro que Erik y Assa lo entenderán.

—Quisiera invitar a Charlotte a dormir hoy en casa.

—Seguro, no hay problema. No he charlado mucho con ella, pero creo que es muy agradable.

—Lo es, y chispeante como un vino espumoso.

A pesar de las protestas de Assa y Erik, quien estaba demasiado alegre, el recién formado matrimonio Solberg se fue a su casa llevándose a Charlotte con ellos.

—Prepararé un café —dijo Brenda en cuanto entraron—, pero primero iré a quitarme este vestido.

—Te ves tan hermosa con él, ¿debes quitártelo?

—Me aprieta la barriga, Rolf. Debo quitármelo.

Brenda había lucido un precioso vestido blanco corto, que se moldeaba a su figura y que ceñía su cintura con un lazo gris bordado con pequeños cristales. Su cabeza estaba adornada con una corona de flores a la usanza escandinava. Estaba preciosa, y el brillo en sus ojos debido al estado de gracia en el que se encontraba no hacía más que resaltar su belleza.

—Quiero felicitarte por tu loable labor, Rolf. En este país la salud es buena, pero como en todas partes siempre hay frisaduras en el sistema.

—Gracias, Charlotte, ojalá pueda encontrar a otros médicos que piensen como tú y acepten el reto.

La charla entre Rolf y Charlotte se había dado muy natural, tal parecía que llevaban tiempo de conocerse, pero mientras él se remitía a hablar sobre su trabajo, ella estaba pendiente de ver lo que había en el fondo de esos ojos azul verdoso.

Dentro de su corazón rogó para que el destino fuera generoso con la pareja, y les otorgara la felicidad que tanto anhelaban.

Ella continuó oyendo a Rolf, pero no lo escuchaba en realidad. Su mente estaba ocupada teniendo una lucha interna: intentaba que las imágenes que se agolpaban en su cabeza la dejaran en paz. Quería estar allí como una amiga, y no como la mujer que era capaz de ver lo que el resto no.

Poder ver lo que el destino le tenía deparado a la gente, era una carga indeseable de la que no se podía desprender por más que quisiera. Si tan solo no hubiera recibido ese legado que en el fondo no era más que una pesadilla...

—¡Charlotte!

—¡Ah! ¿Qué?

—Te preguntaba qué prefieres, café o té.

—Café, por favor.

—Vuelvo enseguida.

—Yo te ayudo, amor.

Rolf fue detrás de Brenda para ayudarla en la cocina, y Charlotte aprovechó para salir de la casa. Quería conocer el lugar donde se había suicidado Hela. Así que evitando hacer ruido, salió por la puerta principal y dio un rodeo hacia la parte de atrás de la casa. Un breve sendero conducía

hasta la orilla, pero en un punto se bifurcaba con otro que llevaba hasta un promontorio, *el lugar de observación de Rolf*, pensó y tomó ese camino.

Cuando estuvo sobre la pequeña loma, pudo ver la diferencia que debía haber con el resto del terreno: desde allí se podía apreciar el fiordo casi congelado en toda su magnificencia. Era hermoso y terrorífico a la vez. Pensar en lo que se podía ocultar bajo sus aguas ponía la piel de gallina.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué te traes entre manos? —preguntó al aire, pero solo le contestó el graznido de un cuervo que revoloteaba por allí, buscando un árbol donde posarse.

De repente, el frío comenzó a congelarla y tuvo que regresar. Cuando traspasó la puerta, los Solberg la miraron sorprendidos.

—¡Charlotte! ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada, solo fui a dar un paseo.

—No es eso —repuso Brenda, empujando a su amiga hasta el cuarto de baño, y encendiendo la luz.

Charlotte observó el espejo sin expresión: tenía un mechón de cabello blanco al frente de la cabeza.

XLI

—No te preocupes, esto me ocurre a veces.

—¿Por qué? No entiendo.

—Estrés, el negocio no ha andado muy bien últimamente. La ropa usada es tendencia últimamente. Ya nadie aprecia la calidad.

No le quedó más remedio que mentir, ¿cómo explicaba sus videncias? ¿Sobre todo si no lograba verlas claramente? Sabía que eran cosas malas, quizás demasiado terribles, pero no sabía en qué forma y cuándo sucederían, pero de lo que sí estaba segura era de que la muerte estaba involucrada. Solo esperaba conseguir las respuestas que le faltaban y poder evitar el desastre que se avecinaba.

—¿Te podemos ayudar en algo? —preguntó Rolf preocupado.

—No, querido. He estado pensando en que quizás sea tiempo de cambiar de escenario. Podría emigrar a un país más cálido. Tanto frío, igual ya me tiene algo cansada... Tal vez me marche a un país de Sudamérica, Brasil, por ejemplo.

—Buen plan —repuso Rolf.

—Irán a visitarme, ¿verdad?

—Cuenta con eso —respondió Brenda riendo.

Después de una tarde muy agradable frente a la chimenea, y una deliciosa cena preparada por Brenda, Charlotte se fue a la cama. Brenda le preparó la habitación que más adelante sería de la bebé.

Después de estar escuchando un rato los ruidos provenientes de la habitación contigua, seguramente los Solberg hacían el amor, se durmió con la sonrisa en los labios y el pensamiento de conseguirse pronto un nuevo novio.

Dormía profundamente, con las mantas cubriéndola casi por sobre la cabeza, cuando de pronto despertó con la impresión de que alguien estaba observándola.

Charlotte abrió los ojos, y tuvo la intención de encender la luz, pero no fue necesario: delante de la cama, una figura de pie la observaba, y un brillo luminoso la cubría lo suficiente como para hacerla visible en la oscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó Charlotte, tragando saliva.

—*Sé que sabes quién soy.*

—Creo que sí: la esposa muerta de Rolf.

—*¿Muerta, crees que estoy muerta?*

—Sí, pero no tengo idea de cómo te has convertido en lo que eres ahora.

—*¿Y qué soy ahora?*

—Un monstruo. Estás aquí para hacer daño a mis amigos, y no puedo permitirlo...

—*No esperaba llegar a esto, pero no queda más remedio...*

Hela caminó por el costado de la cama y estiró ambas manos, como si quisiera tocar a Charlotte, más no lo hizo, solo comenzó a retorcer sus dedos en el aire.

Charlotte sentía cómo se le iba la vida y ella no podía evitarlo. Moriría allí lejos de su hogar.

Deseó poder ver una vez más a sus padres una vez más y rogarles perdón por no haber comprendido a tiempo que solo querían protegerla. Ni siquiera intentó gritar porque sabía que no podría, y pidió un último deseo antes de exhalar su último suspiro: que la muerte de sus visiones solo fuera la de ella misma.

A pesar del horror, Charlotte relajó su rostro. Quería atravesar el umbral de la eternidad como si fuera a una fiesta.

A los pocos segundos los latidos de su corazón por fin se detuvieron, y el cuerpo ingrávido de Charlotte fue a su encuentro con la eternidad.

Rolf y Brenda tenían la misma costumbre de levantarse temprano, así que lo hicieron intentando hacer el menos ruido posible, ya que la casa no era lo bastante grande como para que los ruidos no llegaran de una habitación a otra.

Después de desayunar, ambos salieron a dar un paseo por las cercanías, pensando que a su regreso Charlotte ya se habría despertado.

Estuvieron alrededor de una hora caminando, puesto que a Brenda se le ocurrió ir a comprar un bacalao para el almuerzo. Como Rolf había descubierto que a su mujer le gustaba mucho comer proteínas asadas en la parrilla, había fabricado un asador sobre una base de ladrillos y que contaba con su correspondiente techo para poder usarlo en cualquier época del año.

Cuando regresaron a la casa, ya eran pasadas las diez de la mañana, y

a Brenda le extrañó no encontrar levantada a su amiga, sabiendo que a esa hora ya estaba trabajando en su tienda.

—¿Por qué no la vas a ver, amor? Quizás no se siente bien.

—Y nosotros la dejamos sola. Somos muy desconsiderados.

—Tienes razón.

Brenda le dio un ligero beso en los labios a Rolf antes de subir a la planta alta.

Mientras tanto, él se quedó desenvolviendo el pescado para limpiarlo, con la intención de dejarlo adobando por unas horas.

Estaba concentrado en su quehacer, cuando un alarido lo hizo tirar el cuchillo: Brenda gritaba a todo pulmón.

Sin importarle que tenía las manos sucias, dejó todo de lado y subió la escala a grandes zancadas.

Encontró a Brenda sollozando junto al lecho que había ocupado Charlotte.

—¿Qué...? —No alcanzó a terminar de formular la pregunta porque la lividez en el semblante de Charlotte le dieron la respuesta.

—Cariño, ven acá.

Con gentileza, Rolf, empujó a Brenda fuera de la habitación.

—Tú eres médico, revísala.

—Lo haré, pero creo que ya no hay nada que podamos hacer.

Brenda no podía contener los sollozos, a la vez que no comprendía qué pudo haberle sucedido a su amiga.

—Cálmate, amor. Por favor ve a llamar a Assa mientras yo examino a Charlotte —le ordenó Rolf con suavidad.

Casi a la hora después, llegó Assa con su equipo de paramédicos. Venía acompañada de Erik, quien inmediatamente buscó la forma de quedarse a solas con Brenda.

—Ella era vidente.

—¿Estás segura?

—Por eso emigró de Inglaterra, porque allá su familia no quería que aceptara este don que le fue heredado de su abuela.

—¿Piensas que descubrió algo?

—No lo sé, Erik. Si es así nunca me lo dijo... Erik, tenemos que hablar, pero no aquí. Después que esto pase te buscaré en tu oficina. Hay muchas cosas que no sabes.

—Te esperaré.

A los pocos minutos apareció Assa detrás de Erik.

—Erik, debo marcharme. ¿Vienes conmigo?

—No, me voy a casa.

—Brenda, cielo, ¿cómo te sientes? Te dejaré un sedante suave por si te sientes muy alterada.

—¿Cuándo...? ¿A qué hora...? —fue lo único que atino preguntar Brenda.

—Alrededor de siete horas. Parece un paro cardíaco, pero la autopsia nos dirá a ciencia cierta qué fue.

Brenda se abrazó, para reconfortarse ella misma, pero en ese instante apareció Rolf y la rodeó con sus brazos atrayéndola hacia su pecho.

Cuando se calmó un poco, Brenda fue hasta su mesa de noche y abrió el cajón. Dentro estaba el collar que su amiga le había obsequiado y que ella nunca usó. Cogió el pendiente con dedos temblorosos y lo apretó dentro de su palma, finalmente se lo colgó alrededor de cuello, esta era la única forma en que la podría acompañar Charlotte de ahora en adelante.

XLII

Los siguientes días fueron bastante ajetreados para Rolf y Brenda: contactar a los familiares de Charlotte, intentar explicar lo ocurrido, esperar a que viajaran y decidieran qué hacer con su cuerpo, fueron trámites que Brenda tuvo que afrontar con entereza.

Los padres de Charlotte estaban muy tristes cuando hablaron por teléfono, inclusive amables, pero cuando llegaron a Forsand el cambio fue notorio. La madre en cuanto vio a su hija se fijó en el mechón de cabello blanco, y tras averiguar las últimas horas de Charlotte, la furia la invadió y el esposo tuvo que contenerla para que no abofeteara a Brenda que fue la que estuvo más cerca de ella siempre.

—¡Ustedes la mataron! —espetó sin poder contenerse—. ¡Ojalá mi hija no los hubiera conocido nunca!

Brenda la miró sorprendida sin poder comprender, y quiso pedir explicaciones, pero la mujer que ya rondaba los sesenta años se marchó sin mirar atrás: Charlotte nunca supo que su madre también tenía el don, mismo que supo ocultar toda su vida, principalmente de su curiosa hija, y que, al conocer a los Solberg, había visto lo mismo que ella.

Los restos de Charlotte fueron incinerados en Oslo según sus deseos para ser llevados posteriormente al bosque y ser depositados debajo del fresno más grande que encontraran.

Brenda estuvo varios días en los que apenas habló. Rolf estaba preocupado por su mujer, no lograba comprender por qué las chifladuras de una mujer la afectaran tanto.

—Es que tú jamás comprenderías —fue la única explicación que le dio Brenda, absorta en su propia tristeza.

—Cariño, tengo que ir a Oslo por un par de días.

—¿Ahora?

—Sí. Ven conmigo, por favor. No quiero dejarte sola aquí.

—¿Estás seguro? ¿Qué haré mientras tú estás ocupado?

—Visitar museos, o simplemente pasear.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Iré a preparar el equipaje.

El *shock* por la muerte de Charlotte había sido muy fuerte para Brenda, y a Rolf le preocupaba ese aire ausente que tenía. Las acusaciones de la madre de su amiga la habían dejado muy afectada. Sabía que llevarla a Oslo quizás no era la mejor de las ideas, pero dejarla sola en Forsand era una idea aún peor. Inclusive estaba considerando sugerirle que se fueran a York un tiempo, ya que la clínica no sería habilitada hasta la próxima primavera.

Brenda ordenaba las prendas como un autómata cuando Rolf la fue a ver a la habitación.

—Amor, ¿qué te parece si después de las reuniones nos marchamos a York por un tiempo? Incluso podríamos esperar el nacimiento de Liv allá.

—¿No te importaría que fuera británica? —preguntó ella, con un atisbo de ánimo en los ojos.

—No, porque más adelante podría optar a tener doble nacionalidad, lo que sería muy bueno para ella.

—¿Y la clínica?

—El proyecto está paralizado hasta la primavera, y estamos a principios de invierno.

—Acepto, pero con la condición de que, si los trabajos comienzan antes de que nazca la bebé, yo regreso contigo.

—Condición aceptada.

Rolf, y la abrazó para depositar un suave beso en su frente. A Brenda le haría muy bien ver a Peter y a Linda.

Brenda estaba feliz a causa de la maravillosa idea de Rolf, pero la cita con Erik se pospondría una vez más, aunque de todas formas ella no pensaba que él podría hacer mucho. Dudaba que él tuviera las herramientas para detener a un *Doppelgänger*. El solo pensar en esa palabra casi impronunciable le daba escalofríos.

Cuando llegaron a Oslo, no nevaba. Rolf tuvo la idea de buscar un hotel diferente al de la vez anterior.

—Así los vamos conociendo de a poco —explicó, y Brenda la pidió que esta vez fuera uno más sencillo.

—Por la noche tendré todo más claro, y así podremos hacer la reserva de pasajes sin pensar en que me puedan llamar a último momento.

Luego de consultar una guía por internet en el aeropuerto, eligieron el Hotell Bondheimen, que estaba ubicado a cien metros de la Galería Nacional, y la calle comercial más importante de la ciudad. Y según la misma guía, albergaba uno de los mejores restaurantes de Oslo.

—No sé cómo se nos pasó por alto, es hermoso —dijo Brenda, apreciando la hermosa fachada del hotel.

—Almorzaremos y luego te dejo en donde tú quieras.

—Quiero ir al museo de los barcos vikingos. Esta vez no llevaré cámara y tendré tiempo de ocuparme en apreciar todo de mejor forma.

Después de instalarse, almorzaron el restaurante del hotel, y las dos de la tarde estaban listas para salir.

—¿Estás segura de que puedes ir sola? —preguntó Rolf, por enésima vez, a bordo del taxi eléctrico.

—Sí, cariño. No me perdí antes, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

—Tienes toda la razón: eres una mujer grande, y *deliciosa* —añadió Rolf en un susurro.

—¡Tonto! En serio, llevo celular y un mapa de la ciudad.

Rolf le habló en noruego al conductor, y este a escasos minutos se detuvo en frente del museo.

—¿Cuándo comienzas con tus clases de noruego?

—Pronto —aseguró ella, antes de bajarse del coche.

—Te amo.

—Yo también.

Brenda se paseó por el museo, admirando una vez más esas bellas embarcaciones. Quería volver a observarlo todo. Fijarse en cada detalle, pero con una visión más analítica, como la profesional que era. Por supuesto que no pensaba construir un barco vikingo, pero quería llegar a comprender cómo habían fabricado esas maravillas capaces de surcar los mares y los ríos, con ninguna tecnología más que el que les brindaba el conocimiento del comportamiento de las aguas y el sol. Sin embargo, todo estaba a la vista: una construcción ligera, estilizada y elegante. Hechos para navegar ligero sobre el agua, como si los constructores tuvieran nociones de aerodinámica. En el mar navegaban con una vela cuadrada, y en los ríos, quitaban el mástil y utilizaban los remos. Y gracias a su quilla poco profunda, podían atracar en cualquier muelle y navegar por mares y ríos. Su padre le había enseñado tanto. Qué feliz

estaría él visitando el museo...

—No me digas que estás tomando medidas para construir tu propio barco.

XLIII

Brenda se dio vuelta de golpe, y allí, estaba Russell Wallace observando también el barco, ¿o la observaba a ella?

—¿Russell! ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, creo. Admirando estas maravillas. Los he visto muchas veces, pero no me canso. ¿Y tú?

—Rolf tenía una reunión en el Ministerio de Sanidad.

—Brenda... Me gustaría comenzar de nuevo. Sé que fue pésima idea haber puesto los ojos en ti...

—Por favor, no sigas.

—Y que no debí aprovecharme de tu debilidad —prosiguió él—, pero me gustaría que al menos aceptes mi amistad sincera. Cualquier cosa que necesites o que pienses que te puedo servir de ayuda, no dudes en decirme. No he podido quitar de mi cabeza lo que ocurrió aquella noche. Busco explicaciones y no las encuentro.

A Brenda le pareció sincero, ¿por qué no confiar en él?

—Charlotte falleció.

—¿Charlotte?

—Sí, mi amiga inglesa. No sé si fueron presentados. Me comentó que iban el mismo ferry. Ella era pelirroja.

—¿Ah, sí! Recuerdo haberla visto. ¿Algún accidente?

—No. Amaneció muerta en nuestra casa.

—Pero se veía joven y saludable.

—Sí. Fue todo muy raro. Y su madre nos culpó de su muerte. La mujer parecía muy amable cuando hablamos por teléfono, pero en cuanto nos vio cambió de actitud. Lo único que se me ocurre es que ella también era vidente.

—Charlotte lo era. Se vino a Noruega detrás de la mitología, y escapando de su familia que no permitía que ella desarrollara el don heredado de su abuela, pero no dijo si su madre también lo poseía.

—¿Vidente? ¿Y eso existe en nuestros días?

—No sé. Yo no soy alguien que pueda ponerlo en duda. A veces parecía que deseaba revelarme algo, pero luego se arrepentía, yo por mi parte

prefiero ignorarlo.

—¿Por temor?

—Sí.

—Dijo que Hela podría ser mi sombra, una entidad maligna, algo que llaman *Doppelgänger*.

—¿Y tú crees en eso?

—Ya te dije que prefiero no pensar en eso.

—¿Me acompañas a tomar un café? Aquí mismo en la cafetería del museo.

—Rolf me llamará en cualquier momento.

Justo en ese instante, sonó su celular.

—Salvada por la campana, supongo.

—Debo marcharme.

—Recuerda lo que te dije.

Brenda solo asintió, y se marchó de allí sin haberle preguntado ni una sola vez en qué estaba él. Mientras menos supiera de la vida del inquietante Russell, mejor.

—Te desocupaste temprano.

—Hasta yo quedé sorprendido, amor. Solo me llamaban para firmar unos documentos.

—¿Ya no tienes nada más que hacer aquí?

—No por ahora.

—Entonces, si encontramos vuelo para mañana temprano...

—Estaríamos por la tarde en York.

Estaban cenando en uno de los restaurantes que estaban a orillas del fiordo. Rolf estaba contento porque Brenda estaba más animada, y eso le indicaba que había tomado una buena decisión al sugerir ese viaje. No le agradaba mucho la idea de alejarse fuera de su zona de confort, pero por el bien de ella era capaz de soportarlo todo. Sin embargo, pensaba que Brenda no tenía una vida social muy activa, así que el sacrificio no sería tan grande después de todo, y solo cambiaría la nieve por la lluvia.

Después de cenar caminaron tomados de la mano hasta el hotel, y una vez allí, Brenda lo primero que hizo fue buscar vuelos y comprar los boletos.

—Mañana a las nueve. ¿No te importa que nos quedemos en mi casa?

—No acostumbro a sentir celos de los objetos.

—Gracias.

—Iré a darme un baño —anunció él.

Brenda lo vio alejarse, y meditó acerca de los días que llevaban sin hacer el amor: desde la misma noche en que murió Charlotte.

Se había sentido tan apagada, como si no estuviera presente en este mundo. En su cabeza daban vuelta las imágenes de Hela, el diario, las palabras de Charlotte, y hasta la misma Charlotte con su lividez mortal. Y a pesar de no tener idea de medicina forense, ella creía que la muerte de su amiga había sido ocasionada por el terror. ¿Se había atrevido su sombra a visitarla esa noche? Si era así nunca lo sabría, ya que no había quedado rastro de alguna intromisión en el cuarto.

Brenda sacudió la cabeza, necesitaba alejar esos pensamientos que tanto la perturbaban, y qué mejor que hacerle una vista a su esposo en la ducha.

—Casi te desconozco —declaró Rolf más tarde.

—Leí que la maternidad aumenta la libido.

—No siempre.

—En mi caso creo que sí... Siento haber estado alejada estos días.

—Se entiende, amor. Pero todo pasa, no hay nada que el tiempo no cure.

Se durmieron abrazados como todas las noches, y Brenda pensó qué sería de ella sin los reconfortantes brazos de Rolf.

—¿Por qué no nos avisaron antes?! —exclamó a viva voz Linda, en el aeropuerto, para hacerse oír.

—¡Fue una decisión de última hora, Linda! —explicó Brenda en el mismo tono.

Los cuatro avanzaron hacia el exterior en dirección a los estacionamientos.

—Me alegra tanto que hayas venido, Rolf, verás que lo pasaremos muy bien. En York hay mucha cerveza, y antepasados tuyos también.

Peter estaba entusiasmado al enterarse que su cuñado estaría con ellos hasta la primavera.

—Nos hubieran avisado, habríamos ido a limpiar y ventilar un poco la casa —repuso Linda, insistiendo con el tema.

—No te preocupes, Linda, lo único que importa es que no se hayan

llevado nada que no debían.

—No, Jack fue muy respetuoso en ese sentido, pero Jessie quería arrasar con todo.

—Me lo imagino.

Ya estaban a bordo del coche, y la charla entre los cuatro estaba de lo más animada, hasta que Linda interrumpió la conversación para decir algo importante.

—Escuchen. Sé que no es el lugar ideal pero ya no aguanto más: ¡estamos embarazados!

Los gritos de júbilo no se hicieron esperar, y las felicitaciones tampoco.

—Peter me dijo que esperaríamos a estar en casa, pero yo tenía que decirlo.

—Eso sí, debe tomarse las cosas con calma, porque puede ser un embarazo de alto riesgo. Así que las actividades de alto riesgo están suspendidas hasta nuevo aviso.

—Si tengo que quedarme en la cama los ocho meses que faltan, lo haré —aseguró Linda.

—Qué bueno que Liv va a tener un primo de su misma edad —dijo Rolf.

—Tienes razón Rolf, nosotros crecimos muy solos. Espero que lleguen más.

De pronto algo se cruzó en el camino, y Linda gritó.

—¡Peter!

Bajaron del coche y fueron a mirar, pero no había nada.

—No sé de dónde salió, yo no vi nada —se excusó Peter.

—¿A dónde pudo haber ido tan rápido? —Se preguntó Linda en voz alta—. ¿Ustedes no la vieron? Era una mujer de cabello largo.

—Yo no vi nada —respondió Rolf—, ¿y tú, amor?

—Tampoco.

—Bueno, sigamos entonces —propuso Peter, y todos se subieron de nuevo al auto.

El vehículo se alejó por el camino a velocidad baja, mientras una figura observaba de lejos.

XLIV

Cuando llegaron a la casa de Brenda no se pudieron sustraer a comentar el incidente, pues era extraño que la mujer desapareciera a plena luz del día, y peor aún que nadie la hubiera visto cuando se atravesó delante del coche. Inmediatamente Brenda pensó que se estaba volviendo paranoica pues cada suceso, su mente lo relacionaba al instante con Hela, pero, por otra parte, ¿qué iba a hacer Hela a plena luz del día en York? No, seguramente era coincidencia.

—Bueno, no hablemos más de el espantoso momento —propuso Linda—, ¿qué les parece si pedimos pizza? Tengo antojo, y aún es muy temprano para cenar. Mientras tanto hacemos alguna revisión por aquí.

—Lo de la *pizza* me parece estupendo —repuso Brenda a su cuñada—, pero que te entusiasmes haciendo cosas, no.

—Bueno, es una manera de decir. Solo decía que hagamos una especie de inventario exprés.

—De acuerdo, yo reviso y tú llevas la cuenta.

—Ya que quedamos excluidos —dijo Peter a Rolf—, nos tocará pedir las *pizzas*, ¿qué me dices cuñado? ¿Cuál te gusta? —Cualquiera —contestó Rolf, algo cohibido.

—¿Dormirás en esta misma cama con Rolf? —preguntó Linda, mientras inspeccionaban la habitación.

—Esta es la cama más grande, y por ende la más cómoda.

—¿No lo resentirá?

—Por suerte nuestra cama de Noruega es del mismo tamaño, así que vine preparada: traje un juego de sábanas. Parecerá más nuestra cama.

—Mira qué inteligente, cuñadita.

—Mucho.

—Siento lo de tu amiga.

—Aunque la conocí poco tiempo, me dejó la impresión de ser una mujer formidable, fantástica en todo sentido: acogedora, vivaz, perceptiva.

—La apreciabas mucho.

—Sí.

—Por favor no te pongas triste —le dijo Linda, al ver cómo el pesar se reflejó en sus ojos de pronto—. No debí haberlo mencionado.

—No es tu culpa, Linda. Cada vez que recuerdo cómo murió Charlotte, no puedo parar de preguntarme el *por qué*. Nunca supe del informe forense, ni siquiera a Rolf le dieron acceso. Y aún no olvido las acusaciones de su madre diciendo que conocerme había sido el fin de su hija. Cuando nos vio a Rolf y a mí juntos entró en pánico y no quiso saber más de nosotros.

—¡Mira cómo se me pone la piel de solo pensarlo! —Linda se levantó las mangas para que Brenda viera sus brazos.

—¿Pensar en qué?

—¡En esa perra! Ella debe estar detrás de esto.

—¿Te refieres a...?

—A esa misma.

—Yo creo que solo fue un hecho lamentable.

—En cambio yo no logro olvidar lo que sucedió esa noche. Quizás tu amiga había descubierto más de lo que te mencionó.

—¡Pero ella era una vidente, no una bruja!

—Sí, pero podía haberte advertido de algo malo y eso no le convenía a la muerta.

—Eso ya no lo sabré nunca.

—¿Y si hablas con un sacerdote?

—No creo en esos ritos.

—Eres muy terca, mujer.

—Confío en que no pasará a mayores.

—Eso espero, por el bien de todos nosotros.

Brenda miró a su cuñada en silencio. No quería sentir temor. Si le temía a Hela, la mujer siempre tendría el control de la situación, pero ella no permitiría que quebrantara su voluntad.

—*¡Linda, Brenda, la pizza ya llegó!* —gritó Peter desde abajo.

—¡Vamos enseguida! —respondió Linda en voz alta.

Las dos mujeres se abrazaron, y se quedaron así un momento, luego bajaron en silencio.

—Este bebé tuyo, tiene hambre todo el tiempo —le dijo Linda a su esposo y todos rieron.

Los días comenzaron a pasar sin prisa para los Solberg, si Rolf se

aburría o extrañaba su hogar nunca lo dijo para no apenar a Brenda. Ella se ocupó de llevarlo a degustar todas las variedades de cerveza que producían en York, y a todas las ferias y representaciones vikingas que celebraba la comunidad, solo para que él se burlara de lo caricaturesco que se veían. Cuando llegó la Navidad, el vientre de Brenda ya no pasaba desapercibido.

—Celebraremos la Navidad aquí, y esperaremos el año nuevo en Londres —le informó Brenda a su esposo una noche.

—¿Quién lo decidió?

—Linda y yo.

—¡Ah! Y nosotros no podemos objetar.

—No. El año pasado disfruté Yule en Noruega, ahora te toca disfrutar la Navidad inglesa.

—Lo sé, amor, solo estaba bromeando.

—Faltan tres meses para que llegue la primavera.

—Y un poco más para que nazca Liv.

—¿No te importa que nazca aquí?

—Ya hablamos de eso, amor.

—Ojalá no te llamen antes, para no tener que viajar con la enorme panza que tendré.

—No te preocupes por eso ahora. Mejor ven aquí.

Rolf atrajo a su esposa y la ubicó de espaldas a él. Era la única forma en que practicaban el sexo ahora, para no correr el riesgo de lastimar al bebé, más, a ella le encantaba pues de esa forma él podía acariciar su intimidad mientras la penetraba. Luego de alcanzar el clímax, se dormían así mismo como estaban, cuando despertaban Rolf tenía el brazo acalambrado y Brenda tenía en el rostro las marcas de la piel de él.

El día veinticuatro de diciembre amaneció nevando, lo que alegró a Brenda porque así Rolf no extrañaría tanto su tierra. La noche anterior habían salido a recorrer las calles para mirar las luces de la ciudad y las decoraciones de las casas. Ella solo había decorado el gran árbol que habían puesto en la sala, pues se sentía muy cansada para estar encaramándose por todas partes, así que la corona de muérdago de la puerta era el único indicio que en esa casa también se celebraban las fiestas. Ahora, ocuparía gran parte del día en hornear el pavo, cocinar las salchichas, asar las papas y preparar las ensaladas. Y para completar la tradición: haría el pudding de ciruela bañado en salsa de brandy. Solo esperaba que a Rolf le gustara todo.

Como todos eran adultos, habían convenido intercambiar regalos antes de la cena, total esperar a que fuera veinticinco era solo un tecnicismo.

Rolf solo observaba a su mujer dar vueltas por la enorme cocina. Ella se había opuesto rotundamente a contratar ayuda, o comprar la cena preparada, y él quería ayudarla, pero también se había negado.

—Me falta muy poco, cariño, así que si quieres puedes ir a dar un paseo mientras llegan Peter y Linda.

—¿Estás segura, amor? ¡Te veo tan cansada!

—Mañana estaré todo el día en la cama si quieres, pero hoy déjame trabajar, es mi regalo para ti.

—Yo sé que tu cocina es deliciosa, no necesitas demostrar más, amor.

—¡Vete!

Rolf, resignado, cogió su abrigo y salió a la calle.

Eran las nueve cuando llegaron Peter y Linda.

—¿Dónde está Rolf? —preguntó Linda de inmediato.

—Lo mandé a la calle, me tenía nerviosa.

—Lo llamaré para avisarle que llegamos.

—Sí, Peter, haz eso —convino Linda.

Peter apenas alcanzó a sacar el teléfono del bolsillo, cuando tocaron el timbre.

—¿Quién será? —se preguntó Brenda—. Rolf tiene llave.

Cuando Peter abrió la puerta, apareció Rolf, sosteniéndose el abdomen con ambas manos.

—Disculpen, pero no podía abrir. Cariño, sé que aún no es la hora, pero mi regalo no puede esperar.

Rolf abrió su abrigo, y una pequeña bola de pelo color miel que gemía se asomó de entre la lana.

—¡Oh, Rolf!

XLV

Era nada menos que un cachorro de Golden Retriever que en cuanto olió la mano de Brenda con aroma a comida, comenzó a lamer sus dedos y a menear ansioso su cola. Ella lo cogió entre sus brazos y lo acercó a su pecho.

—¡Oh, Rolf, es una preciosura! ¿Cómo se te ocurrió este obsequio? No lo habrás comprado, ¿verdad?

—Primero, fue algo imprevisto, y no, es adoptado. Y aquí viene la explicación: pasaba por la plaza, cuando vi a una niña que tenía una caja y muchos curiosos a su alrededor. Me acerqué a mirar y vi los cachorros. Le pregunté si los vendía, y dijo que no. Los había sacado de su casa a escondidas porque su padre pensaba hacer negocio con ellos.

—Las personas que los adopten también querrán lo mismo —repuso Linda, quitándole el cachorro a Brenda.

—Puede ser que sí, pero la conciencia de la niña estará tranquila porque hizo todo lo que pudo. ¿Quieres uno, Linda? Quizás si Peter se da prisa, todavía alcance uno.

—Me encantaría, pero sufriría mucho en el departamento, quizás cuando nos mudemos y el bebé nazca...

—A este bebé lo castraremos —afirmó Brenda.

—Es ella.

—Habrà que buscarle un nombre, entonces. Le pondré Charly, en honor a mi amiga Charlotte.

Rolf acomodó una cama para Charly junto al fuego antes de cenar, sin embargo, la perra no se quedó quieta pues lo único que deseaba era jugar con los pies de los comensales.

—Tendremos que adiestrarla —dijo él.

—Pero aún no, es muy pequeña.

Después de cenar, Brenda le dio leche. Luego Rolf la sacó al jardín para que hiciera sus necesidades, pero la pequeña se abstuvo, y esperó a estar adentro para hacer de las suyas sobre la alfombra de la sala. Por suerte los Solberg no se lo tomaron a mal y limpiaron con paciencia.

—Habrà que llevarla al veterinario, porque no creo que esté vacunada.

—Tienes que comprarle un juguete de felpa para que se sienta acompañada —sugirió Linda.

Sin embargo, Charly solo quería estar en los brazos de Brenda, y cuando ella se fue a sentar al sofá, ella se acurrucó y se durmió feliz.

Más tarde, cuando Linda y Peter se marcharon, y ellos se fueron a la cama, la perra no dejó de gemir al pie de la escalera hasta que Brenda bajó y la trajo con ella.

—La vas a malcriar —advirtió Rolf somnoliento.

—¿Y qué importa? He esperado mucho tiempo tener la oportunidad de malcriar a alguien. Después lo haré con las dos, ya que Liv también será una malcriada.

Rolf rio medio dormido y ella se pegó a él, pero Charly a toda costa quería estar en medio de ambos.

—Esto sí que será un problema —dijo él abriendo los ojos—, ¿cómo te haré el amor?

—Tendrá que aprender que mamá tiene obligaciones que cumplir en las que ella no puede estar incluida.

—¿Mamá? ¿Obligaciones?

—Un ser vivo como Charly es un miembro más de la familia. No de esas obligaciones impuestas a la fuerza, quise decir, cosas personales.

—¡Ah!

Así que esa noche tuvieron que dormir con Charly entre los dos, y Brenda se preguntó si Liv se pelearía con la perra por estar en ese mismo sitio.

Poco a poco se fueron acostumbrando a la rutina de tener a Charly en casa, y a medida que fue creciendo, con mucho esfuerzo le enseñaron a dormir en su cama, claro que por la mañana era la primera en despertar e ir hacer lo mismo por ellos. Pasaron tres meses, la primavera llegó y el vientre de Brenda parecía que en cualquier momento estallaría por lo hinchado que estaba.

—Menos mal que Charly ya se porta mejor —dijo Brenda un día—. Ahora no podría andar corriendo detrás de ella.

—Haz hecho un gran trabajo, amor. Podrías dedicarte profesionalmente a adiestrar canes.

—¡Tonto! No me hagas reír, que hasta eso me cuesta.

—¿Ves? Eso te pasó por comer tanto pudding en Navidad.

—No me hables de la Navidad, que me apena recordar que no pudimos

ir a Londres.

—¿Te hubiera gustado dejar a Charly en uno de esos hoteles caninos en donde no sabes qué trato reciben?

—No.

—¿O ir a disfrutar mientras Linda lo estaba pasando mal?

—Pobre Linda. Tienes toda la razón, cariño, yo soy la tonta.

Linda había perdido el bebé en la víspera de Año Nuevo, y lo había pasado muy mal.

—Peter me comentó que están pensando adoptar. Finalmente, no les importa que no sea hijo biológico de ellos, lo único que desean es ser padres.

—Creo que es una estupenda idea. Hay tantos niños que necesitan un hogar, y ellos serán unos padres fantásticos.

—Sí.

—¡Ay!

—¿Qué?!

—Creo que ya es la hora. Ve por el bolso, querido, y deja a Charly en su corral.

—Recuerda respirar como nos enseñaron en las clases, no tengas miedo, todo saldrá bien.

—No tengo miedo, Rolf. Además, estoy con un médico, ¿o no?

—Sí, pero preferiría no hacerme cargo.

—Te iba a preguntar por qué no te han llamado, ¡ay! Date prisa.

—Ya lo hicieron —repuso él mientras buscaba todo lo necesario para llevarse al hospital—, pero les dije que no estaría disponible hasta que naciera mi hija.

—¡Ay! ¿Por qué no me dijiste?

—Para no preocuparte.

—Gracias, querido.

—Te amo.

—Yo también. ¿Nos podemos ir ya?

—Sí.

—Todavía falta Charly.

—Lo haré después de meterte al coche.

—Querrá seguirnos.

—Entonces lo haré antes.

Así fue como Liv Josephine Solberg, llegó a este mundo una hermosa mañana de primavera. Su cabello era rubio, casi blanco, y el color de sus ojos

era idéntico a los de su padre. Cuando Brenda la tuvo entre sus brazos por primera vez, sintió que no se podía ser más feliz que el instante en que miras a tu hijo por primera vez. Liv era el eslabón que faltaba para que la dicha que existía entre ella y Rolf fuera plena.

Sin las perturbaciones de Hela, todo iba por un cauce tranquilo. Brenda estaba segura de que por fin la mujer había alcanzado su paz.

XLVI

Por fortuna, la recuperación de ambas: madre e hija, fue satisfactoria y a los dos días fueron dadas de alta del hospital, y a los diez días Liv estaba siendo bautizada en la Catedral Anglicana con Peter y Linda de padrinos. Los padres, Rolf y Brenda, sin ser grandes creyentes, decidieron hacerlo para cubrir a la pequeña con una capa espiritual que podría protegerla en caso de eventual peligro, al menos eso es lo que eligieron pensar ellos.

Liv tenía ya un mes, y las hojas verdes reverberaban en los árboles cuando comenzaron a planear el regreso a Noruega.

Linda observó la gran cantidad de cosas que había en la habitación de Liv, e hizo un gesto con la mano.

—¿Te llevarás todo esto?

—La ropa, la silla para el auto, y algunos juguetes. Sería mucho equipaje si lleváramos todo esto. Me gustaría llevarme la cuna pequeña también.

—La que le compró la tía —afirmó Linda orgullosa.

—Sí, porque la puedo poner junto a nuestra cama. En Oslo podemos comprar el resto de los muebles, y la carriola.

—¡Las voy a extrañar tanto! —Linda abrazó a su cuñada, que consideraba su hermana.

—Linda, ¿estás segura de que no quieres volver a intentarlo?

—Lo hablamos mucho con Peter, y la respuesta es *no*. No quiero volver a pasar por ese estrés, porque ahora ya sabría de antemano el desenlace. No te había contado, pero ya nos pusimos en contacto con el organismo pertinente, y nos están evaluando para ver si somos adoptantes compatibles.

—¿Y después?

—Si nos aprueban, vendría la etapa de conocer niños, y no nos importa si no es un bebé. Solo aspiramos a que, al verlos, alguno nos haga *click* en el corazón.

—¡Oh, Linda!

Las dos mujeres se abrazaron nuevamente, y ninguna de las dos logró retener las lágrimas.

—Sé que todo saldrá bien, ya verás. Peter y tú se lo merecen.

—Brenda —dijo de pronto Linda, soltando bruscamente a su cuñada para mirarla a los ojos—, ¿estás segura de querer regresar? ¿No es una imposición de Rolf?

—Estoy segura. Allá también es mi hogar, y Rolf no me está obligando. Si yo no quisiera ir, lo más probable sería que abandonara el proyecto, y tampoco puedo permitir eso.

—Nosotros iremos hasta allá, y tú también tienes que prometer regresar a vernos.

—Por supuesto.

—Y Charly, ¿cómo piensan llevarla?

—Rolf ya preguntó en la aerolínea y solo se puede llevar en una jaula, así que él le pondrá un sedante suave, y cuando llegemos a Oslo, intentaremos hacer todo el viaje por tierra...

—Y agua.

—Sí, pero no será tan traumático como el avión.

La perra en cuanto escuchó su nombre se enderezó de su lugar en la cama, y paró sus orejas poniendo atención. Desde que Liv había llegado a casa, cualquier lugar cerca de la bebé, era el escogido de la perra para echarse. Charly se echaba con su cara sobre sus patas delanteras y no perdía la vista de la pequeña, se quedaba inmóvil y solo sus ojos se movían si alguien más andaba cerca. Nadie la había entrenado para perra guardiana, pero ella no permitía que nadie que no fuera de la familia se aproximara a Liv. A veces por las noches ladraba o aullaba, pero Rolf lo atribuía a que todavía pretendía dormir en la misma cama con ellos.

—¿Y si la dejan con nosotros?

—Eso no está en discusión Linda, Charly adora a Liv.

—Lo sé, pero no costaba nada intentarlo.

El viaje no fue tan traumático como esperaban, porque Charly y Liv, no evidenciaron muchas molestias que era lo que a ellos les preocupaba. En Oslo rentaron un coche familiar, y condujeron por dos días hasta Forsand tomando la ruta de la costa.

—Tendremos que comprar uno de estos —dijo Rolf.

—El camino por tierra es más largo, pero es igual de hermoso, aunque

reconozco que ya quiero llegar. A pesar de que hemos hecho muchas paradas, igual estoy cansada.

Rolf estiró su mano y acarició el dorso de una de las de Brenda con ternura.

—¿Qué es lo primero que harás cuando lleguemos?

—Darme una ducha, luego alimentaré y prepararé la cama de las chicas.

—¿Y después?

—Dormir como tronco.

—Y yo, ¿dónde entro en tus planes?

—Podrás dormir junto a nosotras. Tendremos que compartir la cama hasta que llegue lo que compramos en Oslo y el resto del equipaje.

—Mañana comenzaré de inmediato a pintar la habitación de Liv.

—¡No señor, usted a lo suyo! Deja que yo me encargue. Ya has desatendido demasiado tiempo tu proyecto, van a pensar que estás jugando.

—Si tú lo dices.

—No lo digo, lo aseguro.

—Mira, ya casi llegamos.

—Por fin. Creo que cuando me baje del coche lo primero que haré será besar la tierra.

—Fue un viaje sin incidentes, amor.

—Lo sé, cariño, pero demasiado agotador. Y todo por Charly, ¿no es así preciosa? —La perra que iba amarrada con un arnés especial junto a la silla de Liv, agitó su cola y gimió.

En efecto lo primero que hizo Brenda después de soltar a Charly, fue darse una gratificante ducha, y luego armar una cama dentro de la habitación para la perra. Sin embargo, luego de alimentar a Liv le dio hambre, y se puso a preparar algo improvisado para comer. Más tarde, tal como había predicho, en cuanto puso la cabeza en la almohada se durmió como si llevara días sin hacerlo.

Rolf miró a su mujer, y luego a Liv que también dormía. Sonrió con ternura: ambas adoptaban la misma posición. Aunque la bebé se parecía físicamente a él, todos sus gestos eran calcados de su madre. Él también tenía sueño, así que cerró también sus ojos y se durmió. La única que parecía estar en vigilia era Charly, pues ella no dormía hasta que todo se veía tranquilo.

Los gemidos de Charly despertaron a Rolf. Brenda y la bebé ni se movieron. Hizo callar a la perra, pero ella continuó gimiendo. Se iba a levantar de la cama para llevarla afuera, pero un haz de luz que se encendió de repente lo hizo vacilar: había una figura de pie frente al lecho, y mecía algo entre sus brazos.

Rolf miró de inmediato a su costado, pero Liv estaba en su lugar. Se puso las gafas que a veces usaba para mirar televisión: Hela tenía la cabeza inclinada, y mecía un bulto imaginario. De pronto levantó el rostro hacia él:

—*Mira, Rolf, ya nació. Ahora podremos ser felices los tres. Es preciosa, ¿no?*

—¿Qué haces aquí? ¿Qué más quieres? Vete.

—*Tú sabes lo que quiero: a ti, y a nuestra bebé.*

—No es *nuestra bebé*. Tú decidiste tu destino.

—Me odias.

—No. Solo deseo que descanses en paz.

—*No puedo. Demasiado tarde me di cuenta que te amaba, cuando el agua llenaba mis pulmones comprendí que no debía dejarte nunca.*

—Tú misma lo has dicho: demasiado tarde.

—*La amas a ella.*

—Sí.

—*No sabes cuánto duele.*

—Y tú no sabes lo extraño que es esto. Estamos hablando como si estuviéramos en el mismo plano y la verdad es que tú estás muerta.

—*Pero no he dejado de sentir.*

—Es absurdo, entiende que es imposible que pueda suceder algo entre nosotros.

—*Ya verás que sí... Volveré.* —Fueron las últimas palabras de Hela antes de desaparecer.

XLVII

Cuando Rolf se despertó por la mañana, Brenda ya se había levantado y estaba en la cocina preparando el desayuno.

—Hola, amor —saludó él, aun desperezándose.

—Cariño, no encuentro a Charly.

—Qué raro, ¿no se habrá escapado?

—Si no le abrimos la puerta ella no puede salir.

—La voy a buscar.

Rolf comenzó a registrar todos los rincones de la casa, que no eran muchos. En cinco minutos había mirado en todos los lugares obvios y nada, entonces regresó por los menos probables. Finalmente regresó a la habitación de ellos para mirar en el único lugar que no lo había hecho: debajo de la cama.

Charly estaba hecha un ovillo debajo de la cama, él la llamó, pero la perra no se movió. Con un mal presentimiento se estiró debajo del mueble y tocó a Charly: estaba fría.

Rolf envolvió a Charly en una manta y bajó a la cocina, no sabía cómo le daría la noticia a Brenda.

—¿Qué traes ahí, no fuiste a buscar a Charly?

—Es Charly.

Brenda dejó caer el tazón que tenía en la mano, e inmediatamente sus ojos se anegaron en lágrimas.

—¿Cómo? ¿Pero por qué?

—No lo sé amor.

—Descúbrela, quiero verla.

Rolf puso el bulto sobre el piso de la cocina, e hizo a un lado la manta. La que había sido Charly en vida, ahora yacía inerte, y aunque su postura fuera como si estuviera durmiendo, sus ojos aún estaban abiertos.

—Mírala Rolf, está asustada.

—No podemos saberlo, amor. Quizás murió de causas naturales.

Rolf recordó los gemidos de la perra cuando percibió la presencia de Hela, y no pudo evitar recordar la muerte de su homónima: Charlotte.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Brenda enjugándose las lágrimas con una toalla de papel.

—No sé, amor.

—¿No te recuerda a Charlotte?

—La verdad, no pensé en eso —mintió. No quería alarmar a su mujer sin pruebas.

Enterraron a la perra en la orilla del fiordo, y marcaron el lugar con un montículo de piedras, a la usanza antigua. Rolf estuvo muchas veces a punto de contarle a Brenda sobre la vista de Hela, pero no quería atemorizarla más de lo que ya estaba, confiaba en que él solo podría hacer que el fantasma o lo que fuera su ex mujer, desistiera de sus macabros avances.

Los días se continuaron sucediendo uno a uno: primero dentro de un halo de tristeza, pero con el paso del tiempo los recuerdos se fueron dulcificando y el dolor fue menor, aunque Brenda juró que nunca más tendría una mascota.

Tres meses después la clínica estuvo lista para ser inaugurada. Vendrían autoridades de diversas partes del país para conocer de cerca el plan de salud y el funcionamiento. Brenda estaba rebosante de orgullo, mientras que Rolf estaba molesto por tanto protagonismo.

—Solo espero que esto pase pronto —refunfuñaba a menudo—. No creo que a nadie se le haya ocurrido antes.

El día de la inauguración estaba hermoso: el cielo azul y un sol luminoso, eran el marco perfecto para la presentación en sociedad de la nueva Clínica Forsand. Se reunirían las autoridades locales y los representantes de las compañías asociadas al proyecto. La Ministra de Sanidad se había excusado por encontrarse en viaje de trabajo, pero había enviado al Vice Ministro. Tampoco faltarían los políticos, y los enviados de la corona, y por supuesto los médicos y el personal que trabajaría en dicha clínica. Para darle más brillo a la presentación, habría un número de música folklórica, y por ser mediodía, se había armado una especie de *coktail* debajo de una carpa. Y el broche de oro, después de los discursos y la música, lo pondría el sacerdote invitado a bendecir la obra, antes de que la mano de Rolf acompañada a la del Vice Ministro, cortara la cinta con los colores de la bandera.

Los discursos ya habían comenzado cuando hizo su aparición el ferry

por un recodo del fiordo. Nadie se dio la vuelta a mirar porque era algo tan rutinario que carecía de importancia, pero a todos llamó la atención que a los pocos minutos se escuchó que alguien se acercaba corriendo al evento.

—¡Llegó el último médico que faltaba en la nómina! —Anunció jovial el alcalde de Forsand, quien tenía la palabra en esos momentos—. Y como ya se las arregló para anunciar su llegada, será mejor que lo presente: el doctor Russell Wallace, encargado del Departamento de Ginecología y Maternidad. El señor Wallace se encontraba ejerciendo en Oslo hasta ahora, pero proviene de Inglaterra.

Todos aplaudieron, sobre todo las mujeres. Russell se sintió abochornado por causar tanto revuelo, imaginó que Brenda pensaría que lo había hecho a propósito, pero su plan de pasar inadvertido fracasó rotundamente, y no se le pasó por alto la mirada fría que le dirigió Rolf Solberg, el flamante director de la nueva clínica.

A Rolf no le hizo ninguna gracia la aparición del último integrante del equipo, seguramente había sido una incorporación de última hora. Algo había en ese hombre que no le gustaba, pero como él era un profesional no permitiría que la antipatía que le causaba quedara de manifiesto.

Brenda por su parte no daba crédito a sus ojos y oídos, ¿cómo era posible? ¿Mera coincidencia? ¿Debería sentirse acosada? Intentó concentrarse en el resto del concurso, pero le fue imposible. ¿Por qué Russell había tenido que alterar su paz? Amaba a Rolf, pero no entendía que le sucedía cada vez que el hombre del color del ébano estaba en el mismo territorio que ella. Y como si el aludido supiera que estaba pensando en él, dirigió la vista hacia ella y descaradamente le guiñó un ojo.

XLVIII

—¿Qué pretendes? —la voz de Brenda era casi un murmullo, pero su tono no dejaba lugar a dudas de lo furiosa que se encontraba.

—Disculpa, pero no comprendo.

Ella se las había ingeniado para quedar un momento a solas con Russell.

—¿Crees que por lo que casi sucedió en Oslo, tienes derecho a estarme acosando?

—Lamento profundamente que solo haya sido un *casi*, pero la respuesta es NO. No te estoy acosando Brenda, pero algo más fuerte que ni yo alcanzo a comprender, me dice que debo estar cerca.

—¿Estarás merodeando todo el tiempo?

—No. No me verás a menos que me necesites.

—¿No te acercarás a mí, o a mi familia?

—Solo de ser necesario.

—No te comprendo.

—Tampoco yo.

—¡No entiendo por qué está aquí ese hombre!

—¿A quién te refieres, querido?

—¡A ese doctor Wallace! Es un tipo odioso, no me gusta, y menos aún las miradas que te dirige. Piensa que no me doy cuenta.

Brenda guardó silencio, no tenía nada que objetar a eso. No podía culpar a su esposo por la animadversión que sentía por Russell. Si los hombres tenían un sexto sentido, tal como decían que ocurre con las mujeres, Rolf sabía que algo extraño ocurría.

—Estuvo todo muy bonito, y te aplaudieron bastante.

El rostro ceñudo de Rolf se relajó y abrazó a su esposa.

—La verdad, no me lo esperaba. Tú sabes que no me gusta la notoriedad.

—Lo sé, pero a veces es bueno aceptarla: *al César lo que es del César.*

—Por eso te amo, siempre sabes cómo ponerme de buen humor...

—Y no solo de buen humor —dijo ella, besándolo en el cuello.

—Eso también. ¿Qué te parece si...? —La pregunta quedó a medias, porque el inoportuno llanto de Liv, interrumpió lo que fuera que iba a comenzar en ese momento.

—Hora de su comida.

La clínica se puso en marcha, y la primavera pasó rápidamente dando paso a un caluroso verano tomando en cuenta lo tan al borde que estaban del hemisferio norte. Los días de Brenda estaban distribuidos entre cuidar de Liv, hacer las labores de la casa, y sacar el caballete hasta la rivera para pintar, y como siempre que se asomaba por allí, ponía algunas flores en la pequeña tumba de Charly.

No volvió a tener la oportunidad de retratar a Rolf pescando, pues por alguna razón desconocida por ella, ahora prefería ir a comprar al muelle en vez de pescar él mismo, así que solo pudo continuar gracias al bosquejo y al propio conocimiento que tenía de la imagen de su esposo.

En la segunda semana del verano, el cuadro estaba por fin terminado, y una tarde que Rolf llegó cansado a casa, se encontró con el bulto sobre el caballete, cubierto con un paño: Brenda había sido muy celosa y no permitió nunca que él viera su obra.

—¿Qué es esto? —quiso saber Rolf, indicando el caballete cubierto que se encontraba en medio de la sala.

—Una sorpresa. Cierra los ojos.

—¿Por qué?

—Ciérralos.

A regañadientes, Rolf cerró los ojos. Brenda, sosteniendo a Liv en uno de sus brazos, quitó el paño con la mano libre.

—¡*Tarán!* Ábrelos.

Y ahí estaba Rolf en el bote, visto de lejos, ocupado con la red en el agua. En realidad, era un cuadro hermoso, tuvo que reconocer.

—¿Te gusta?

—No.

—¿No?

—¿Por qué?

—Está precioso, pero será un recordatorio constante de lo que hay allí.

—Es que no tienes por qué pensar en eso al mirarlo.

Rolf evitó mirar a su mujer a los ojos. ¿Cómo le confesaba que Hela lo atormentaba casi todas las noches? ¿Cómo le decía que era lo que pretendía la difunta? Si ella se enteraba, querría abandonar Noruega para siempre, y ‘él no podía permitir que eso ocurriera. Hela lo había dejado bien claro: dónde quiera que él fuera, ella iría detrás.

—Creo que me iré a recostar mientras está lista la cena.

Brenda se quedó observando la espalda de Rolf. Aún no acertaba a descubrir qué le sucedía, pero desde hacía algunas semanas que lo estaba notando cambiado: ya no la buscaba tanto por las noches, apenas hablaba cuando estaban cenando, parecía siempre cansado y de mal humor. Eran pequeños gestos lo que la hacían sospechar que algo ocurría, ¿sería el trabajo la causa, o sería Russell el culpable? Tomando una decisión inusual para ella, fue a ver si Rolf dormía, y al constatar que en efecto era así, tomó a Liv en sus brazos y salió de la casa.

Brenda se subió al coche y puso a la pequeña en su silla, luego marcó el número de Russell para decirle que la esperara en el café de la bahía, arrancó el motor y salió despacio para no hacer ruido.

—¿A dónde es el incendio? —Preguntó Russell con risa burlona.

—¿Qué le dijiste a Rolf?

—*Qué tal Russell, ¿cómo has estado?*

—Lo siento, creo que me hiperventilé.

—Olvídalo, ¿qué ocurre ahora?

—No sé. Imaginé que tú le habías dicho algo. Está muy cambiado. Esta tarde terminé de pintar su retrato y no le gustó.

—Habrá quedado feo.

—Por favor, deja de burlarte. Cuando lo comencé estaba muy entusiasmado, y ahora, apenas lo miró. Dice que será un recordatorio de todo lo que ha ocurrido en el fiordo.

—Quizás tenga razón, Brenda.

—Puede ser, pero es más que eso. Está irritable, distraído, apenas conversamos, y...

—No sigas.

—Lo siento.

—Ahora que lo dices, ayer yo iba pasando por su consulta y le estaba gritando a su asistente porque dejó caer una bandeja de instrumental para

curaciones.

—Él no es así.

—Bueno, solo puedes esperar a que él mismo te confiese que le sucede, pero no me mires a mí, trato de no cruzarme en su camino.

—Disculpa, no sé cómo se me pudo ocurrir que tú...

—No soy esa clase de gente, Brenda.

—Lo sé. Te pido disculpas otra vez.

Brenda se marchó dejando solo a Russell con su taza de café. Camino a casa, pasó por la panadería, y compró una caja de galletas de limón y cardamomo. Además de eso, regresó con una decisión tomada: ella y Liv se marcharían por un tiempo a York.

XLIX

Cuando Brenda regresó a casa, Rolf aún dormía. Eso sucedía a menudo: dormir después del trabajo porque por las noches no podía hacerlo. Brenda sentía cómo se daba vueltas en la cama sin conciliar el sueño, y cada vez que ella preguntaba qué le sucedía, él respondía con un lacónico *nada*.

Lo primero que hizo después de verificar si su esposo aún dormía, fue encender el computador y comprar un pasaje hacia Londres, porque era el vuelo más próximo. Tendría que estar a las diez en Stavanger, pero por suerte salía un ferry a las siete de la mañana desde Lysebotn, que le daba tiempo para llegar al aeropuerto a la hora. Después que tuvo todo arreglado, sirvió la cena y fue a despertar a Rolf.

Estaban terminando de cenar cuando ella le dio la noticia.

—¿Cómo es eso de que te marchas?

—Son solo unos días, un mes a lo sumo. Los padrinos de Liv están deseando verla. —Al parecer se estaba acostumbrando a mentir descaradamente.

—¿Y no pueden venir ellos?

—Creo que te conté, Peter está recién comenzando su propio bufete y no tiene tiempo para viajes.

—Si ya lo decidiste...

—En efecto, ya lo hice.

Brenda odiaba esa tirantez que había últimamente entre Rolf y ella, pero él parecía tan apático a todo lo que lo rodeaba que era imposible no estar molesta. A la única que parecía prestarle verdadera atención era a Liv. A veces la tomaba entre sus brazos y la paseaba, mientras murmuraba palabras en noruego que, por supuesto ella no entendía, ¿por qué había pospuesto tanto tiempo el maldito curso? Si las gemelas no supieran inglés ni siquiera podría darles clases. Apenas sabía algunas palabras básicas que le servían cuando iba de compras, pero no era capaz de hilvanar una conversación completa. Se prometió comenzar cuando terminara el verano.

—Iré a dar un paseo —dijo él de pronto, levantándose de la mesa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario. Podrías arreglar tu equipaje.

—Es lo que haré.

Cuando Rolf salió, comenzaron a rodar las lágrimas por su rostro, y ella no hizo nada para detenerlas. Tal parecía que el amor de su vikingo estaba llegando a su fin, y no sabía qué hacer para remediarlo, a nadie se puede obligar a amar. El amor es algo que se entrega por espontánea voluntad.

Después que se cansó de llorar, fue a lavarse el rostro, y finalmente recogió la mesa y ordenó la cocina. Se fue a la cama y no sintió cuando Rolf se fue a recostar

Junto a junto a ella.

Rolf estuvo vagando por la rivera del fiordo sin rumbo fijo. No quería regresar a casa, no quería irse a dormir. A veces se levantaba durante la noche sin que Brenda se diera cuenta y se sentaba en la sala a beber whiskey, por la mañana estaba tan cansado que apenas podía sostenerse en pie. Él podía reconocer sus cambios de humor repentinos, y en como eso estaba interfiriendo en su trabajo: las enfermeras ya no querían asistirlo, ¿cómo poner fin a todo eso? ¿Cómo se elimina un fantasma o lo que sea en lo que Hela se había convertido? Podría dejar ir a Brenda, inclusive divorciarse de ella, pero eso no garantizaba que la difunta lo dejara en paz. Rolf se encontraba en un callejón sin salida, pero ahora que Brenda se marchara a Inglaterra intentaría solucionar el problema para siempre.

Era alrededor de las cuatro de la madrugada cuando se fue a recostar junto a Brenda, intentó abrazarla, pero ella estaba hecha un ovillo. Con un suspiro rodó sobre su espalda y cerró los ojos esperando que llegara el sueño.

—Rolf, no puedes permitir que se marche. Se llevará a nuestra hija y no la veremos nunca más. Si no la detienes tú lo haré yo.

—¿Es que esto nunca va a terminar?

—Yo seré quien lo decida.

Definitivamente, Hela dominaba la situación.

—Estamos destinados a estar juntos, y nada ni nadie se podrá interponer.

—¡No le harás daño a Brenda!

—Si se lo busca, no me quedará más remedio.

De pronto ella se aproximó a Rolf y lo miró directamente a los ojos. Él no pudo sostener su mirada de maldad, y bajó la cabeza.

—¿Tal cómo hiciste con Charlotte?

—*Era una fisgona que sabía demasiado.*

—¿Y Charly?

—*Nunca me gustaron los perros.*

De repente Brenda se removió en la cama, y comenzó a balbucear algunas palabras dormida.

—*Ya sabes, si ella se marcha, lo pagarán caro los tres.*

—¿Qué quieres? Dímelo, por favor. Ya no soporto esta angustia.

—*Quiero que volvamos a ser una familia. Pero aún no es tiempo. Debemos esperar un poco más.*

Como siempre, Hela se esfumó en la noche, sin dejar más rastro que la tormenta dentro del cerebro de Rolf.

Al despertar por la mañana siguiente, sorprendió a Rolf sentado en la silla observándola, y a ella le recordó la primera vez que fueron a Oslo hacía casi dos años atrás.

—Espera, no te muevas —dijo él, poniéndose de pié rápidamente y bajando a la planta baja.

Después de unos minutos, regresó con una bandeja. Traía el desayuno para los dos, y un ramito de las flores silvestres que a ella tanto le gustaban.

Brenda lo miró con ojos interrogantes.

—Es mi forma de pedir perdón. Amor, por favor no te marches. Sé que he estado mal este último tiempo, y que te he descuidado. No te mereces ser tratada así, yo prometí que no volvería a cometer el mismo error, y ya ves lo estoy haciendo.

—¿Es por el trabajo?

—Sí.

Sin saber ninguno de los dos, mentir se estaba convirtiendo en un juego que ambos estaban practicando.

—Brenda, yo te amo, y siento que si las dejas marchar no las volveré a ver.

—¡Solo es por un tiempo!

—Mira, si pospones el viaje, podríamos ir los tres en Navidad.

Brenda se sentía entre la espada y la pared. Percibía que la historia no estaba siendo bien contada.

—Es que yo quiero ir, Rolf.

—Ya sé por qué estás tan molesta, y tienes razón.

—No te entiendo.

Casi como un acto desesperado, Rolf la tomó entre sus brazos y la besó con vehemencia. A pesar de la sorpresa, Brenda no pudo resistirse, hacía tanto que... Sin embargo, algo había cambiado en él, y no era su forma de amarla, ya que la pasión con la que la elevaba hasta llevarla al clímax continuaba intacta, era algo más... Este Rolf la poseía con un frenesí que rayaba en la furia.

Al final, Brenda no fue capaz de negarse a los ruegos de Rolf.

Decidió darle una última oportunidad.

L

El ambiente cambió ostensiblemente en casa de los Solberg, sobre todo porque Rolf se volvió más preocupado y cariñoso, aún más que antes si cabe señalar.

Brenda ya no volvió a preocuparse, ya que se sentía en las nubes. Rolf la mimaba y le hacía el amor cada vez que podía, cosa que le preocupó y fue corriendo al ginecólogo para que le recetara algún método anticonceptivo, pues era muy pronto para embarazarse nuevamente.

A pesar de todo el amor y la alegría que reinaba en la casa, a veces la sombra de la duda pasaba veloz por su cabeza: en ocasiones escuchaba a Rolf hablando solo, y en otras lo veía pasearse con Liv en dirección al fiordo, donde se quedaba mucho tiempo charlando con la bebé, o al menos eso era lo que ella lograba percibir desde la ventana de la cocina.

De Hela no habían vuelto a saber, y ella no quería ni pensar en la difunta para no llamarla de regreso.

A principios de invierno Liv tenía casi seis meses, y Brenda comenzó a preparar el viaje a York. Ansiaba ir pronto, pues quería ver a Linda y a Peter antes de que viajaran a China. No habían tenido mucha suerte con las adopciones, pero supieron que quizás en el país asiático pudieran adoptar una pequeña, así que sin pensarlo mucho decidieron ir a cerciorarse por ellos mismos. Sin embargo, Rolf cambió nuevamente de parecer, pero esta vez, Brenda no pensaba hacerle caso. Así que ella continuó de todas formas con los preparativos, hasta que una noche sucedió un hecho que casi acaba con sus nervios.

Esa noche estaba bastante frío porque el otoño estaba dando paso rápido al invierno, incluso era comentario casi obligado de la gente que la nieve llegaría antes de lo esperado.

Brenda estaba preparando el baño de Liv, cuando escuchó cerrarse la puerta de la cocina. Imaginó que Rolf habría dejado sola a la niña, y bajó de inmediato a buscarla, pero la pequeña no estaba en su corral.

—¡Liv! ¡Liv! ¿Dónde estás, pequeña?

Obviamente la pequeña no le respondería, pero de seguro escucharía sus balbuceos. Más, no hubo ruido alguno, la casa no era grande así que era difícil que Liv se perdiera, sobre todo si tenían por costumbre mantenerla dentro del corral.

—¡Liv! —volvió a gritar.

Ahora sí, totalmente alterada, recorrió la planta baja, incluida la cocina. Fue en ese momento que se le ocurrió mirar hacia afuera, la distancia no era tan grande como para que no alcanzara a ver hacia el fiordo con claridad: Rolf avanzaba con paso firme hacia el agua, con Liv en los brazos.

Brenda corrió por el breve sendero, temiendo que sus piernas le fallaran. Gritaba a Rolf pero él no parecía escucharla. Estaba ya al borde del agua cuando cayó al suelo, su ropa se mojó en el acto y le costó ponerse de pie.

—¡Rolf! ¡Rolf, qué haces! ¡Rolf, trae a Liv!

El agua ya le llegaba a la cintura a Rolf y no hacía amago de detenerse. A Brenda no le quedó más remedio que nadar hacia él, pues su estatura le impedía avanzar caminado por el agua.

Gracias a conservar mucho de su excelente estado físico del pasado, Brenda alcanzó rápidamente a Rolf, y tiró de él por detrás para que detuviera su marcha.

—¡Rolf! ¡Rolf, devuélveme a Liv!

Él parecía estar en trance.

—Debo llevarla conmigo —dijo.

—¡No!

Brenda no alcanzaba a tocar el fondo y estaba flotando alrededor de Rolf, mientras intentaba quitarle a la pequeña, que a estas alturas gritaba asustada.

—Rolf —le dijo luego en tono conciliador—, Liv tiene frío, por favor dámela.

Rolf continuaba en el estado de trance.

—Rolf —repitió ella—, Liv está asustada. Yo sé que no quieres hacerle daño, pero ella necesita más abrigo. Vamos a ponerle una chaqueta y luego la puedes sacar de paseo otra vez.

Él pareció reaccionar por un momento, miró a Liv, y luego se la entregó.

—Sí, haz eso.

Con algo de dificultad, Brenda nadó con Liv hasta la orilla. Cuando

alcanzó la playa, corrió hacia la casa, y antes que todo llamó a Erik.

—Por favor, tienes que venir, Rolf ha enloquecido.

—*Quédate tranquila, vamos enseguida.*

Sin entrar en más detalles, Brenda colgó el teléfono y se fue escaleras arriba a refugiarse en la habitación, junto a su hija.

Rolf, aún permanecía adentro del agua.

A pesar de lo alterada que estaba, Brenda, concentró sus esfuerzos en calmar a Liv que no cesaba de llorar.

Mientras se paseaba por la habitación, se acercaba a mirar por la ventana, y Rolf continuaba en el mismo lugar en el que lo había dejado minutos atrás. Ella aún estaba con sus ropas mojadas, ya que ni siquiera se le había ocurrido que tenía que cambiarse para no mojar a Liv, y por ende la pequeña no lograba calmarse. No fue hasta que sus amigos llegaron, y que se serenó un poco, que no advirtió en el estado en el que se encontraba.

—Ve a cambiarte —le ordenó Assa—, yo veré a Liv mientras tanto.

—¿Y Rolf?

—Erik ya fue por él.

Cuando Brenda bajó a la sala, Assa había cambiado a Liv, y estaba dándole una compota que había encontrado en el refrigerador.

—No sabía qué darle.

—Está bien, no te preocupes.

En ese momento, entró Erik en compañía de Rolf. Brenda se echó para atrás de inmediato.

—Tranquila, Rolf está bien. Ya pasó.

—¿Ya pasó? ¿Ya pasó? ¡Erik, Rolf casi mata a nuestra hija!

—No fue mi intención. Perdóname, Brenda.

—¿Qué pretendías, hijo de puta?!

—No sé, amor. No sé lo que sucedió... Yo estaba aquí, y de pronto...

No recuerdo nada hasta que Erik apareció.

Rolf hizo el intento de acercarse, pero ella le rehuyó atemorizada.

—¿Por qué no vamos un momento a la cocina? —le pidió Erik a su amigo, a lo que el otro cedió sin chistar.

Brenda se fue a sentar junto a Assa en el sofá.

—Pensé que la perdería —confesó Brenda con una mano en el pecho y mirada acongojada—. No sé qué haría si algo...

El timbre del teléfono interrumpió la frase.

—¿Hola? —saludó con voz temblorosa.

—¿Brenda, eres tú?

—¡Peter!

—*No te reconocí la voz, ¿qué sucede?*

—Nada, estoy un poco resfriada. —¿Por qué no le decía la verdad a su hermano?

—*Brenda, te estoy llamando para avisarte que tuvimos que adelantar nuestro viaje a China. Ahora estamos en el aeropuerto. Disculpa, no dio tiempo a hacerlo antes ya que fue algo imprevisto.*

—¿Cuándo regresan?

—*No lo sabemos aún, nos quedaremos todo el tiempo que sea necesario.*

—Comprendo.

—*Brenda, cariño, ¿estás segura de que no sucede nada? ¿Liv y Rolf están bien?*

—Por supuesto que sí. No me hagas caso, es solo que siento no haber alcanzado a despedirme.

—*No nos marchamos para siempre, tal vez un par de meses. Brenda, tengo que cortar, nos están llamando. Linda les manda cariños... Te amo, hermanita.*

—Yo también, tonto.

La comunicación al otro lado se cortó, y ella se quedó mirando el teléfono con actitud ausente.

—Se están marchando a China.

—Lo siento, Brenda, pero yo estoy aquí para ayudarte en lo que sea necesario.

—Gracias, Assa, no sé lo que haría sin ti.

En eso regresaron Erik y Rolf de la cocina.

—Brenda —anunció el siquiatra—, Rolf ha accedido a internarse en una clínica de Stavanger para hacerse unos estudios y descansar.

—¡Oh! ¿Lo crees necesario, Erik?

—Absolutamente. Por favor prepara algunas cosas, pues vendrán por él mañana temprano. Y no te preocupes que esta noche la pasará en la clínica.

—Gracias, Erik... Amor, perdóname.

—Rolf, por ahora no me hables.

LI

—No sé Erik, no tengo idea de lo que me está sucediendo. No sé cómo se me ocurrió llevar a Liv al fiordo.

—¿Estás seguro que no sabes, Rolf?

—He estado soñando, o viéndola, ya no sé.

—¿A quién?

—A ella. A Hela.

—¿Y qué quiere ella?

—Que seamos una familia.

—¿Por eso llevabas a Liv?

—¡No! ¡Nunca le haría eso a Brenda!

—Lo estabas haciendo, Rolf.

—Por eso te repito, no sé qué sucedió.

—¿Tú, en realidad crees que Hela existe?

—¿Tú no?

—Tú sabes que me llaman la atención los sucesos paranormales, pero creo que esto se está saliendo de toda proporción.

—¡Es que es verdad, Erik! ¡Ella existe y es malvada! ¡Mató a Charlotte, y también a Charly!

—No tienes pruebas de eso.

—Ella me lo confesó.

—Está bien, Rolf, será mejor que descanses ahora.

—¡No me crees!

Erik se puso de pie para salir de la habitación de Rolf, pero este le franqueó la pasada y lo tomó con fuerza de los hombros.

—Cuida a Brenda, Hela la odia.

—Si es como dices, no sería mejor que Brenda se marchara.

—Sería inútil. Hela ya ha estado en York. A dondequiera que Brenda se marche, Hela la encontrará.

—¿Qué es lo que quiere en definitiva?

—¿No lo adivinas?

En ese momento Rolf rompió a reír con una risa histérica, la que

gradualmente se fue transformando en sollozos desesperados. Erik debió llamar a los enfermeros para que lo sedaran y pudiera descansar.

Rolf ya llevaba una semana internado en el Hospital Mental de Stavanger, y él había ido a verlo tres veces, pero no había grandes cambios en su estado desde el primer día. Sin embargo, juzgó que lo mejor que podía hacer por él era darle el beneficio de la duda, así que antes de regresar a Forsand, llamó a Brenda.

—Hola, Brenda.

—¿Erik? ¿Cómo está Rolf?

—No quiero mentirte, no ha mejorado mucho su estado, más bien me parece que está empeorando, aunque su actitud esté más calmada.

Se escuchó un suspiro al otro lado del teléfono.

—Brenda, te llamé porque me comentaste que tu amiga Charlotte te había hablado de Hela.

—Sí.

—Y que te dio un nombre. ¿Me lo puedes repetir?

—*Espera, creo que aún tengo dentro del bolso el papel. Voy arriba.*

Erik escuchó por el teléfono cómo Brenda subía a toda prisa y comenzaba a registrar el armario en busca del mentado bolso.

—*¡Aquí está! —anunció por fin—. Dice Doppelgänger.*

—¿Me lo puedes enviar en un mensaje de texto? —el término le era totalmente desconocido.

—*Claro. Erik, debo ir a ver a Liv.*

—Sí, no te preocupes. Hablamos por la tarde cuando llegue a Forsand.

—*Gracias, Erik. Adiós.*

Erik tenía en frente tres libros sobre mitología germánica y escandinava. Luego de consultar con una de las bibliotecarias, ella le había sugerido esos libros. Ahora se encontraba inmerso en la lectura: en pocos minutos había comprendido quién, o mejor dicho, qué era Hela. Se le había erizado los vellos al leer los alcances que podría tener este ser maligno, sin embargo, en ninguna parte se describía cómo deshacerse de ella, ya que por lo visto no se quedaría en paz hasta que obtuviera lo que estaba buscando. Si Hela era el *Doppelgänger* de Brenda, su amiga estaba condenada. Erik se pasó las manos por el rostro, cansado. Estaba con las manos atadas. Lo único que podría hacer era estar lo más cerca posible, puesto que el fin de su amiga

era inevitable.

Brenda se estuvo paseando por la sala, después que le cortara Erik. Se estrujaba las manos sin saber qué hacer. Si Rolf estaba empeorando, tal vez la hermosa relación que tuvieron por algo más de dos años estaba llegando a su fin.

—¡Bruja, como tú no fuiste feliz, maldices la nuestra! —gritó al aire, esperando que Hela la escuchara, o incluso se apareciera, para tener una confrontación.

Al no tener respuesta, se sentó en el sofá y puso los codos en las rodillas para ocultar su rostro entre sus manos. Tenía una pesadumbre insoportable en el pecho. Una sensación de que algo malo, no, algo terrible se avecinaba. De pronto el llanto de Liv la trajo a la realidad: era la hora de la merienda.

Erik estaba de pie frente a Brenda, en su clásica pose de pensador, aunque esta vez no estaba meditando, sino buscando las palabras adecuadas para presentarle la situación. Por último, no se le ocurrió nada cuerdo que decir.

—Brenda, ¿por qué no vienes a casa?

—Gracias, Erik, pero con Liv no me siento sola.

—Las noches están muy frías. Mira hacia afuera, están cayendo las primeras nevadas.

—No te preocupes, tengo leña suficiente.

—Pero puede ser peligroso que te quedes acá.

—Si lo dices por Hela, no le temo. Ya no. ¿Qué más daño puede hacerme?

Erik, pensó contestar a eso, pero se abstuvo, no sacaba nada con inquietarla.

—Está bien, quédate, pero cualquier cosa nos llamas.

—Sí. Dale mis cariños a Assa y a las gemelas.

—Lo haré.

Después que Erik se marchó, cerró las puertas y las ventanas con los nuevos seguros que había mandado instalar, y programó la alarma que también era nueva. Ahora las puertas de su casa eran de doble hoja con una entrecubierta de acero, y los vidrios de las ventanas eran a prueba de golpes. Sí, la pequeña casa junto al fiordo estaba convertida en una verdadera

fortaleza.

Cuando estuvo segura de que todo estaba en orden, se fue a la cama en donde la esperaba la pequeña Liv. Se durmió, con uno de los pequeños pies de su hija entre sus manos.

—*Despierta, Rolf, ya es hora.*

Rolf abrió los ojos. Hela estaba una vez más de pie frente a su cama del hospital.

—¿Qué quieres?

—*Debes venir conmigo, el viaje es largo.*

—¿El viaje, a dónde?

—*A casa.*

—No iré contigo, Hela.

En silencio Hela se acercó hasta quedar a escasos centímetros de él, lo miró directamente a los ojos con sus pupilas tan negras como la noche.

Rolf salió de la cama, y como un sonámbulo buscó su ropa y se vistió. Nadie se interpuso en el paso de Rolf hacia el exterior, era como si fuera invisible. Ya una vez afuera, robó un coche todo terreno y se dirigió a toda velocidad hacia la E39 que lo llevaría hasta Håbet, y de allí por la 13 hasta Hole. Amanecía cuando se encontró en Lauvvik para cruzar hasta Lysefjord. Allí se hizo de una pequeña lancha con motor fuera de borda y cruzó directo sin dar el rodeo marcado por la ruta de navegación.

Los gallos aún no cantaban, y la pequeña Liv todavía no despertaba a su madre cuando Rolf llegó ante la puerta de su casa.

Rolf golpeó como cualquier visitante que llegaba a una casa extraña, pero al no tener respuesta buscó las llaves en sus bolsillos. Obviamente, sus llaves no servían, y como él ya no era dueño de sí mismo comenzó a gritar y a golpear la puerta con los puños cerrados.

Brenda despertó sobresaltada, ¿era la voz de Rolf la que escuchaba? Bajó rápido a la sala y se asomó por la ventana que estaba junto a la puerta. Sí, era Rolf, y parecía enajenado. Ella no alcanzó a ocultarse y él la vió.

—¿Brenda? Abre la puerta, amor.

—No deberías estar aquí, ¿cómo llegaste?

—Me dejaron salir anoche, y me vine de inmediato.

—En la noche no hay ferry, Rolf.

—¡No importa cómo llegué, ábreme la puerta!

De pronto la dulce voz que había utilizado al principio, había cambiado por una más grave y violenta.

—¡Abre, Brenda! ¡Vine por Liv!

—¡No!

—¡Abre o derribaré la puerta!

—¡No puedes, es de acero!

Brenda abandonó su lugar de observación y corrió escaleras arriba en busca del celular.

Marcó a los Nikelssen, pero nadie respondió. Marcó otra vez, pero nada. Enseguida, con dedos temblorosos buscó a la única otra persona que conocía en Forsand.

Luego de tres repiqueteos, por fin le contestaron.

—¡Russell, Rolf está abajo y está como loco! ¡Dice que viene por Liv!

En este punto ella se quebró.

—*Voy ahora mismo. Intenta esconderte en algún lugar de la casa que sea más inaccesible.*

Russell colgó, y ella se puso a pensar en dónde podían esconderse, y no había “lugar inaccesible” en esa casa.

Abajo, Rolf continuaba golpeando y gritando. Por momentos se callaba o intentaba convencerla con palabras dulces, pero al no obtener respuesta, arremetía otra vez contra la puerta.

Arriba, Brenda se había ido a refugiar al baño. No se le ocurría dónde más. Su cuerpo temblaba completo por el terror, y aunque intentaba controlarse por el bien de Liv, apenas lo lograba. De repente se escuchó un gran estruendo: la puerta principal había cedido a los golpes de Rolf.

De ahí en adelante todo fue como estar viviendo la peor película de horror, para Brenda.

En cosa de nada, Rolf llegó hasta ella y le arrebató a Liv de los brazos.

Rolf corrió con la pequeña hacia el fiordo, y Brenda fue detrás de él.

Hacía mucho frío y había unos copos de nieve sobre el suelo.

En ese mismo momento apareció Russell acompañado de Erik, Assa, y dos policías de Forsand.

De inmediato los policías apuntaron a Rolf, y le ordenaron detenerse, pero él continuó su camino. Ya estaba dentro del agua, y Brenda se aprestaba a nadar tras él como la vez anterior.

—¡No! ¡Alto! ¡Rolf tiene a la bebé! —gritó Assa a los policías.

Los hombres desistieron de los disparos, porque en la posición que estaban solo tenían en la mira la espalda de Rolf, y podían fácilmente darle también a la niña. Entonces los policías se quedaron parapetados detrás de una roca aguardando el mejor momento para usar sus armas.

Mientras tanto, Brenda nadaba detrás de Rolf. Cuando llegó junto a él, nuevamente intentó persuadirlo con los mismos argumentos de antes.

—Rolf, dámela, tiene frío... Amor, escúchame. Entrégame a Liv y hablemos los dos.

—No, Brenda. Debo llevarla a su nuevo hogar. Nunca más tendrá frío.

—¡No, Rolf, por favor! ¡No lo hagas!

Rolf dudó, y Brenda aprovechó de estirar sus brazos hacia Liv, pero en ese momento emergió Hela del agua entre la bruma de la mañana, formando un remolino a su alrededor.

—*¡Vamos, Rolf, trae a nuestra hija!*

—¡No, Liv es MI hija! —Le gritó Brenda a Hela.

Rolf comenzó a caminar hacia Hela.

—¡Amor mío, prometiste que nunca me harías sufrir! —Imploró Brenda a la espalda de Rolf—. ¡Recuerda lo felices que hemos sido! ¡Rolf!

Rolf detuvo su andar y se volvió hacia Brenda, como despertando de un sueño, y un asomo de lucidez brilló en sus ojos.

—Tienes razón, amor, te lo prometí y no he sabido cumplir. Perdóname.

Rolf estiró los brazos para devolver a Liv a su madre.

—*¡No se la entregues, es nuestra!*

—Hela, si me quieres tendrás que aceptarlo. Liv se queda con su madre.

Brenda que ya tenía a la pequeña entre sus brazos no comprendía.

—*Tienes mucha suerte, Brenda. Podrás conservar la vida y a tu hija, y todo gracias al amor que te profesa este hombre.*

—¿Qué quieres decir?

—*Él se sacrificará por ti.*

—¡No! ¡Rolf, di que no es verdad! ¡Rolf!

—Debo dejarte, Brenda. Si no me voy con ella, les hará daño a ustedes y no puedo permitirlo.

—*¡Vamos, Rolf!*

Hela estiraba la mano hacia Rolf.

—Por fin puedo cumplir mi promesa, Brenda. Te amo.

—¡Rolf, no! ¡Rolf, por favor! ¡Rolf! ¡Rolf!

Brenda gritaba, estirando sus manos hacia Rolf, entretanto él se sumergía cada vez más en el agua de la mano de Hela.

—¡Rolf! ¡Rolf!

Russell fue el primero en reaccionar y se adentró en el fiordo para alcanzar a Brenda, y traerla de regreso a la orilla. Pero ella enloquecida se resistía. A Russell no le quedó más remedio que sacarla del agua por la fuerza.

En la orilla, Assa sostuvo a Liv, y Brenda cayó desvanecida sobre los copos de nieve.

Mientras Erik, Assa y los policías no daban crédito a sus ojos, Rolf desaparecía en el agua.

Ep í logo

Forsand, fiordo de Lyse, cinco años después.

Un hombre, una mujer y una niña estaban adentrándose al fiordo a bordo de un bote, era principio de invierno y hacía mucho frío. El que remaba era el hombre, la mujer y la niña sostenían unas flores en sus manos. Cuando hubieron avanzado unos doscientos metros, la mujer y la niña arrojaron las flores al agua. Luego la niña se aproximó al hombre y lo abrazó.

—¿Tú crees que papá Rolf atrapará las flores desde allá abajo?

—Cariño, arrojar las flores al agua es para recordar su memoria, pero él está no está allí, él está en el cielo.

—Me hubiera gustado conocerlo.

—Y a él le hubiera gustado estar más tiempo contigo y con mamá.

—¿De verdad?

—Sí, estoy seguro de eso.

Russell miró a su mujer, lucía abatida como cada año que venían a cumplir este mismo ritual, sin embargo, él no tenía corazón ni derecho a impedirlo. Rolf había hecho el sacrificio más grande que se podía hacer en la vida, y lo había hecho por ellas.

—Tengo hambre —se quejó Liv.

—Iremos pronto a comer algo, cielo, esperemos otro momento a mamá.

—Ya estoy lista —repuso Brenda, intentando una sonrisa que no llegaba hasta sus ojos.

Cuando llegaron de regreso a la orilla, Assa, Erik, y las gemelas los esperaban.

—¿A qué hora tienen el vuelo? —preguntó Assa.

—A las seis —respondió Russell, con Liv en sus brazos—, pero volveremos en el siguiente ferry.

—Se quedarán a almorzar, ¿no?

—No queremos causar molestias —respondió Brenda.

—De ningún modo, además las gemelas están deseosas de pasar un tiempo con Liv.

—Lo dudo, ellas ya son adolescentes.

—Por lo mismo, para ellas, Liv es como una hermanita menor.

Brenda observó a las chicas que se habían llevado a su hija a un lado, y en efecto estaban felices de ver a la pequeña, después de todo, había pasado mucho tiempo en casa de Assa cuando era bebé. Por eso y por muchas otras cosas no podía negarse a compartir un almuerzo con ellos en su casa.

—¿Vamos? —le preguntó a Russell levantando mucho la vista para alcanzar sus ojos.

—Vamos —respondió él y tomó su mano con gentileza.

Así era él siempre: tierno, gentil y apasionado, y ella no sabía cómo corresponderle de la misma forma.

—Brenda, ya han pasado cinco años. Creo que es tiempo que des vuelta la página. No entiendo por qué te casaste con Russell si no lo amabas.

—Él sabía que no lo amaba, pero no le importó, y yo... Yo me dejé querer.

—Es que no es justo para él, y para ti tampoco. No te pido que se convierta en el reemplazo de Rolf, pero debes aprender a amarlo, o dejarlo ir. Con el tiempo esta unión se convertirá en una tortura para ambos.

—Lo sé, Assa, lo sé, pero creeme que igual lo quiero a mi manera.

—No se nota, eres muy fría con él.

Ambas mujeres estaban preparando las ensaladas que acompañarían la trucha fermentada que Assa había comprado en el mercado. Esta era la oportunidad perfecta para aprovechar de hablar con su amiga el tema que hacía mucho tiempo le preocupaba.

Cuando Rolf murió, sumergido en las aguas del fiordo, Brenda había estado a punto de enloquecer, cayó en un pozo tan profundo que ni siquiera podía cuidar de su hija que aún era una bebé. Assa estuvo encargada de cuidar a la pequeña todo el tiempo que Brenda pasó internada en el Hospital Mental de Satavanger pues la estadía de Peter y Linda en China se había prolongado más de lo estimado, y para esto había pidió una larga licencia sin goce de sueldo para poder hacerlo, era por eso que las gemelas veían a Liv casi como una hermana. Por supuesto que Russell no dejó sola a Brenda ni un instante, a pesar de que se le pidiera sustituir a Assa en la clínica mientras ella estaba con licencia. Con su apoyo desinteresado y tenaz, había sacado a Brenda poco a poco a la superficie. Cuando estuvo más recuperada, se las llevó a ella y a

Liv de vuelta a Inglaterra, y con el tiempo comenzaron a sostener una relación que acabó de forma natural en boda. En ese momento nadie se cuestionó si ella lo había hecho por amor o por agradecimiento, pero Assa sí había tenido dudas.

—Todos los años pienso en que te veré diferente cuando vengas, pero no es así. ¿Hasta cuándo crees que Russell va a soportar esta situación?

—Creo que tiene otra mujer, y no lo culpo, yo estoy rota por dentro y no le sirvo.

—No digas eso.

—Liv lo adora.

—Se nota que son muy unidos.

—Es el único padre que ha conocido, sabe que el verdadero es el que yace en el fondo del fiordo, pero para ella es solo un símbolo... Assa, hay algo más, estoy embarazada.

—¡Eso es fantástico!

—Baja la voz, no nos vaya a escuchar.

—Tiene que enterarse, ¿no?

—Me he cuidado desde que nos casamos, pero algo falló. Assa, ¿no puedo ser madre a los cuarenta y tres!

—Claro que puedes, ¿o no quieres?

—Bien en el fondo me causa alegría.

—¿Ves?

—Pero no estoy segura de poder hacerlo.

Brenda no quiso contarle a su amiga que estaba pensando abortar.

—¿Cuándo se lo dirás?

—Cuando estemos en casa —mintió para dar por zanjado el asunto.

Brenda estaba con la mirada suspendida en el horizonte, cuando Russell se acercó a ella. Tenía a Liv tomada de la mano.

—Quería avisarte que en cuanto lleguemos comenzaré con los trámites de divorcio —declaró él con calma, mirándola a los ojos.

Brenda sintió como el balde de agua fría caía por su espalda, nunca esperó eso de Russell.

—¿Estás decidido?

—Sí.

—Es porque estás con alguien más. —No fue una pregunta.

—No, pero ya no soporto esta situación.

—Tienes a otra —lo acusó ella sin importarle que Liv estuviera escuchando.

—¿Te haría el amor si así fuera?

—Entonces no entiendo qué está mal.

—Todo está mal, Brenda. Me entregas tu cuerpo cada vez que lo deseo, pero el camino a tu corazón es inaccesible. Cada año desde hace cinco, me digo que la siguiente vez ya no sufrirás tanto.

—¿Y cómo quieres que no me duela?!

—Claro que sí, debe dolerte. Perdiste a un gran hombre, Brenda, pero no creo que su intención fuera arrastrarte con él.

—Rolf no era egoísta.

—¿Quieres decir que yo sí, por pensar un poco en mí?

—¿Y Liv?

—La amo, y lo haré siempre, eso no cambiará.

—Siento no poder darte más. La mayoría del tiempo me siento vacía por dentro.

—Es por eso que...

De pronto se escuchó el típico chapoteo de cuando cae algo al agua. Brenda miró a Russell. Liv no estaba y ninguno de los dos se dio cuenta en qué momento la niña se desprendió de la mano de él.

—¡Liv! —gritó Brenda, llamando a la niña.

Russell comenzó a correr por el ferry llamando también a la pequeña, hasta que, al llegar a popa, vio con claridad el pequeño bulto rojo en las frías aguas grises agitando sus bracitos. Él no lo pensó dos veces y se arrojó también al fiordo para rescatarla. La tripulación, alertada por los gritos de los pasajeros, pusieron rápidamente a la obra las maniobras de salvataje.

El barco aún no era detenido, y Russell intentaba bracear para alcanzar a su hija. En esos instantes de pánico, pensó que lo del divorcio era una estupidez, él quería permanecer para siempre con Brenda, y ver crecer a Liv. Quizás sus propios pensamientos lo distrajeran, y en cuestión de segundos: entre el tiempo que se tardaron en apagar los motores, y que Russell comenzó a nadar, fue arrastrado por la corriente del ferry hacia las hélices de la quilla. Sin poder impedirlo, su cuerpo fue succionado por la fuerza del agua, y no se detuvo hasta que su pierna derecha chocó con una de las cuatro hélices con que cuenta el barco.

Russell comenzó a perder de inmediato mucha sangre, y supo al

instante de qué se trataba: era la arteria femoral.

Ahora su cuerpo flotaba en el agua, con una mancha roja a su alrededor. Intentó mirar en dirección a donde había visto a Liv la última vez, pero no la divisó.

Su conciencia se nublaba rápidamente.

Qué paradójico era que él también tuviera que morir en el mismo fiordo que Rolf.

No había tenido tiempo de decirle a Brenda cuánto la amaba, y que la petición de divorcio era solo para hacerla reaccionar.

Ya no lograba pensar con claridad: ¿lo llamarían las voces tal como habían hecho con Brenda?

De pronto todo a su alrededor se puso negro.

Cuando tres pares de brazos fuertes lo sacaron del agua, Russell ya había perdido la conciencia del todo.

La sangre manaba a borbotones de la pierna derecha de Russell, y cuando los tripulantes del ferry que estaban capacitados en primeros auxilios cortaron el pantalón para mirar, expusieron el gran corte que cruzaba su muslo derecho.

—Debe ser la arteria femoral, hay que llevarlo de inmediato a un hospital —ordenó el que parecía más experimentado, mientras le hacía un torniquete.

Brenda que había estado observando todo, con Liv envuelta en una frazada, fue la primera en plantear la solución.

—¡Hay que llevarlo a la clínica de la hidroeléctrica! ¡Es la que se ve allá! —completó, indicando una construcción de color blanco a lo lejos. En seguida, buscó su móvil con dedos temblorosos y marcó el número de Assa.

—Assa, Russell tuvo un accidente, el ferry lo está llevando a la clínica.

Luego de cortar la comunicación, arrastró a Liv con ella y se arrojó al piso para abrazar a Russell.

—¡Perdóname! —sollozaba—. ¡No quiero perderte a ti también! ¡Di que todo estará bien y seremos felices! ¡Russell!

Su estado histérico fue aumentando de tono y tuvieron que sacarla por la fuerza de encima del cuerpo inconsciente de Russell.

Ya en la clínica, llevaron de inmediato a Russell al quirófano, y a los

pocos minutos llegaron Assa y Erik. Él se quedó con Brenda y ella se fue al pabellón para ponerse al tanto de lo que iba ocurriendo.

Después de dos largas horas, salió Assa junto al cirujano que había practicado la intervención. Como él solo hablaba en noruego, Assa tuvo que traducir para que Brenda comprendiera.

—La hélice no solo cortó la arteria femoral, sino que también un músculo, por lo que si sobrevive tendrá que usar bastón de por vida.

—¿Si sobrevive?

—Su condición es estable pero no fuera de peligro, perdió mucha sangre. Russell es un hombre fuerte, pero debes saber que cualquier cirugía implica un riesgo.

—¿Puedo verlo?

—Solo a través del vidrio. No podemos exponerlo a una infección por un agente externo. Si todo sale bien, en un par de días lo pasaremos a una habitación normal.

—¡Oh! —Brenda se tocó el bajo vientre, y de pronto sintió algo cálido que bajaba por sus piernas—. ¡Assa, estoy sangrando!

Erik tomó rápidamente a Brenda en sus brazos y la llevó a la sala que le indicó Assa. Ahí le pusieron una inyección para detener la hemorragia, y le practicaron un ultrasonido.

—El bebé está bien —explicó el especialista en inglés—, pero si no se cuida corre el riesgo de perderlo. Tiene que procurar estar tranquila y guardar un reposo relativo.

—¡No puedo, tengo que atender a mi hija, y cuidar a mi esposo!

—Brenda, ¿quieres a este bebé? —preguntó Assa con brusquedad.

—Sí... Sí, quiero a mi bebé.

—Entonces harás lo que te dice mi colega, Nosotros te ayudaremos. Y si quieres ver a Russell, podrás hacerlo en cuanto lo trasladen de la UCI, pero en este estado solo lograrás transmitirle tu ansiedad.

—Está bien, me calmaré.

—Piensa en Liv también.

—Lo haré. ¿Dónde está?

—Con Erik.

—¿Está bien?

—Solo asustada.

Fueron días infernales para Brenda: ella otra vez metida en una cama

de hospital, su hija otra vez en casa de Assa, y lo más terrible, apenas recibía noticias de Russell.

A los tres días por fin vino Assa con noticias. Venía acompañada de una enfermera y traía una silla de ruedas.

—Ponte tu bata, y abrígate las piernas porque hace mucho frío. Creo que hay problemas con la calefacción.

—¿A dónde vamos?

—A un examen de rutina.

Assa acompañada de la enfermera, avanzaron por los pasillos de la clínica, empujando a Brenda en la silla de ruedas, de pronto se detuvieron ante una puerta y empujaron. Allí estaba Russell con los ojos abiertos y la cabeza alzada.

Brenda se le quedó viendo. Era un hombre alto, corpulento, pero allí parecía un niño pequeño, desvalido. Sintió tanta ternura que deseó abrazarlo y asegurarle que todo estaría bien. Una lágrima rodó por su mejilla, cuando él también la miró y abrió su oscura mano.

Assa y la enfermera los dejaron a solas.

—Brenda...

—No. No hables.

—Tengo que decirte algo.

—No es necesario, no ahora.

—Te amo... Lo del divorcio no era cierto.

Ella tomó la mano de él entre las suyas y la besó.

—Solo quería que me dijeras que me amas, y no me dejaras partir.

—Claro que te amo, y por supuesto que no permitiré que me abandones.

—Brenda... Sé que nunca podré igualar a Rolf, y no me importa que aún lo ames, pero...

—Tú también has hecho algo enorme. Nos has cuidado y amado a Liv y a mi sin condiciones. Y sí, aún recuerdo a Rolf, cómo olvidarlo si lo veo a diario en Liv. Él siempre ocupará un espacio en mi corazón, pero lo que siento por ti es mi presente y mi futuro. Te amo, Russell, y quiero que estés junto a nosotras toda la vida, más ahora que...

—¿Qué?

—¿No te has preguntado qué hago vestida con ropa de hospital, y sentada en esta silla de ruedas?

—No se me ocurrió preguntar, soy un tonto.

—Sucede que Liv va a tener un hermanito o hermanita.

Esta vez fue el turno de Russell de emocionarse.

—¿Eso es verdad?

—Sí, cariño, es verdad. Tendrás que cuidarme mucho porque no es broma un embarazo a mi edad.

—Estás muy joven aún, y más hermosa que antes diría yo.

—Quizás, pero el reloj biológico dice otra cosa.

—Te amaré, y te cuidaré para siempre. Y amaré a nuestros hijos por sobre todas las cosas.

De repente Russell comenzó a parpadear.

—Descansa, ahora es mi turno de cuidarte. Duerme que yo velaré tu sueño.

—Quiero... Ver a Liv...

—Sí, mañana.

Russell se quedó dormido, y Brenda encontró por fin la felicidad y su lugar en el mundo.

Mientras recostaba su cabeza sobre la cama de Russell, para estar más cerca de él, tuvo la certeza de que no habría más tinieblas en su vida.

[1] *Preikestolen*: Roca del púlpito. Llamada así por su forma plana en la superficie. Se asoma en el Lysefjord con una caída vertical de 604 metros.

[2] *Völva*: Sacerdotisa de la mitología escandinava, y entre las tribus germánicas.

[3] *Kvikk Lunsj*: (Almuerzo rápido en noruego). Es un dulce creado por la fábrica de chocolates noruega Freia, en 1937. Es prácticamente igual en diseño y en forma al Kit Kat, creado dos años más tarde.

[4] *Freyja*: En las Eddas, Freyja es descrita como la diosa del amor, la belleza y la fertilidad. La gente la invocaba para obtener felicidad en el amor, asistir en los partos y para tener buenas estaciones.

[5] *Doppelgänger*: El término se utiliza para designar a cualquier doble de una persona, comúnmente en referencia al «gemelo malvado».